



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

PQ
7797
C5
L3

MIGUEL CIONE

UC-NRLF



QB 149 635

LAURACSA



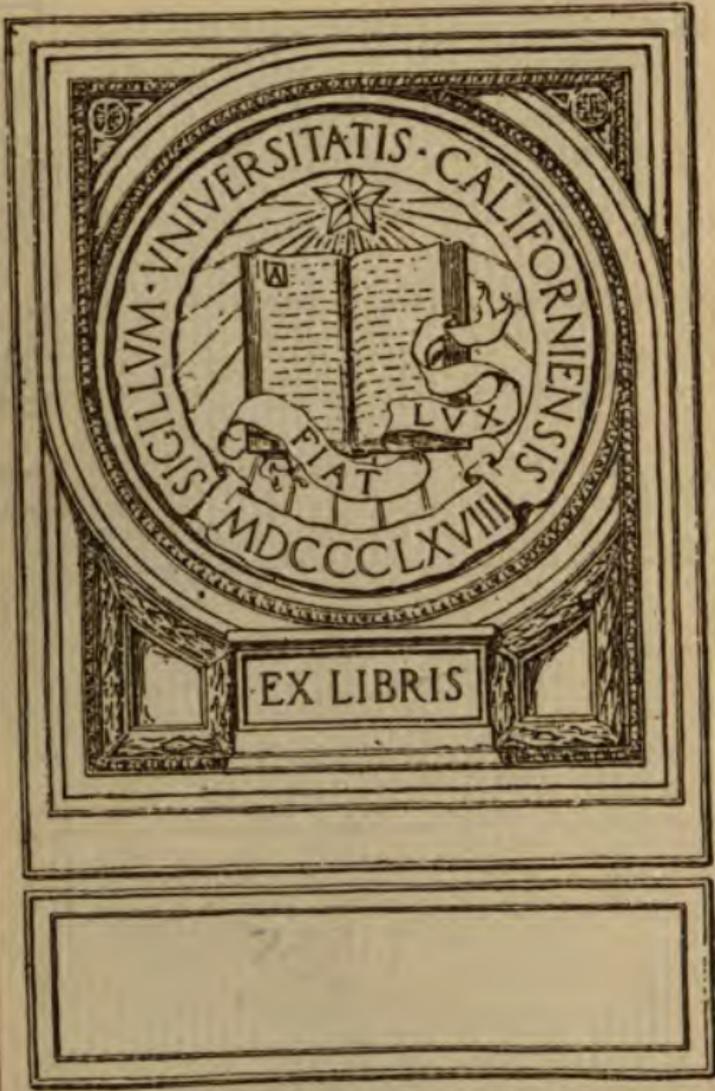
1906



Tip. Ivaldi & Checchi

Calle Artes 635

Buenos Aires : :



EX LIBRIS

7211

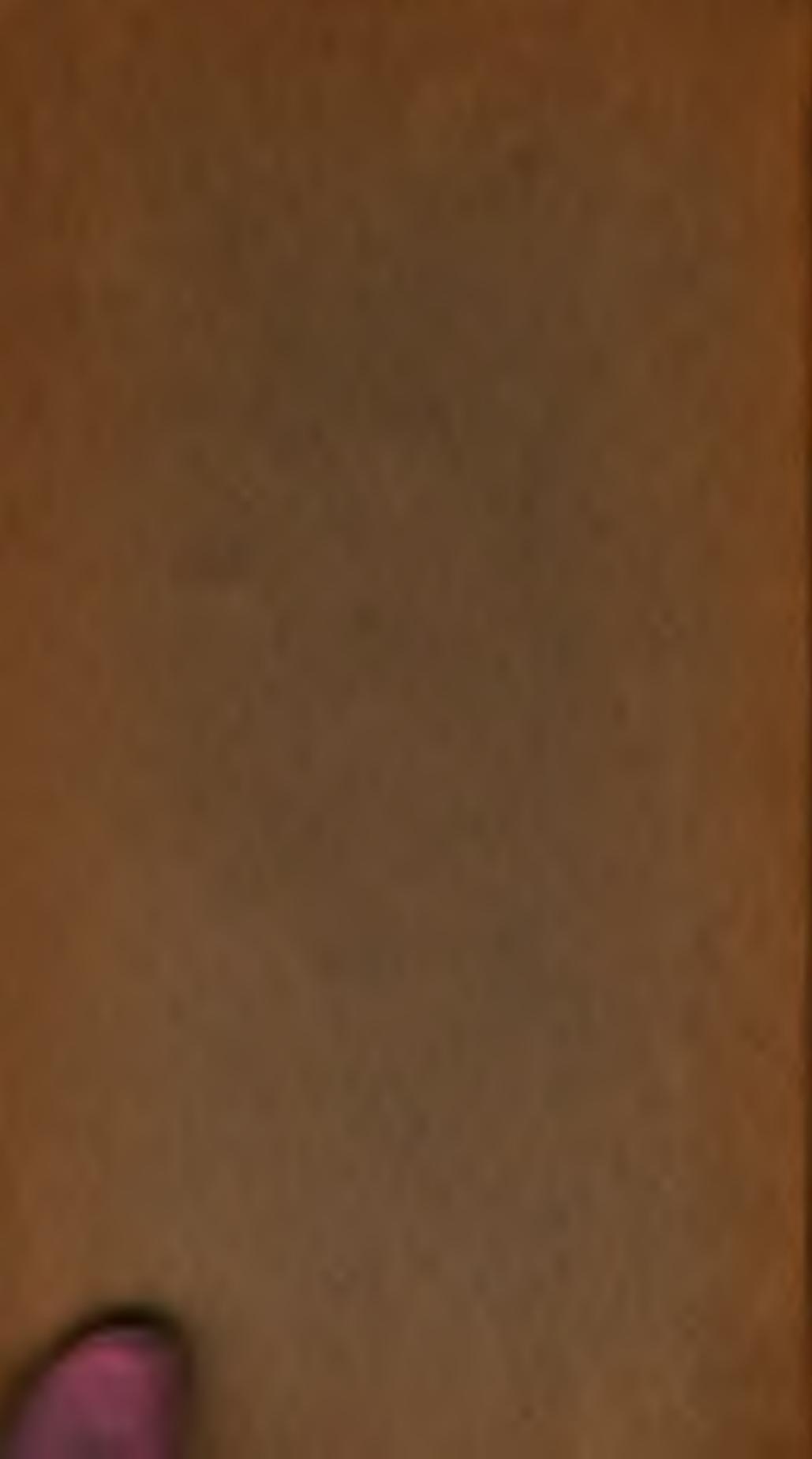




OTTO MIGUEL CIONE



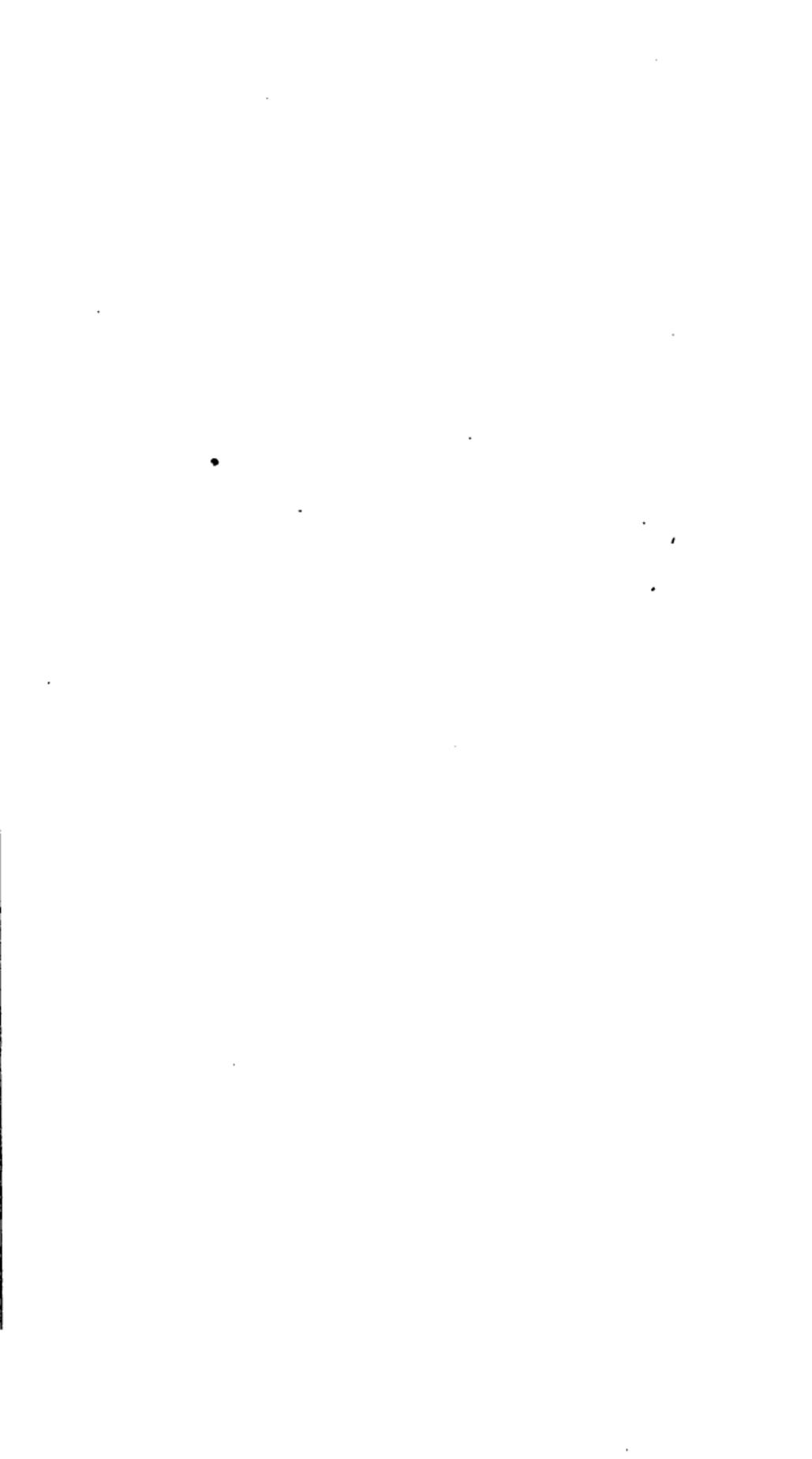
LAURACHA



OTTO MIGUEL CIONE



LAURACHA



OTTO MIGUEL CIONE

LAURACHA

(La vida en la estancia)

NOVELA ::

ARGENTINA



1906



Tip. Ivaldi & Checchi

Calle Artes 635 ::

Buenos Aires :: ::

PQ7797
C5L3

TO UNIT
ADMITTED

1111



L A U R A C H A

Después de la comida sentábame invariablemente debajo de la glorieta natural que formaban numerosas enredaderas, en el patio de mi casa solariega sita en un pintoresco pueblo que yace recostado en la ribera de uno de los más caudalosos ríos de la tierra.

Saboreaba con deleite el fresco de la noche y casi me adormecía al suave vaivén de la hamaca, cuando vino Ramón, el mucamo confidente de mis puebleras aventurillas amorosas, y me avisó que las de Ocampo pasaban en dirección al muelle.

Como por encanto huyó de mis párpados la dulce somnolencia y entré precipitadamente en mi pieza de soltero.

Cambié apresuradamente mi saco de entre casa por otro de brin recién planchado, eché una rápida ojeada sobre el resto de mi indumentaria y satisfecho del exámen, dí un apretón á la corbata y un estrujón al sombrero de jipijapa; luego, un sonoro «hasta luego», un portazo á la de cancel, y á la calle.

¡Las de Ocampo!

794305

La familia más distinguida del pueblo, la que señalaba las modas, la representante genuina del buen tono ciudadano; gente rica, de abolengo, cuyos antepasados fueron en tiempos ya lejanos, dueños de media provincia y que en la actualidad, venida á menos, daba patente de distinguido á todo el que fuera allegado; amigo ó visitante de la casa!

Nuestras familias estaban en buenas relaciones desde hacía mucho tiempo y mi amistad con ellos era por demás íntima.

A más, desde niño se me consideraba como el *novio* de Carmencita, la menor de las tres hermanas.

Ambos calumniados dejábamos decir, y novios continuábamos de grandes, aunque nunca hubiéramos cambiado la menor palabra ni la menor mirada de amor.

No había bailes, reuniones, cabalgatas, etc., en los que Carmencita no me tuviera de acompañante obligado. Costumbre que constituía un derecho arbitrario para los galanes puebleros que pretendían poder volar tan alto como yo.

Todavía llevaba en la cartera los cadáveres de unos jazmines que me diera ella un año antes, á raíz de mi partida para la capital, acompañados con estas palabras, ahogadas casi por un sollozo:

—Guárdelos Carlitos como un recuerdo de su *más fiel* amiga.

Lo de *fiel* amiga no dejó de zumbarme en los oídos durante mucho tiempo después.

Hasta mí, llegaban las voces alegres de las muchachas que habíanse sentado en el extremo del muelle.

Era una noche plácida de verano:

Por encima de los muros asomaban los cendales verdes de las madre selvas exuberantes de sus racimos floridos que inundaban de fragancias el ambiente; celosos los jazmines, desde la otra acera, echados avidamente sobre una cerca, enviaban sus avanzadas á luchar con las primeras; como la victoria quedara indecisa, lanzaban su reserva, coadyuados por masas compactas de diamelas y de narjos,

Y nuevas oleadas de fragancia se entrechocaban en medio de la calle, hasta que las vanidosas gardênias y las opulentas magnolias con su gruesa artillería, desde lejos, arrollaban todo á su paso. Y cuando la cruz roja de una leve brisa, levantaba todo aquel entrevero de heridos, nuevas falanges, esta vez formadas de azahares, aromas y nísperos en flor, venían á batir la brecha de las exhaustas madreselvas.

Mudos combates que en noches de verano, á la luz de la luna, se efectúan en las calles de mi pueblo.

El muelle se extendía como cuadra y media hasta el río por entre unos copudos sauces llorones, cuyas ramas atrevidas han cosquilleado á tantos cuellos ebúrneos de bellas puebleras, dejándolas, muchas veces, el beso de una hoja caída en el nacimiento de un vaporoso escote de muselina.

En su extremo donde estaban las escaleras de embarque se anchaba el muelle formando una plazuela rodeada de toscos bancos de madera.

Pero hasta en este plácido y poético rincón, se hacía sentir la pesada influencia de los Ocampo. Por derechos adquiridos á través de varias generaciones de individuos de aquel apellido que habían posado sus asentaderas en ellos, los bancos del extremo izquierdo, pertenecían, en usufructo á la familia. ¡Guay del que se atreviera á profanarlos con su indebida ocupación!

No había ley escrita pero la gente del pueblo lo sabía de memoria, y el sitio aquel era conocido en diez leguas á la redonda por el «lao de las Ocampo.»

Cuando arribé donde estaban reunidas Misia Encarnación, Margarita, la mayor de la ilustre familia, Panchita la del medio y Carmencita mi presunta novia, llegaban al mismo tiempo las de Gurmendez, un vejestorio, dos hijas feas, y un mequetrefe afeminado, que constituían la corte obligada de las primeras en cualquier paraje en que se hallaran.

Estaban convencidas de la importancia de sus amigas y en privado tenían para ellas atenciones exageradas que rayaban en lo servil, aunque ante

el público se les mostraran fieras en el trato y no les cedieran un ápice en importancia.

—Pase por aquí, Sr. Lozada. ¡No, aquí! Al lado de las señoras. A ver muchachas! Pero que crecido está. Ya sé de sus triunfos pictóricos, ¡quién iba á decir que aquel mocosuelo atrevido, iba á ser una gloria de la patria!

—Señora.... es demasiado.

—¡Qué demasiado! ¡Nosotros somos como la tierra, no nos movemos, pero vemos crecer á los árboles, dar frutas, y hasta los vemos morir, y Vd., Carlitos.... *irá muy lejos.*

En fin, que si no intervienen las muchachas, aquellas dos venerables matronas me avergüenzan á eloijos.

—¿Qué nos cuentas? ¿qué piensas hacer este verano?—dijo Panchita.

—Lo de siempre: pintar y divertirme.

—Lo que es por pintura—dijo sentenciosamente con voz afeminada Pillico Gurmendez—en el pueblo no falta! Vea, á todas estas puebleras les ha dado por pintarse los ojos y los lábios como las de la ciudad.

—Atrevido, mentiroso.... véanlo que sinvergüenza.—Pillico tuvo que recibir varios pescozones de sus hermanas.

Me aproximé á Carmencita, y, por decir algo:

—Ya me han dicho que....

—¡Ah! ¿Te han ido con el cuento yá? Pues me alegro que lo sepas de una vez.—Y sin dejarme hablar—Sí, él me corteja pero yo no le he dicho ni que sí...ni que nó.... Esperaba —y me clavó sus ojos negros...

—Esperabas...¿el qué?—contesté casi sin saber lo que decía.

—El qué? Pues...—Y no encontraba la palabra apropiada.

—El qué esperabas?... ¿Habla de una vez?—dije animándola con el gesto.

Y ella comprendiendo mi mirada, ya repuesta de su primera emoción, indiferentemente—Esperaba

que *él* se manifestara con franqueza, porque como ha cortejado á tantas desde que vino...

Fué un jarro de agua fría, echado sobre mi entusiasmo! Por lo demás no me extrañaba nada. Siempre fué así Carmencita para conmigo y vice-versa. En cuanto uno ú otro quería avanzar un paso á través de aquel tejido de alambres que habíamos interpuesto entre los dos, obedeciendo á una singular preocupación de carácter instintiva, teníamos pronto el correspondiente *jarrito* de agua para enfriar cualquier intentona amorosa.

—Tienes razón—dije completamente refrescado. Y en mi interior se efectuó todo un proceso interrogativo. ¿Quién sería *él*? Pasé rápida revista á los jóvenes de la localidad capaces de medírselas conmigo; capaces de acabar con aquella tradición de un noviazgo de niños y me quedé aterrado de súbito al oír:

—El Doctor Julio de los Santos,—pronunciado enfáticamente por una de las de Gurmendez.

Hice una reverencia, saliendo á duras penas de mi abstracción. ¡Era *él*! No me quedaba duda alguna.

El Doctor terminó de saludar á todas las reunidas y vino á colocarse con habilidad suma entre Carmencita y yo.

Observé que las viejas le recibieron con unos cuantos grados más de calor que á mí; observé que las muchachas adoptaron posturas forzadas de suprema distinción, y me dí cuenta exacta que me encontraba completamente á solas conmigo mismo en medio de aquel grupo.

Hablaba Misia Encarnación:

—¿Qué tal Doctor, muchos enfermos eh? ¡Es claro, los médicos recién salidos de la facultad, jóvenes y buenos mozos, se acaparan la clientela de las muchachas!

Y doña Bernarda Gurmendez:

—Ya nos han dicho que es Vd. un picarón de siete suelas.—Y, agregó dirigiéndose á las mu-
mu-
mu-

chas,—tengan cuidado, no le hagan caso, sobre todo tú, Josefinita!

Josefinita era una de las de Gurmendez, solterona empedernida, que á ser posible hubiera sido expuesta á la subasta pública por su mamita, con tal de poderla *colocar* convenientemente.

Pero las continuas decepciones no arredraban á misia Bernarda y seguía ofreciéndola á cuantos candidatos se presentaban.

El Doctor con toda suficiencia y acariciando su barbilla en punta, contestó entornando los ojos:

—No teman Vds. Soy lo que se llama un mozo juicioso.

Pero el tono que empleaba quería significar todo lo contrario.

—Juicioso?—interrumpió Misia Encarnación—Alabate diablo!—Y lanzó una de sus gruesas risotadas que siempre la ponían en evidencia.—Todos nos reímos por miedosa condescendencia á la distinguida matrona.

Apartéme de los jóvenes y fui á sentar plaza de mozo formal junto á las dos señoras, entrando en activa competencia á cuál de los tres decía más estúpideces; pero mis miradas seguían curiosas, aunque disimuladamente, á Carmencita.

Decíale el Doctor:

—Pero le juro á Vd. que...

Las risotadas de Misia Encarnación no me daban tiempo á pillar lo que hablaban. Ví con harto dolor que Carmencita se mostraba alhagada de la preferencia que la demostraba el Doctor, y que le atendía sériamente. Una oleada de celos furiosos, me asaltó.

¡No tuvo ni una mirada para mí en toda la noche!

—Qué bien estaría un paseo en bote—dijo Margarita.

Todos aprobaron con entusiasmo la idea, menos yo. Y allá se treparon á uno de los botes que estaban amarrados junto á la escalera.

—Vd. no viene Carlitos?

—No señora, me esperan en casa,

Saludé á todos ceremoniosamente y me retiré con la muerte en el alma.

Cuando me hube apartado de ellos, y estuve deajo de uno de los sauces llorones, me dí vuelta observarlos.

El amplio río corría magestuoso, escamada su superficie de plata, bajo un cielo azul profundo lleno de estrellas que velaba apenas la luz de la luna llena. Las islas á lo lejos semejaban manchas sombrías en medio del río.

Más acá, las balandras, pailebotes, goletas y embarcaciones menores con una lucanita amarillenta en el palo mayor, mecíanse dulcemente al compás del chapoteo del agua bajo la popa.

Por entre los barcos alcancé á distinguir el bote que iban las de Ocampo. Avanzaba lentamente movido por dos perezosos remos que al salir del agua derramaban cascadas de nácares.

Las risas llegaban como un eco perdido, causándome el egoísta dolor de considerar que podían estar tan alegres sin mí.

De pronto la voz de Carmencita hirió mis oídos:

—Doctor, doctor, mi pañuelo, mi pañuelo, que se lo lleva la corriente!

—¿Quiere que me tire al agua?...

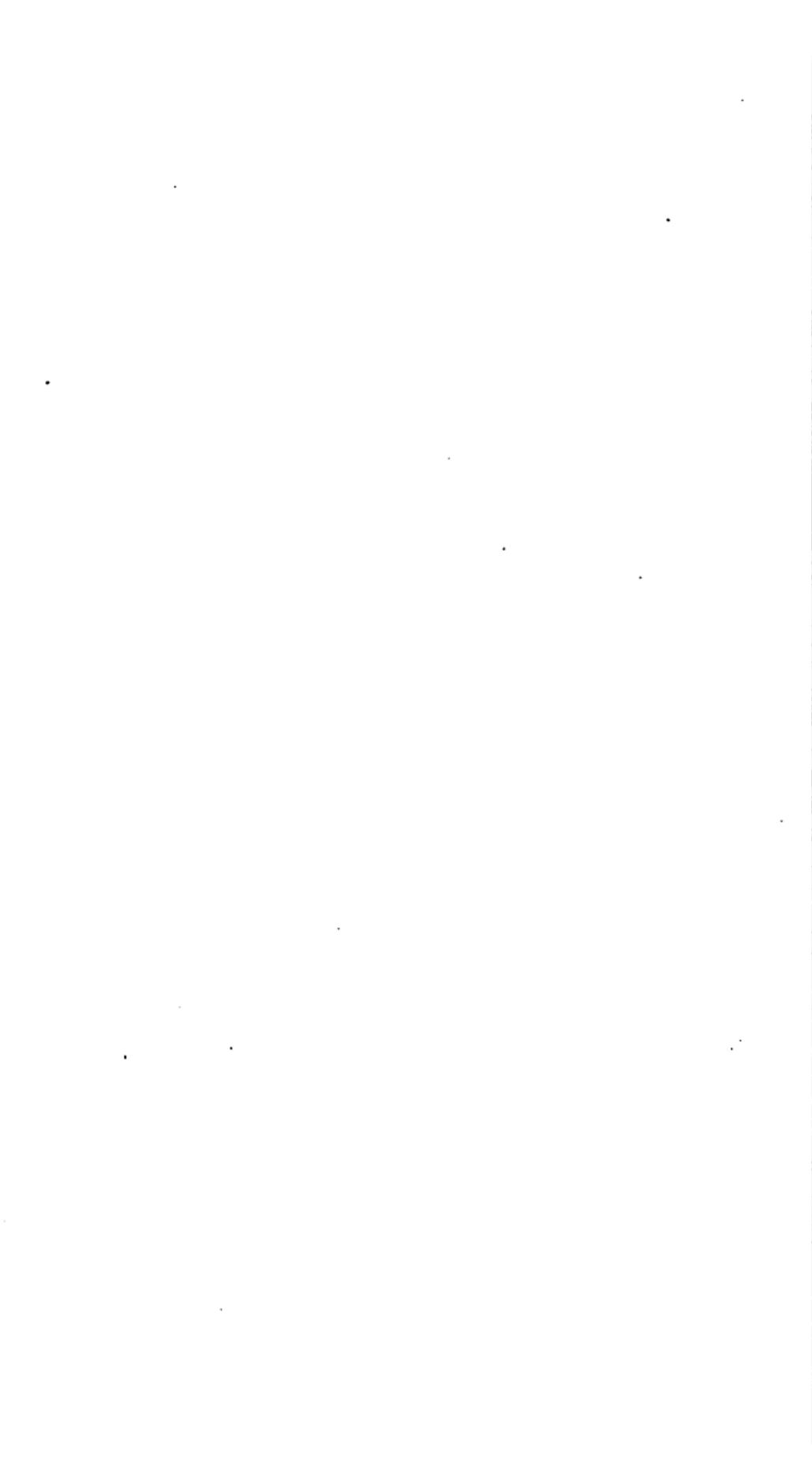
—¡Sí, tírese!...

Y la voz de las matronas:

—Ave Maria, Carmencita, qué ocurrencia!... no le haga caso, doctor!...

Y fúme cabisbajo hacia mi casa, acariciando el secreto deseo, de que el bote se fuera á pique con todos los paseantes!







Como durante toda la noche fué mi cabeza un volcán de disparates, recién al clarear el día pude conciliar el sueño. Dormía aún á las once, cuando entró Ramón en mi pieza.

—Niño, le abro los postigos.

—No.

—Es que traigo una tarjetita de las Ocampo.

—Abre, hombre, abre! A ver!

Me senté en la cama y medio encandilado pude leer el nombre de Carmencita y luego:

« Invita á su querido amiguito Carlos, á una cabalgata que tendrá lugar esta tarde á las 4 p. m. Punto de reunión, ésta su casa ».

—Díle que no voy.

Y observando que Ramón sostenía una dulcera en la mano.

—¿Y eso?

—Ah! es un budín que le manda la niña; dice que lo hizo ella misma esta mañana para Vd.

—Muy bien, lo comerán los perros; déjalo ahí!

Mientras me vestía, la indignación se apoderaba de mí. Venganzal sí, venganza tremenda de aquella burla. Cabalgata, no?... budincito?... ¡Como si no hubiera pasado nadal Y arrojé una franca mirada de odio al obsequio.

—Sí, se lo arrojaré á las gallinas desde la ventanal!

—pero al observarlo detenidamente, se me hizo agua la boca. Era una magnífica pieza de confitería:

« *Più che il dolor poté il digiuno* »

y hundí una cucharilla en su masa.

Casi me lo comí del todo!

La dulzura, el aroma de vainilla, y la bestiezueta del estómago satisfecha, hicieron que las ideas más se suavizaran en mucho. Al fin y al cabo Carmencita era muy dueña de tener amores.

¿Acaso yo le había dicho algo al respecto alguna vez? Cuántas veces llevado de la corriente de nuestras confidencias había arribado á esbozar una declaración, que al recibir el consabido jarrito de agua se había eclipsado temerosa de mis labios? ¿Por qué no había tenido el valor de insistir?

¡Culpa mía! ¡Sí!

Iría á la cabalgata y le hablaría á Carmencita, con toda franqueza. Ya vería el doctorcito de marras!

Dí órdenes para que estuviera pronto mi tordillo para las cuatro de la tarde.

Impaciente y nervioso esperé la hora. En el barrullo de mis ideas, se me ocurrían ridiculeces propias de enamorado. Me observé en el espejo y tuve el valor inaudito de hacer un parangón entre mi rival y yo.

Claro, que mi postura gallarda, y la interesante palidez de mi rostro, y mis ojos de mirada vivaz y dominadora, y el estudiado abandono de mi indumentaria, y un chambergo de amplias alas que cubría abundante cabellera, tuvieron que derrotar á la desgarbada figura del doctor, á sus ojos de miope cubiertos por unos gruesos lentes pretenciosos, á su barbilla rubia, y sobre todo, á su incipiente calvicie.

Las cuatro menos un cuarto. Monté en mi corcel y al llegar á la esquina de lo de Ocampo, en el mismo instante descendía de su coche el Doctor de los Santos. Un *groom* traía su caballo de tiro.

Dejé el mío en la puerta junto con los de otros invitados y entré en la casa.

Estaban las de Gurmendez y las de Flíng, unas inglesas desabridas pero terriblemente afectuosas con todos.

—Oh! *My dear Charles!*... *My dear!*—y casi me abrazan y me besan.

Panchita hacía los honores de la casa vestida correctamente de amazona. Margarita lucía un inmenso sombrero magestuoso, lleno de plumas negras que era la envidia de las de Gurmendez.

—¿Y Carmencita?

—¿Y Carmencita?

Ambos á dos, el Doctor y yo, preguntamos por la citada.

Las muchachas se sonrieron con malicia y los dos rivales nos miramos con sorpresa.

Noté que vestía elegantemente de caballero. Botas *chantilly*, pantalón color crema, jaquet azul, chaleco marrón á cuadros verdes y galerita cuadrada gris. Calzaba guantes de gamuza y jugueteaba con una hermosa fusta de puño de oro mate. Me sentí derrotado de antemano.

Entró Carmencita. Estaba divina.

Las de Fling corrieron hacia ella y la estrujaron:

—Oh! *My dear, very beautiful, how pretty!*

Alta como era, el traje gris oscuro de amazona le sentaba espléndidamente, haciendo resaltar sus formas correctas é incitantes.

Un sombrerito de felpa envuelto en tul violeta, puesto coquetamente sobre los ojos, en medio de una selva de cabellos castaños, le daba una expresión picarezca, enloquecedora.

—Holá! Carlitos! Y te atreviste á mandar decir que no venías? No? Pues no te hubiera valido de nada porque habíamos resuelto ir á buscarte en corporación!

—Fué un error del mucamo—dije cobardemente.

—Y no me das las gracias por el budín? Vaya qué galante has venido hoy!

Iba á decir *que estaba riquísimo*, cuando el doctor se me adelantó.

—El *mío* estaba riquísimo.

Quedé doblemente estupefacto! ¿También el doctor había recibido otro budín?

É indignado espeté con voz desentonada:

—El *mío* no lo he probado.

Cref humillar á la obsequiante, pero ésta se hallaba metida en un disparadero de galanterías con el insoportable doctor.

Margarita se me aproximó muy tiesa por no descomponerse el tocado.

—Sabe Carlitos que Lauracha nos ha escrito?

—No conozco á Lauracha.

—¿Cómo no la conoce Vd. siendo el amigo íntimo de Alberto Mornins?

—Lo fuimos en otro tiempo, pero desde que él abandonó la capital nos hemos visto de tarde en tarde, aún conservando una buena amistad.

—Pues Lauracha nos escribe invitando á una de nosotras á ir á pasar un mes á la estancia. Dice que está tan aburrida que ya ni la caza la entretiene.

—¿Caza?—pregunté admirado.

—¿Que si caza? ¡Eximia cazadora de piezas mayores, ginete consumada, alegre y *diabla* como la que más! Un poco excéntrica y rara, pero buena amiga, eso sí. Sabe, es una muchacha de esas que *tienen sus cosas* y se la debe disculpar.

—No entiendo.

—De Lauracha se dice: *ella es así*, y todo lo malo se le perdona.

—Pero esplíqueme; ¡no entiendo!

—Vea un ejemplo: Lauracha lo mismo vá descalza en una procesión por encima de guijarros, como se lanza en un *breack* tirado por cuatro caballos en un barranco, y se queda tan fresca.

—Pero ¿es una destornillada?

—Al contrario, sensata, inteligente; pero *ella* es así.

—No me gustaría para esposa tal mujer.

—Oh! Si es encantadora! Alberto llega esta noche de paso para la estancia:

—Me alegro, le veré con gusto.

Y nos apartamos.

—Vamos, pues señores—dijo Carmencita golpeando las manos.

Y salimos todos á la calle donde varios jóvenes : la localidad, invitados á la cabalgata, nos espe-
aban.

Carmencita tomó de las riendas á su alazán y
iró á su alrededor; el doctor, comprendiendo su
tención, se adelantó.

—¿Tendré el honor de servirle de estribo?

—¡No se incomode Vd.! Carlitos, ayúdame por
dios!...

Me adelanté como acostumbrado á la tarea y
rucé las manos inclinándome un poco; apenas
poyó ella su pié, calzado con unas botitas hasta
mitad de la pantorrilla, y de un salto estuvo
obre la silla. Alcancé á ver algo de aquella ner-
tiosa pierna; un escalofrío recorrió todo mi ser y
ensé que todo aquel manojito de gracias, todo aquel
amillete de linduras, iba á ser de otro, única-
mente por timidez mía.

—Gracias, Carlitos. Vea, colócate aquí á mi iz-
quierda y Vd., doctor, á mi derecha.

Formamos línea y echamos á andar.

El Doctor estaba ocurrente y jovial, yo aparen-
emente preocupado en atender á mi cabalgadura,
la cual, sin motivo alguno, castigaba y clavaba
las espuelas.

Al dar un bote mi tordillo me fuf sobre Car-
mencita la cual me increpó con dureza.

—Estás insoportable, Carlitos. Casi me aplastas...

Hice como que no oía y me uní después de un
rato á la más fea de las Fling.

—Verdad que Carmencita, estar *very beautiful*?

—Sí, muy *beautiful* y bastante guaranga también!

—¿Guaranga? oh! *how shoking, how shoking!*—y
me fulminó de tal manera con su mirada que tuve
que alejarme. Decididamente mis asuntos iban mal.

Carmencita se había adelantado al galope de su
caballo, aparejada con el doctor...

Sonrefase gustosa y escuchaba atenta lo que la
decía su compañero.

Como fuera quedándome rezagado, Panchita, que no era muy afecta á galopar, se me aproximó.

—Pobre Carlitos! qué solo estás hoy!—y viene que no la decía nada—No te hagas el reservado. Lo sé todo. Recién te das cuenta que *la quieres* verdad á Carmencita.

—¿Cómo recién?

—Claro, ahora que hay moros en la costa,—y rió picarescamente.

—Te juro que me tiene sin cuidado. Siento por Carmencita una amistad sincera y nada más.

—¿Sí? Venime á mí con cuentos! Lo mismo vá á pasar á ella en cuanto llegue á saber que tú...

No pude contenerme.

—Crées que Carmen?... ¿ella te ha dicho algo? Sé buena, Panchita!

—No te apures, ella no me ha dicho nada. Pero como cuando estás en la Capital habla á cada rato de tí. «¿Qué hará Carlitos ahora? ¿Por qué tardó tanto en escribirnos?»

—Y cuando vengo al pueblo sólo me hace desprecios.

—No tal. Para ella lo natural es que estés á la vista. Con eso le basta. Como hermana de ella y en mérito á nuestra antigua amistad te voy á dar un consejo: Sométela á una prueba.

—¿Cuál?...

—¡Inventemos una mentira!

—Veamos...

—Por ejemplo que te piensas ir á la estancia con Alberto Mornins, y que deseas conocer á Lauracha.

—¿Crées que surtirá efecto?

—Claro que sí. Sabes que aun siendo buenas amigas, Lauracha y Carmencita, se celan.

—Sí.

—Aprovecharé el consejo y... gracias, Panchita.

—Esta noche hay lotería en lo de Gurmendez; no faltes y arreglaremos la mentirilla.

—No faltaré.

Cuando volvimos del paseo, brillaba una alegría

sólita en mis labios, apesar de la visible derrota
te habían sufrido mis amores.

El Doctor estaba alegre como unas pascuas.

Cuando me despedí de ellos, Carmencita me
iró y simulando gravedad me dijo:

—¡Qué cara de fieral Carlitos!—y al Doctor, en-
liviéndome á mí en la invitación:

—No falten esta noche á lo de Gurmendez, des-
pués de la lotería daremos *unas vueltas*.

Nos fuimos.

Una sorpresa agradable recibí al llegar á casa.

Alberto Mornins me esperaba desde hacía pocos
stantes.

—Holal señor pintor. ¿Qué tal, tanto tiempo sin
erte? ¿Qué haces? ¿Has venido á realizar tus va-
aciones veraniegas?

—Sí, por unos dos meses; pero quizás la abrevie,
te aburro mucho.

—¿Te aburres? ¡Qué diré yo que tengo que irme
la estancia por una gran temporada! Sabes, el
iejo anda mall La que está contenta de mi ida es
auracha. Pobrecita, esa sí que se aburre sobera-
amente! Como es la menor de la familia y la única
oltera; tiene que acompañar á los viejos. Mira
porqué no te vienes conmigo á la estancia?

—Hombre!

—Tú no conoces á Lauracha ¿verdad? Verás que
po de mujer. Una revolucionarial

Los tiene medio locos á todos en el pago con
ms cosas. Bueno, no hay más. Convenidos, no? Ella
e conoce de nombre y yo te prepararé la recep-
ión hábilmente.

—Sabes que he venido á hacer compañía á mis
adres y...

—Nada, nada. Ellos estarán contentos de que te
engas conmigo. Luego te advierto que al lado de
auracha el tiempo te va á parecer corto. ¿Sabes
ue ya no tiene amores con Cepeda? Quebró con
l: ¿A que no adivinas por qué? porque no se ani-
ó á saltar una zanja montado en un bagual! Ah!

y porque no fumabal... ¡Qué loquilla! ¿Eres buen ginete?

—Regular...

—Ah! entonces quedará contenta de tí. ¿Fumas?

—No, pero fumaré por *serle* agradable.

—Has dicho fumaré?... Luego te vienes conmigo ¿no?... Mañana partimos! Ya está resuelto! Espero que no te volverás atrás.

—Espera, hombre, no te apures. Hagamos las cosas con calma. ¿Cuándo sale la galera para la estancia?

—De aquí tres días.

—Bueno, de aquí tres días parto á hacerte com pañía, pero por una semana, nada más! ¿Y tú cuándo te vas?

—Esta madrugada salgo en mi *charrete*. Como me dicen que el Pantanoso se ha desbordado con las últimas lluvias, dejaré la *charrete* de este lado en la *posta* y pasaré en bote el río. En la otra orilla me espera el *breack* de la estancia. Lo mismo tendrás que hacer tú.

—Muy bien. Acepto la invitación con gusto.

—¿Arreglados?

—¿Irás esta noche á lo de Gurmendez?

—Sí, á saludarlas, nada más. Bueno, ahora me voy al hotel. ¡Qué alegría para Lauracha cuando sepa que el eminente *acuarelista* Don Carlos Lozada irá á la estancia! Hasta luego.

Fuése dejándome envuelto en un mar de ideas.

Un extraño presentimiento me decía que aquella visita á la estancia no era casual, que aquello tenía que suceder, que la venganza á los desdenes de Carmencita se aproximaba, y por último que aquella extraña Lauracha, comenzaba á preocuparme más de lo que suponía.

¿Qué tipo de mujer sería? Las breves noticias que habían llegado á mis oídos me la hacían representar como una especie de amazona, varonil, que no tendría más que la apariencia y el exterior femeninos.

Las ocurrencias que se comentaban de ella eran

más bien chabacanas que espirituales é impropias
de una señorita criada en un colegio de hermanas
de caridad!

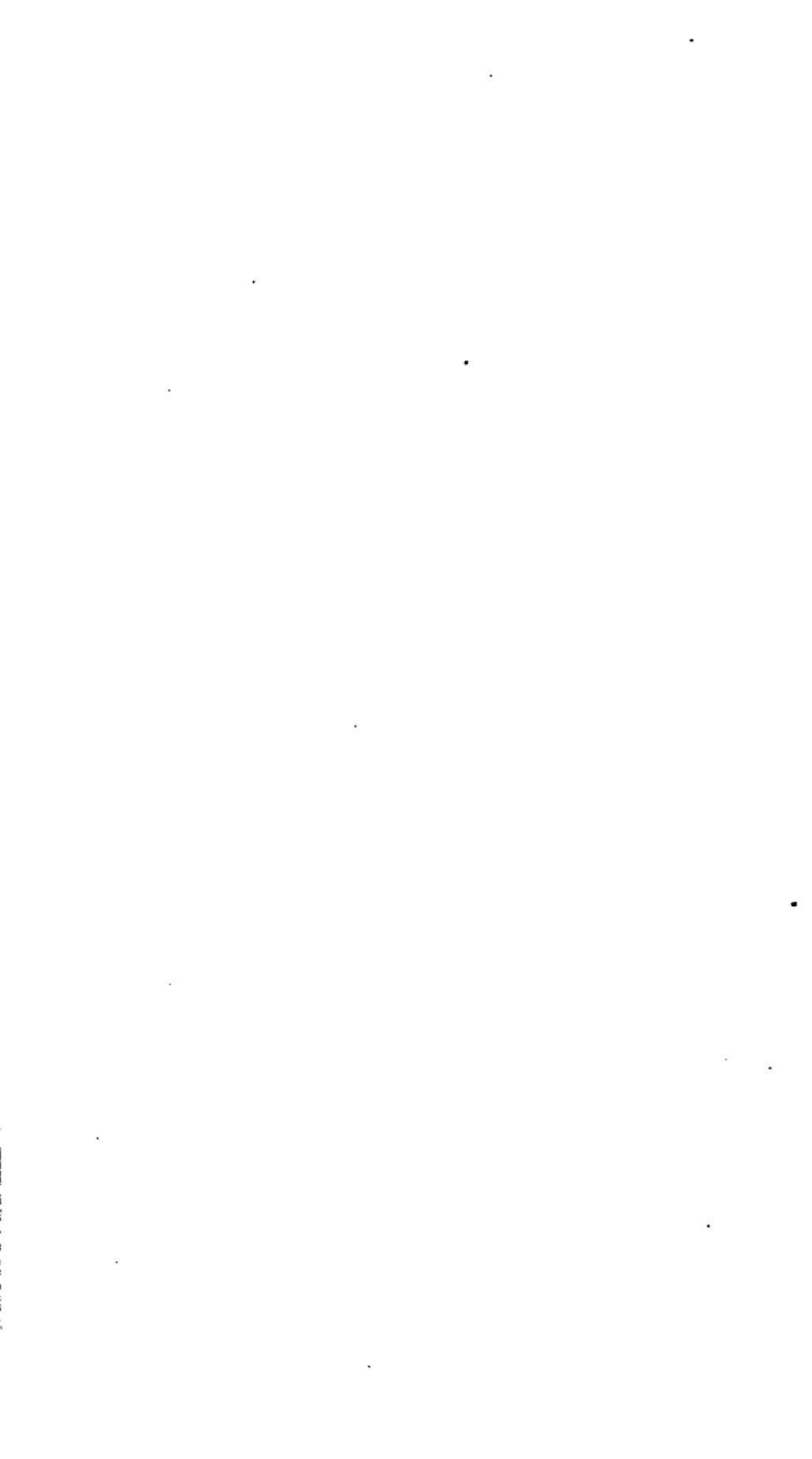
Las cosas se presentaban admirablemente para
secundar mis planes.

Entusiasmado, pronuncié en voz alta, haciendo
un trágico ademán:

« Señorita Cármen Ocampo, le ha llegado á Vd.
el turno de saber lo que es una revanchal »

Pero el recuerdo de la hermosa pantorrilla de
la esquiva le quitaba toda sinceridad á la excla-
mación.







El comedor de los Gurmendez estaba rebosante de concurrencia. Lo mejor del pueblo se hallaba reunido alrededor de la amplia mesa. La señora del intendente municipal, la del comisario, la del boticario, la del doctor, etcétera, etcétera. Cada una con varias niñas á la cola, acariciaba la secreta esperanza que de las loterías familiares, surgiera el yerno deseado. Y no era para menos. El silencio que reclama el juego es tentador para ciertas meditaciones; la proximidad de las sillas, los roces de brazos y de manos al cojer el poroto marcador del número cantado; y los atrevimientos de los pies debajo de la mesa han originado apasionados casamientos desde tiempos inmemoriales.

Aquella lotería era extraordinaria por ser verano, y se debía únicamente á la falta de una pequeña cantidad para completar la suma de cien nacionales, que se recolectaba con el objeto de efectuar un paseo á orillas del río.

Cuando llegué, la mesa estaba repleta.

Varias señoras se habían sacrificado en honor á las jóvenes, y apartadas en un rincón le sacaban el cuero á las ausentes y presentes, mientras una mulatilla cebaba mate en un porongo de medio litro.

El doctor, muy pegadito á Carmencita, le murmuraba palabras al oído, con una sonrisilla pretenziosa marcada en el rostro.

Su calva le brillaba á la luz de la gruesa lámpara que colgaba del techo.

—El 6 y el 8, la edad de Misia Bernarda—gritaba el cantor.

—Mira, atrevido, no te metas conmigo: y la terrible señora fuese hacia el cantor por detrás y aplicó unos buenos coscorrónes.

—Los 15 Abriles de Josefinita.

La nombrada, que contaba el doble, se sonrió tristemente.

—Aquí, Carlitos, venga, aquí tiene un sitio— gritó una de las de Gurmendez, que, al darse cuenta de la situación en que me hallaba al respecto de Carmen, quería echar el aparejo por aquello que á río revuelto...

Me senté junto á la amable invitante y seguí jugando, sin hacer caso á las insinuaciones que desde lejos me hacía Panchita.

Esperaba nerviosamente la venida de Alberto Mornins, para que él mismo diera la noticia de su próximo viaje, y de antemano gozaba con la sorpresa que causaría en Carmencita.

El señor Gurmendez, señor venerable, conocido en todo el pueblo por sus *macanas* (le decían el *macanudo* Gurmendez), que apuntaba con toda buena fé los números de lotería, se levantó al finalizar un *quinto* y dijo:

—Señores: He tenido el alto honor de clausurar las loterías de este año, sacándome yo la última. Cedo integramente el dinero para completar la suma de cien pesos destinada á un grandioso paseo terro-navo-campestre. Si la pantalla del corazón humano hablase...—y aquí el *macanudo* señor Gurmendez se largó por todos los vericuetos de la más estrafalaria oratoria.

Felizmente Misia Bernarda le interrumpió con toda franqueza:

—Acaba, Gurmendez, sino harás creer á la concurrencia que estás en el cementerio.

Y esto tenía su miga oculta.

El señor Gurmendez era el orador *fúnebre* obligado para cuanto *venerable* fenecía en el pueblo.

—Bueno, ahora, á bailar.

Y varias parejas se lanzaron á la sala.

Alberto Mornins entró en el comedor.

Saludó á todos y fué recibido con zalamería por el elemento joven femenino allí presente. Hasta se interrumpió por un rato el baile comenzado, pues Alberto era el mejor partido matrimonial deseable.

Carmencita que estaba sentada junto al doctor, le saludó con extremada cortesía.

—¿Qué sabe, Alberto, de Lauracha?

—Está lo más buena.

—Pronto estará más contenta con la ida suya.

—Oh! yo no podré acompañarla en sus paseos como ella quisiera. Tendré que trabajar mucho, en la estancia. Pero le llevo un amigo que me reemplazará satisfactoriamente.

—Un amigo? De Buenos Aires?

—No. De aquí.

—De aquí? Quién podrá ser?

—Carlitos Lozada, mi amigo íntimo. Sé que Lauracha tiene vivos deseos de conocerle.

—Ah! Carlos!—Y Carmencita me miró casi aterrada.

En esto vinieron á buscar al Doctor para no sé que enfermo. Salió prometiendo volver enseguida.

Yo me quedé aparentando indiferencia á lo que hablaba mi amigo con los demás.

De pronto Carmencita se aproximó á mí y cogiéndome violentamente de un brazo, me dijo con voz sofocada:

—Vamos al patio, me muero de calor!

—Vamos!

Nos sentamos en un banco rústico debajo de un frondoso helecho.

—Es cierto que te vas á la estancia de Mornins?

—Sí, me voy.

—¿Pero desde cuándo tenías dispuesto el viaje?

—Desde hace *pocas horas*.

—Ah! después de la cabalgata.—Y después de breve pausa:

—Y por qué te vás?

—Por no ver ciertas cosas que me repugnan.

La miré en los ojos con tal expresión que bajó la vista.

—Pero acaso tu...—y se detuvo titubeando.

—Acaso qué?

—Ves con malos ojos el que yo preste oídos á...

—Yo? Qué me importa de tí, de él y de tus cosas!

Y ella, tan arrogante un momento antes, se empequeñeció de golpe.

—Tienes razón; qué puede importarte *de mí*...

Lo dijo con una expresión tal de dolor, que casi me derrite la firmeza de que quería hacer gala. Después de un buen rato pronunció con voz alta:

—Pero tú no te irás!

—Que no me iré? ¿Quién puede impedírmelo?

Y ella sin vacilar:

—Yo!

—Túl tú!—y lancé una carcajada burlona.

—Júramelo por tu madre y así solo lo creeré.

—Te lo juro.

—Muy bien. Acuérdate.—Y se alejó bruscamente de mi lado.

Quedéme solo bajo el helecho aspirando voluptuosamente la dulce fragancia que esparcían las grandes flores de una enredadera, la *reina de la noche*...

Tenía razón Panchita. La prueba había resultado de efectos seguros.

Carmencita se paseaba inquieta por el corredor y no podía disimular la lucha de ideas de que era campo su cabecita.

Yo estaba seguro de que la hubiera mortificado grandemente la vuelta del doctor.

Al despedirse Alberto y al pasar junto á mí me abrazó afectuosamente:

—Ya sabes, en la primera diligencia que salga! Ah! Del otro lado del Pantanoso te esperará el breack de la estancia. Puede que vaya con la misma Lauracha á buscarte...

Carmencita no perdió una palabra de lo dicho.

La reunión tocaba á su término y como el doctor no volviera de su visita, Margarita me preguntó:

—Nos acompañarás, Carlitos, hasta casa?

—Con mucho gusto.

Salimos.

Misia Encarnación y las dos mayores detrás, á paso de cangrejo, Carmencita y yo adelante según vieja costumbre, á la disparada.

El trayecto era un poco largo y las primeras cuadras marchamos en silencio.

Viendo que ella no se atrevía á iniciar la conversación, la dije mordazmente:

—Extrañarás mi compañía, no?

—Ya te podrás figurar!—murmuró ella irónicamente, y roto el hielo prosiguió con vehemencia:

—¿Pero á qué diablos *tienes* que ir á la estancia?

—A divertirme!... A conocer á esa belleza silvestre de quién tanto se habla! A...

—Sí, ya sé, á buscar novia...

—Me parece que estoy en edad—dije friamente, hundiéndola un alfiler en el corazón.

—Oh! Ya me lo figuro; apenas llegues á la estancia, aquella *loca* te vá á rodear de mimos y atenciones para hacerte creer que está enamorada de tí y... hacerme rabiar á mí...

—A tí? Vaya, no digas tonterías!

—Claro que á mí! Acaso no nos tiene por novios todo el mundo?

Aquí la esperaba yo.

—No creas. Yo no te he pretendido nunca y eso tú bien lo sabes. Luego jamás se me hubiera antojado el ser rival de cualquier pelafustán de ciudad, lleno de ínfulas, que viene á estos pueblos á burlarse de las zonzas que le hacen caso. Sigue nomás, y que seas dichosa! Cada uno á su destino.

Estuve grosero, pero el despecho es el peor de los acicates.

El tiro había sido certero. Carmencita quedó alelada. Siguió en silencio hasta la esquina de su casa. Como nos hubiéramos adelantado demasiado, nos detuvimos á esperar á los demás de la familia.

—Y si yo te rogara que suspendieras el viaje? yo, tu Carmencita, tu hermanita querida, yo...

—He dado mi palabra...

—Y por último, si te dijera que *no le hablaré más*, y en cambio, tú serás...

La interrumpí antes de que pasara del justo medio.

—Te diría que...—vacilé antes de decirlo, porque aquella solución albagaba demasiado mi amor propio ofendido; vacilé porque Carmencita me revelaba de un golpe el fondo de su alma; pero de pronto surgió en mi mente la imagen de una bella y extraña mujer que obedecía al poco melodioso nombre de Lauracha, cuyos encantos y gracias y espíritu debían ser tan excepcionales para que obligaran á una mujer como la que me hablaba, de suyo recatada y burlona, á hacerme proposiciones que nunca, yo lo sabía muy bien, nunca se hubiera atrevido á insinuarlas siquiera en cualquier otra situación, y terminé la frase con suprema firmeza echándole encima todo mi jarro de agua.

—Te diría que ya es tarde, que mi resolución está tomada y que rechazo la limosna de un cariño que no he pedido. Y como siempre, buenos amigos, eh! ¿No me das la mano? Que te alivies!

—Ya sabrás quién es Lauracha! Volverás, *orgulloso*, pero yo me vengaré...

Me aparté de ella. Pude oír un amargo sollozo que brotaba de su pecho y casi me vinieron tentaciones de correr hacia ella, decirle que todo lo dicho por mí era mentira, que todo era fruto del despecho; y allí mismo, comerla á besos, abrazarla, sentir en mi pecho la huella momentánea de aquellos sus opulentos senos, y en mi boca aquellos sus labios carnosos y rojos... pero la voz del doctor que había alcanzado á las de Ocampo, me detuvo, firme en mi propósito primero.

Saludé á Misia Encarnación y acompañantes y pasé de largo.

Cuando llegué á mi cuarto me senté en una mecedora frente de la puerta abierta de par en par, que daba al patio de mi casa.

Bordeando la amplia solera y extendiéndose por todos los confines del patio, una glicina desnuda de hojas, pero cubierta de sus racimos celeste-mo-

rados, entremezclada con madreselvas y flores de caracol, saturaba de aromas deliciosos todo el ambiente.

A la luz de la luna, las blancas gardenias parecían copos de nieve sobre el verde oscuro de las hojas, y si bien los colores de las otras flores se perdían en la nota sombría dominante, las fragancias llegaban por turno á mi sensorio excitado.

Mi vista descansaba en aquella penumbra de las plantas que brillaban empapadas por el rocío estival, y de pronto en mi retina las manchas de sombra y las de oro de la luz que se reflejaban en el suelo, causábanme la impresión que ante mí tenía una inmensa piel de jaguar extendida cuyos lunares se estremecieran.

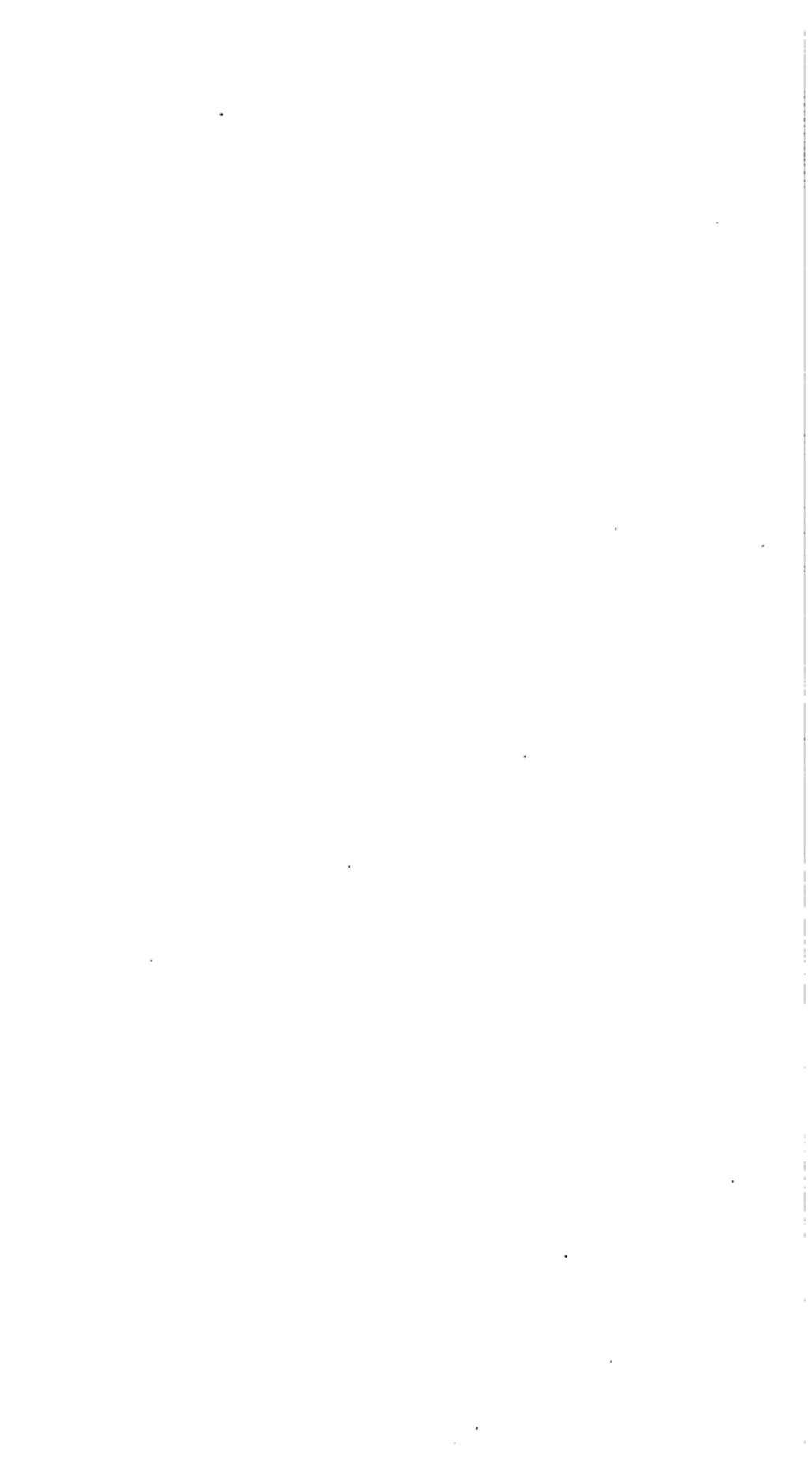
Del otro lado, por la ventana que daba al jardín, los corpulentos y hermosos paraísos en flor, enviaban á mi pieza las oleadas de fragancia de sus pálidas florecillas. Y lo mismo las rosas blancas que exornaban como guirnaldas la portada; y lo mismo las rosas rojas, abiertas con lujuriosos deseos en los arriates, y lo mismo los magnoleros y los nísperos, y los jazmines azules del Paraguay; y los azahares que por generosidad de natura habían anticipado su floescencia, formando á los pies de los naranjos una blanca alfombra.

Todo érame bello en aquel instante.

La imagen de Carmencita que se me aparecía á intervalos era la única impresión dolorosa que me velaba aquel rincón del paraíso.

Adormecíme tranquilamente acariciando la visión de una Lauracha hermosísima, gallarda, que se inclinaba sobre mí, haciendo deslizar sus labios sobre mi frente...







Durante los tres días siguientes no salí de casa á las horas en que pudiera encontrarme con las de Ocampo. Ramón mi mucamo confidente, me comunicó que había visto á las muchachas y al Doctor paseando por las barrancas y éste muy pegadito á Cármen.

A medida que llegaba el plazo para efectuar el viaje mi nerviosidad aumentaba. Un deseo ardiente de conocer á aquella ignota Lauracha, por la cual abandonaba yo la dicha futura quizá, me mantenía excitado.

Pensaba pasar unos quince días en la estancia de mi amigo.

La noche, víspera de la partida, me recogí temprano. Pero no podía dormir. Varias veces intenté reconstruir la escena que había tenido con Carmencita y no pude conseguirlo; varias veces quise analizar mi corazón para darme cuenta de si efectivamente la quería, y tampoco pude. Sólo pensaba en la incógnita Lauracha, entremezclándola á ratos con la otra, y confundiéndolas en una sola mujer las más de las veces.

Antes que el despertador me anunciara la hora en que la diligencia iba á venir en mi busca, ya estaba vestido de viaje.

Botas amarillas, pantalon blanco de brín, guarda polyo de seda cruda y gorro negro.

En el cuello el indispensable pañuelo blanco de seda.

Pasé revista á mis enseres de viaje.

Dos artísticas valijas color crema con broches dorados, mi caja de pinturas, la de pinceles, la

sombrerera, la caja de la escopeta de caza, la carabina *Winchester* en un estuche de cuero rojo; el infaltable poncho de vicuña y en bandolera una cantimplora llena de buen rum.

Coquetearías de viajero joven que quería causar buena impresión en la estancia y hacer comprender á Lauracha que era un mozo de ciudad y no un vulgar pueblera el que iba á pasar una temporada á su lado.

Antes que el cencerro de la yegua madrina me anunciara la llegada á la puerta de casa, de la galera que había de conducirme, ya estaba yo con las valijas en la mano. Los bultos grandes fueron colocados en la baca, la carabina al alcance de la mano. ¡Había tantos avestruces y gamas en el camino, en quienes ensayar la puntería!

Calculé el lado del sol con experiencia de viajero acostumbrado á evitarse molestias y me acomodé en el asiento delantero junto al mayoral.

Era de noche todavía, cuando éste con voz gutural animó á los jamelgos aplicándoles á manera de aperitivo una verdadera paliza con un látigo de trenza doble.

—Júi jáá ¡jáá! jáá!—adelante Chirola! tira Salero! juf, juf! juf!—y dele palo y tente tieso.

Es tal la costumbre de castigar que tienen los mayores de mi tierra, que en cuanto cesan por un instante en la vapuleada las pobrecillas bestias se detienen.

Las etapas son generalmente de cuatro á cinco leguas. La yegua madrina es una respetable entidad que acompaña ó más bien dicho, mantiene en cohesión el núcleo social de los mancarrones. Donde ella vá cuando están sueltos en el campo, allá van todos. El cencerro que lleva en el cuello es el lábaro de la entera tropilla. De ese modo se evitan las dispersiones y los entreveros de grupos diversos que dificultarían el hallazgo, en las grandes extensiones de campo.

Y hay algo de triste y cómico á la vez en esa afeción instintiva que guardan á la yegua ma-

drina, una tropilla de seis, ocho, ó veinte eunucos. Amor más desinteresado no existe en la especie humana!

Y guay, si á los señores caballos, prendidos en la galera no los acompaña el objeto de sus afeciones! No habría fuerza humana capaz de hacerlos seguir adelante. Generalmente la simpática acompañante que ha tenido sus trapicheos naturales con algun potro, se vé costreñida á acompañar á sus amigos en avanzado estado interesante; y cuando el potrillo no puede todavía caminar, el mayoral se vé obligado á librar del servicio á toda la tropilla. ¡Estrañas vacaciones anuales que el más inteligente de los cuadrúpedos no sabría nunca explicar! Sin embargo, triste me es constatarlo, la institución de la yegua madrina decae visiblemente, desde que abundan las tropillas de simples advenedizos!

La diligencia se detuvo en un hotel donde subieron dos pasajeros, luego en otro, y en varias casas particulares. Cuando se dirigió á las afueras del pueblo iba llena. Comenzaba á clarear.

Cuatro caballos en fila, dos adelante y el que montaba el cuarteador, componían el total de elementos que habían de llevarnos hasta la primera posta, distante cinco leguas del pueblo.

La yegua madrina ejercía funciones puramente decorativas haciendo sonar furiosamente un cencerro.

Adelante como á cinco metros, unido á la lanza por una cuarta de trenza fortísima, iba el cuarteador encargado de guiar la diligencia por el buen sendero, evitándola los baches y zanjas del camino.

La utilidad del cuarteador en los pasos peligrosos de los arroyos crecidos es de importancia decisiva.

El nuestro era un muchachuelo rubio, que no llegaba á los catorce años. Su misión era por demás

pesada y el sueldo que percibía escasísimo. Todo el día á caballo, lo mismo expuesto al terrible sol del verano, que á los frios temporales del invierno.

Apenas llegado á una posta ó sitio de muda, debe desprender los caballos de la galera y partir en busca de los relevos.

El instinto y el conocimiento de las *querencias* habituales de los caballos, le guía á través de la bruma y de la obscuridad más intensa. Luego, ya de vuelta debe prender á los caballos encargados de realizar la etapa siguiente.

No obstante esta vida de trabajo, falta de ropa y de buena alimentación, conformándose las más de las veces con un panecillo y un pedazo de carne asada, siempre le vereis adelante, ya cantando, ya burlón, sin desatender su trabajo y pronto el chiste mordaz en los labios.

El mayoral, gordinflón, en mangas de camisa, sentado en una tabla auxiliar junto al pescante, y con los pies sobre el tren de la galera, no cesaba un solo instante de increpar y castigar á las bestias, é insultar al cuarteador. Llamábanle Gaitán, pero su nombre era Cirilo Gaito.

Era bromista de suyo y de vez en cuando interrumpía su tarea para conversar con todos los pasajeros. Poseía una historia documentada de todos los almacenes, estancias, ranchos, etcétera, del trayecto que recorría desde treinta años. Fuera de ahí, no sabía nada. ¡Pero todo lo que sabía aquel hombre!

—Aquella tapera que vé allá en lo alto de la cuchilla, *jué* hace veinte años la estancia de Don Marcelino Echeverría. Hombre rico, dueño de casi todo el pago. Güeno, cuando murió él, los hijos remataron tuito por menos de nada y las mujeres ahora ardan por ahí mercando el cuero...—é interrumpiéndose de repente increpó al cuarteador:—A ver gurí, ladiate, no ves la zanja? ¡Saparrastroso! Hijo de la tal por cuall... —Y á los jamelgos—Y-ú, i-u, juí! já! já! já! já!—Y palo, palo y palo sin compasión.

Luego reanudó el relato.

—Así sucede siempre, los agüelos que viniéron á estas tierras, juntaron la platita á juerza de trabajo y los ñetos se encargan de acabar con ella en las ciudades! ¡Lo que es del diablo el diablo lo ha é llevar! ¿Pero no vez *guri* que casi te echás sobre el alambrao con el mancarrón? ¿Vas pensando en la luna? ¡Canejo! ¡juí! ¡juí! ¡já! ¡já! Hijos de perra, malhaya, rebentaus!...

Y al escuchar cierto tamborileo especial que producía al andar uno de los caballos, se dió vuelta riéndose á carcajadas:

—Pucha con el malacara viejo, el ruido del ojal nada más!... pa mi que yantó treboll *Ché guri* ponele un tapón.

Yo seguía casi indiferente la charla del mayoral, molestadó en mis pensamientos por sus gritos estentóreos, por sus risas, por el cencerreo de la yegua madrina, por el polvo que comenzaba á levantarse y por los contínuos barquinazos de la galera, que chirriaba rabiosamente.

La mañana fresca se iniciaba de una manera triunfal.

El camino que seguíamos á través de las chacras del pueblo era por demás pintoresco. Bordeábanle á ambos lados ya luengas filas de álamos, ya tupido cerco de traidoras sina-sinas, ora secuelas de negros ligustros, ora toda una lluvia de sauces llorones alternados por corpulentos ombúes de copa redonda.

Las quintas y chacras se sucedían unas á otras, y las casitas alegres se transparentaban por entre el tupido follage de los limoneros y naranjos llenos de azahares, por entre las ramazones de los perales y durazneros sin hojas pero cubiertos de flores blancas y rosadas respectivamente, por entre los granados que ostentaban sus flores de cinabrio, y las higueras de hojas nuevas y lustrosas rebosantes de sus pequeños frutos.

En los frentes que dan al camino no falta nun-

ca el árbol nacional por excelencia: el bellísimo y sombrío *paratso*... que constituye la mejor enramada bajo la cual se atan los caballos á la hora del sol.

Los eucaliptus, muchos de ellos desgajados pero aun así majestuosos, daban la nota más simpática en aquel concierto de árboles y plantás.

Ninguna pluma podría describir en términos apropiados lo que es una mañana de primavera en el cielo de mi tierra.

Perdóneseme la tentativa.

El cielo de un negro intenso al occidente, salpicado de estrellas, tórnase azul en el centro y de allí en adelante decae gradualmente hasta el celeste casi blanco, hasta el lila, el heliotropo... el gris perla, donde resalta titilante alguna estrella rezagada; luego un ligero matiz verde brillante que no tarda en convertirse en amarillo crema, en amarillo oro, en amarillo naranja; breves estrias de nubes color plata y otras rosadas se aprestan á formar el marco obligado, la cuna celestial que ha de recibir al gallardo hijo de la noche. De pronto todo el horizonte se tiñe de cinabrio; es la primera oleada de sangre que derrama la madre luz; y asoma un punto, una línea, una leve curva... luego el cimborrio tajante coloreado de rojo vivo en su polo superior y de amarillo oscuro en todo el resto.

A medida que surge, su coloración se hace francamente amarillo topacio y cuando ya todo él ha brotado de su alvéolo materno, se eleva en el aire cual inofensivo globo chinesco.

Y un álito tenue, fresco, se esparce por toda la selva; parece que las plantas, los arbustos y las flores, suspiran de consuno, y los zorzales y calandrias lanzan sus primeros trinos, y los chingolos y gorriones sus píos tristes, y los horneros dispuestos ya al rudo trabajo, su estridente y nervioso gorjeo, y los venteveos su onomatopéyico grito, y así las parleras cotorras, y así los joviales cardenales azules, pardos y amarillos; y así el gilguero ameri-

cano con su trino dulcísimo. Únicamente las lechuzas y los cornudos fiacurutús se aprestan graznando lugubrementemente á recojerse las primeras en sus cuevas, entre el pasto de las laderas y los últimos en lo más umbrío de la espesura.

Intertanto el inofensivo globo sobre el cual reposaba la vista impunemente se ha hecho ascua viva, la claridad se expande como una sonrisa por toda la faz del cielo, mientras que sobre la tierra, una ligera bruma, aliento de las reposadas aguas, se extiende sobre el camino, sobre los árboles y sobre todas las cosas. La diligencia avanza lentamente á los gritos del mayoral; el fresco se acentúa por un rato y obliga á los viajeros á encapotarse; luego aparece en escena un cefirillo jugueteón que barre la neblina como á golpes de plumero y despeja el ambiente. Los últimos girones de bruma buscan las zanjas que bordean el camino y caen exhaustos sobre la tierra humedeciéndola.

Y cuando el sol ha sacudido con su caricia á todos los seres animados é inanimados de la creación, cuando en el campo lleno de rocío los animales desentumecen sus miembros y se aprestan á arrancar con sus incisivos la verde gramilla, todavía por breves instantes, de los ríos, charcos y pantanos escondidos en medio de la maleza del bosque, se levanta una nube de vapores, cual de un manantial en ebullición.

Y un vaho perfumado con olores de tierra mojada, de árboles nuevos, de hojas que brotan, de flores que se abren y de humedades selváticas, satura el aire. En el campo se abren dulcemente las florecillas rosadas de los macachines, las amarillas de los bibices, los periantos violados venenosos de los cólchicos, las capítulas y umbelas tornasoladas de la yerba de la perdiz, de los cabellos de angel; y en cualquier depresión del terreno se exparcan deliciosamente las rojas y blancas y moradas margaritas...

En mis pagos la fiesta de la vista se auna con la harmónica del oído y la ubérrima del olfato, de

una manera tan original que es única en el mundo.

El mayoral había iniciado una conversación con mi compañero de pescante, un estanciero millonario, cuya indumentaria no podía ser más sucia y raída.

Conversaban acerca de la próxima línea férrea que pensaba establecer una compañía alemana, asunto que exasperaba terriblemente al mayoral.

El estanciero flemático y sonriente escuchaba los improperios que el otro le endilgaba al ferro-carril. Después de un rato de silencio el mayoral me dirigió la palabra.

—¿Y Vd. mocito es hijo del Sr. Lozada?

—Sí.

—Y vá á la estancia de Mornins, nó?

—Eso es.

Después de sonreirse un rato en silencio.

—Vea mozol ¿no se me va á ofender si le digo una cosa?

—Hable Vd. no más.

—Pues bueno. Se me hace que si Vd. vá á la estancia no vuelve solo...

—Cómo solo?

—Claro hombre! ¡Que vuelve casado!

—Casado. ¿Porqué no habría de volver soltero?

—Porque tengo un ojo que no falla. Muchos han ido desde hace unos veinte años á la estancia, y vea cosa curiosa! ¿nó? De todos los que han ido he predicho á los que se casaron con las muchachas de Mornins.

—Pues creo que conmigo será mal profeta.

—Que he de ser. Ahora queda casadera la última, Lauracha, que Vd. conocerá mejor que yo...

—No la conozco.

—Ah, no la conoce? Mejor! No ha oído hablar de ella tampoco?

El señor Mac-Gregor se sonreía picarescamente y hubo un momento en que creí que le guiñaba el ojo al mayoral.

—Vea, el Señor es un estanciero vecino de los Mornins y él podrá referirle cosas...

—Gracias. No necesito informes—exclamé violentamente; y dándome cuenta de que se podría interpretar en mala parte mi ida á la estancia, pregunté más calmado:

—Dicen que es muy ocurrente?

—Es la mujer más *diabla* que he conocido. La otra vez hizo un viaje conmigo; aquello fué un ¡viva á la patria! Qué ocurrencias! Lo que nos hemos reido! Venía un pueblero y durante el viaje lo enamoró perdidamente; después, al llegar á la última posta, le colgó la galleta sin más ni más. Ya verá cuando la conozca! ¿Cuánto apostamos á que sale enamorado de ella?

—Hombre... hombre!

—Y ella que no es manca va á gustar de Vd. Le gustan los jóvenes serios y buenos mozos.

¡Le gustan! pensé ¿Pero qué quería decir el mayoral?

Y quise ahondar un poco la intención.

—Vd. cree?

—Sabe lo que es Lauracha? y no se ofenda, sabe, es tambera vaqueana que se viene sola apenas vé la manea—y lanzó una carcajada.

El estanciero inglés me miraba socarronamente.

Como mi erudición gaucha era escasa, no me di cuenta entonces del alcance que tenían aquellas palabras y deseando conocer su significado pregunté entre serio y risueño:

—Y eso quiere decir?

—Que á cualquier palo le hace punta!

Se interrumpió la conversación porque llegamos á la primera posta.

Mientras los otros pasajeros descendían á tomar un refrigerio en la pulpería, quedeme solo en mi asiento, extrañamente preocupado, de lo que había dicho el mayoral.

Me daba cuenta que las referencias á Lauracha eran intencionales y que el modismo «á cualquier palo le hace punta» envolvía una idea excesivamente grosera y denigrante para la mencionada.

Y de pronto me vino el deseo mogigato y tonto

de no ir á la estancia y volverme de donde estaba.
¡Cuando tales cosas se insinuaban al respeto de Lauracha que abismo de...

Me detuve en mis pensamientos y fuíme á beber donde los otros pasajeros.

Cuando reanudamos el viaje, con caballos de refresco, el sol y el polvo del camino comenzaban á hacer molesta la permanencia en la galera. Cubrí mis ojos con unos lentes negros indispensables, para todo pasajero que se respete, y traté de adormecerme con el objeto de no conversar con el mayoral, pero éste volvió á insistir en su tema.

—Sabe que los Mornins son riquísimos? El abuelo de ellos era dueño de casi todo el partido. Pero tenía muchos hijos, cuatro varones y tres mujeres. Don Ricardo su futuro suegro tiene unas diez leguas de campo ¡Buen puchito eh! Vea, Vd. me ha sido simpático. ¿Quiere un consejo? No *se entregue* á Lauracha, hágase rogar y sobre todo que ella no vea que Vd. anda enamorado ¡Es como espina é la cruz, se dobla pero no se rompe!

—Yo á mi vez le voy á hablar con franqueza. No voy á la estancia para enamorar á nadie, ni me interesa *esa* Lauracha, y menos la fortuna de los Mornins.

—Jál! jál! jál! ¡No te digo! Así son todos al principio ¡Ya te veré volver golondrina! Arre Chirola! juí! ja! ja! ja!—Y comenzó á cantar con voz de falsete.

« Cuando dos quieren á una,
« Y ella sólo á uno no más,
« El querido por delante,
« Y el aborrecido atrás! »

Después de breve pausa agregó:

—Y Vd. no conoce al viejo Mornins?

Y sin esperar mi respuesta:

—Qué viejo animal! Es tacaño y cegatón como un topo! Ya lo vá á ver Vd. En cuanto se entere que Vd. *vá* por Lauracha, lo va á llamar aparte y le dirá, como le ha dicho á los otros cinco yernos

que tiene: «vea mocito, si Vd. *se lleva á Lauracha*, le daré quince mil pesos y quinientas cuadras pa que empiece á trabajar.» Así, *se la lleve*, porque es tan bárbaro que se le hace que las hijas son terneras y que hay que llevarlas al matadero.

—Así es, así es!—apoyó riéndose el inglés.

Animado el mayoral se echó para atrás y murmuró cerca del Sr. Mac-Gregor no sé qué frase que despertó la hilaridad de ambos de una manera exagerada.

—Yo no! yo no!

—Oh! no me desmienta Don Mac-Gregor, yo se que Vd. ha *parao rodeo* muchas veces en la estancia de Mornins. Antes cuando era joven, eh!

—Yo no! yo no!—y se reían estúpidamente los dos.

El inglés se interrumpió de pronto.

—Vd. sabe *quien vió yo antiyer?*

—A quién?

—A Don Mauricio Loreti.

—Ah! ¿venía de lo de Mornins?

—Así es, así es!

El mayoral me miró de reojo y dijo burlonamente.

—Su rival mocito! ¿Y, qué rival? Tenga cuidado! Anda loco, loco de atar por Lauracha! Hasta se dice que en otro tiempo... ¿Vaya uno á creer no?

—Oh! Don Mauricio estar enamorado perdidamente!

—Pobre hombre! Se ha dado á la bebida como un desesperado! La otra vez *se mamó* en la pulpería de Ferretti y dijo una cosa que no se puede repetir... ¡El lo afirmaba, no? ¡vaya á saber!...

Una irritación sorda hacía presa de mí lentamente, y me vinieron deseos de dar un empujón al mayoral para que le trituraran las ruedas de la galera. Me contuve á duras penas.

La llegada á la posta inmediata donde debíamos almorzar acabó con el verdadero martirio que iba sufriendo. Pero calmada la irritación que

dábame adentro el torcedor de una pregunta que no me daba paz.

¿Quién sería este Mauricio? y repetía inconcientemente aquellas palabras del mayoral: «El lo afirmabal Vaya á saber!...» ¿El que afirmaba? Pero aquella Lauracha era una vulgar?... Me detuve estupefacto en la mitad de la frase.

Pero era posible que una calumnia tan grave se difundiera de ese modo?

Resolví en mi fuero interno esperar *á ver* con mis propios ojos, para formarme una idea acerca de Lauracha.

En la trastienda de la pulpería nos esperaba una mesa servida, en medio de la cual humeaba una inmensa sopera.

El almuerzo era sencillo al par que substancioso.

Apenas habíamos terminado de almorzar volvimos á la diligencia. Me extendí en mi asiento lo mejor que pude y cubrí mi cabeza con el poncho para evitar los reflejos terribles del sol del medio día y al poco rato me adormecí plácidamente.

Me despertó á las tres de la tarde un infernal traqueteo.

El camino por el que había pasado una tropa de vacunos á raíz de unas grandes lluvias, había sido radicalmente transformado. Todo él parecía un mar con grueso oleaje que se hubiera petrificado de golpe. Los animales pisando uniformemente en el mismo sitio, habían labrado el terreno en una extensión de varias leguas.

Tan molesto era el balanceo de la galera que los pasajeros prefirieron hacer el trayecto á pié.

Una vez pasada la zona molesta volvimos á nuestros asientos, después de haber efectuado el tercer y último relevo de caballos.

La tarde caía plácidamente y una brisa fresca reanimó de golpe á las gentes y á las bestias.

Desde unas leguas antes de llegar á la última posta el mayoral me señaló á los lejos la sombra obscura de un bosque de eucaliptos:

—Ve aquel monte? Bueno, es la estancia de los

Mornins. De la posta hasta allí hay unas cinco leguas. Cuando el Pantanoso no está crecido paso con la diligencia al otro lado, pero ahora con la creciente de las últimas lluvias, mando la correspondencia con el cuarteador.

Ya era noche cerrada cuando llegamos á la pulpería en la que íbamos á pernoctar.

Después da una breve comida á la lúgubre luz de una vela de sebo, cada uno se retiró á las habitaciones que nos habían señalado.

Iba á acostarme cuando recibí un mensaje traído por un chasque de la estancia, en el cual se me anunciaba que el breack vendría en mi busca á la madrugada del día siguiente.

Me eché sobre el duro catre de la posada y antes de dormirme tuve la impresión clara y precisa que me hallaba á mil leguas de Carmencita y la ví pequeña, pequeña como una muñeca de vitrina.





La posada donde pernoctamos se hallaba en lo alto de una cuchilla. Desde allí el camino parecía un pardo cintajo tendido sobre la loma.

En el bajo serpenteaba furioso el río que aumentado el caudal de sus aguas con las últimas lluvias, había inundado sus costas ornadas de oscuros laureles, de espinillos que esparcían á los aires el aroma de *sus aromas*, de talas retorcidos de cenicientas é irsutas ramas, de pesados sarandíes y ceibos livianos, de blancos guayabos cuyo tronco rodeaban las guirnaldas de los *burucuyás*, de sauces llorones que descolgaban los cendales de sus ramas para arrojarlos á la corriente, de quebrachos gigantes, algarrobos, laureles negros, palosantos, cedros, urundays, tembetaris, palmas negras, palmitos...

El arroyo desbordado se extendía hasta el campo salpicado por las florecillas rubias del trébol, por las rosadas y amarillentas de los dulces macachines en forma de cálices y por otras en capítulas multicolores que se mecían con gentileza al ser oreadas por la suave brisa que iba á morir en los trigales lejanos, haciéndolos experimentar cambiantes de color, desde el verde transparente de las esmeraldas al opaco verdoso de los charcos. Aquel torrente en otrora pacífico, habíase salido de madre, arrasando las vegas inmediatas, los extensos *yuyales* y las verdes selvas que le bordeaban, mugiendo con harta furia.

En la otra orilla desnuda de árboles, donde sólo existía tupida maleza, dominaba con más orgullo; rompía las cimbradoras espadañas, tropezaba en su

inusitada carrera con los tercios espartillos, cortábase en las pajas bravas de las cañadas vecinas, arrancaba de las hondonadas estériles de yerbas generosas las harapientas chilcas, desarraigaba las espinosas cardas dulces, barría las elegantes achiras de flores de fuego, las flores celestes de las manzanillas, las azuladas de los cardos, las rojas humildes de las margaritas, las flores moradas...

En su seno rodaban los despojos de su malhechora obra: las ramas tronchadas á los árboles que servían de alegre marco á sus costas, los camalotes que hasta entónces habían vivido en los plácidos remansos, las hortalizas robadas en las huertas cercanas, los acerados caraguatás, que crecían enhiestos, entre las masiegas de la ribera, y las numerosas pasionarias, hiedras, primaveras, flores de nacar, flores del tax y las lianas de las caprichosas flores de cohete que crecían felices trepándose á los árboles del bosque.

Ya no se escuchaban en la umbría, los trinos suaves y melancólicos de los chingolos, los gritos guturales de los *carpinteros*, los sonoros silbos de los sabiás y los zorzales, los estridentes chirridos de los simpáticos horneros, los monótonos arrullos de las palomas de monte, la algarrabía de las parleras cotorras, los armoniosos gorgoros de las calandrias y los graznidos del noctámbulo y cornudo *ñacurutú*.

Ya no se veía á los cardenales persiguiéndose rabiosos, chillando cual si un espíritu demoníaco los animara, ni á las temerosas *tacuaras* buscando su nido entre los *jasmines cimarrones*, ni á los ventevéos llamando ansiosos á las hembras, ni á los martin-pescadores de pesadas formas y brillante plumaje aleteando entre los nenúfares con su presa en el robusto pico.

Ahora, todos aquellos joviales habitantes, dormitaban medrosos en lo más recóndito de la selva, escuchando como hipnotizados el murmullo aterrador de las aguas.

En el cielo de un gris oscuro, alternado de

tras tonalidades grises más claras, cruzaban las verdosas bellísimas *bandurrias* en bandadas angulares, las no menos preciosas *gallinetas* de elegante pico y ojos de granate con pintas negras, y las blancas urracas de cuello azul; volaban pesadamente los *biguás*, los negros y plumosos *samaragullones*, y los solapados *chimangos* en busca de alguna víctima para su gula.

En la llanura, cabe los pantanos, alejados de tanta barahunda, las garzas blancas y los rosados lamencos de cabeza horrible, dormitaban parados en una sola pata, velado su sueño por los pequeños y presuntuosos *teru-terus* y los avizores *chajás* que con su estridente grito anuncian la proximidad de algún peligro

En un paraje en que las costas se aproximaban se hallaba una balsa que, debido á la correntada, no podía funcionar.

El paso á la otra orilla podía efectuarse en bote, pero con dificultades que vencían la pericia de dos hábiles remeros. La operación se realizaba dejando llevar el bote por la corriente, manteniéndolo siempre de modo que no diera el flanco á ésta y que en cambio la cortara. Claro está que el punto de llegada estaba á varias cuadras más abajo del punto de embarque.

Embarquéme con todos mis adminículos y una vez en la otra orilla, subí de inmediato á un breack que me esperaba.

Sufrí una pequeña decepción al darme cuenta que nadie de la familia de Mornins había venido en mi busca. ¡Yo que esperaba ser recibido nada menos que por Lauracha, según promesa de Alberto!

El cochero, un tipo indio, de rostro bronceado, con unos cuantos pelos por bigote que no se movió del pescante para saludarme ni para subir las balijas, me dijo con una voz melosa y casi burlesca:

—Me encargó el niño Alberto que le diga que no ha podido venir y que lo espera en la estancia.

—Muy bien—y notando que no empezaba a marchar, le dije:—Vamos!

—Espere un momento, pues! Estoy esperando la correspondencia para la estancia oh! ¡que jorobar!

Tan chocante me pareció aquella contestación que casi le aplico una bofetada. Pero me contuve á duras penas. Dime cuenta fácilmente que aquel cochero me era agresivo desde el primer instante debido á la antipatía innata de la gente *gauche* hacia los mozos de la ciudad.

Opté por guardar silencio y esperar.

Al cabo de un rato se aproximó el cuarteado de la diligencia encargado de distribuir la correspondencia en algunas estancias vecinas, y entregó al cochero un manojo de diarios y cartas.

Lo colocó en el interior del break junto á mí y lanzó un grito gutural, haciendo chasquear el látigo y los caballos tomaron de pronto el galope temido. Manera de andar que no dejó de chocarme.

No sabiendo en qué entretenerme, tomé uno de los periódicos y lo abrí.

Era el último número del periódico del pueblo « La Paz ».

En la vida social se hacían referencias á mi persona. Leí:

« En la diligencia de Gaetán partirá mañana para la estancia de D. Ricardo Mornins, el distinguido *acuarelista* D. Carlos Lozada, con el objeto de pasar unas semanas de *villeggiatura* ».

« Se murmura en nuestros círculos sociales que Cupido no es ageno á este viaje y esperamos muy en breve poder honrar nuestra crónica social, con el anuncio del enlace de nuestro distinguido amigo con la más rica heredera del partido, la bella y espiritual Laura Mornins ».

Aquella noticia social me dejó perplejo. Yo no podía dejar que llegara á la estancia aquella indiscreción de un ramplón cronista, que me hubiese originado una situación embarazosa desde el pr

mer momento, y me guardé el periódico con ánimo de hacerlo desaparecer en la primera oportunidad.

Por lo demás no me extrañaba lo sucedido.

Era de costumbre local el inventar noticias amorosas y otras de mayor trascendencia.

El chisme de los pueblos tiene su resumidero natural en los periódicos.

Pero no dejaba de meditar en la perversidad de la intención que había dictado aquel artículo!

Entre las cartas que iban en el montón ví un sobre que llevaba el nombre de Lauracha. La letra me era por demás conocida.

¿Qué le diría Carmencita á su amiga en aquella carta?

¡Con cuánto gusto hubiera violado aquella correspondencia!

El cuarteador venía al lado nuestro montado en pelo en un caballejo. Comenzó á hablar con el cochero acerca de cosas locales.

—¿Y se hace la carrera entre el pangaré de don Ricardo y el malacara de las Acacias?

—Sí, pal domingo que viene.

—¿Y quién lo cuida al pangaré?

—¿Quién lo ha de cuidar? ¡Yo mesmo!

—¿Está lindo?

—¡Una pintural!

—¿Dónde van á correr?

—En lo de Asisti.

Y dirigiéndose á mí, el cuarteador me dijo:

—Vea, niño, un avestrúz. Tírele con su carabina.

—Pare, cochero.

—Vea mozo que el patrón no quiere que le maten los avestruces al santo cuetel!

—No importa, pare!

Detuvo el coche rezongando.

Desenfundé la carabina. La cargué é hice fuego. El tiro fué alto y oí que el cochero, detrás mío, decía mofándose:

—¿Pá eso? ¡tanta parada! ¡Pura espuma como el chajá!

Apunté de nuevo, hice el segundo disparo y el avestruz cayó fulminado.

—¿Dónde hay otro?—pregunté entusiasmado.

—Allá en el bajo, cerca de aquel cardo grandote.

La distancia era respetable. No obstante hice el tercer disparo y el avestruz cayó al suelo.

Esta vez observé que el hombre me observaba con un poco de respeto.

Seguimos viaje siempre al galope de los cuatro caballos que llevaban incansables, aquella marcha desde hacía dos horas.

Pregunté al cochero:

—¿Falta mucho todavía?

—No. Detrás de aquella cuchilla... Aurita no más llegamo. ¿Está apurao? ¡oh!

Ya conocía de antiguo aquel «Aurita no más». Para la gente de campo las grandes distancias no constituyen asombro alguno. *Ahi detrás de esa cuchilla*, equivale á unas dos horas de viaje como nada.

Llegamos á una tranquera. Era la entrada á los dominios de los Mornins. Pero de allí á las casas había dos leguas.

El bosque de eucaliptos se agrandaba por momentos y observé con gusto como cosa que *había de ser mía*, el ganado vacuno que *pastaba* en el campo y que al pasar nosotros levantaba la cabeza mirándonos con sus grandes ojos asombrados.

Lo confieso; al ver aquellos hermosos novillos y vacas, al ver una gran majada de ovejas, al ver la inmensa extensión de campo y el bosque, y la casa roja que se entreveía atraves del follage, tuve el secreto deseo de que la noticia del periódico del pueblo saliera cierta.

Al llegar á un recodo del camino apareció Alberto Mornins montado en un espléndido caballo.

Bajóse, hizo que lo montara el cochero y él subióse al pescante del break. Nos saludamos cariñosamente,

—Crefamos que no vinieras. Lauracha era la más incrédula. —¡Que va á venir ese joven de la ciudad!—decía.—¿A qué? ¿á aburrirse al campo?

—Ya vés que se han equivocado. He venido. ¿Y que tal tus padres?

—El viejo amolado con su reumatismo, pero la viejita está tan fuerte que da gusto el verla. Lauracha está un poco indispueta.

—¿Nada grave?—pregunté alarmado.

—No, cosas de muchachas. ¡Es tan mimosa! ¡Ah! ¡Andá con cuidado! Lo sabe todo.

—¿El qué?

—Que Carmencita gusta de tí!...

—¿De mí? Pero estás equivocado; si tiene amores con el doctor...

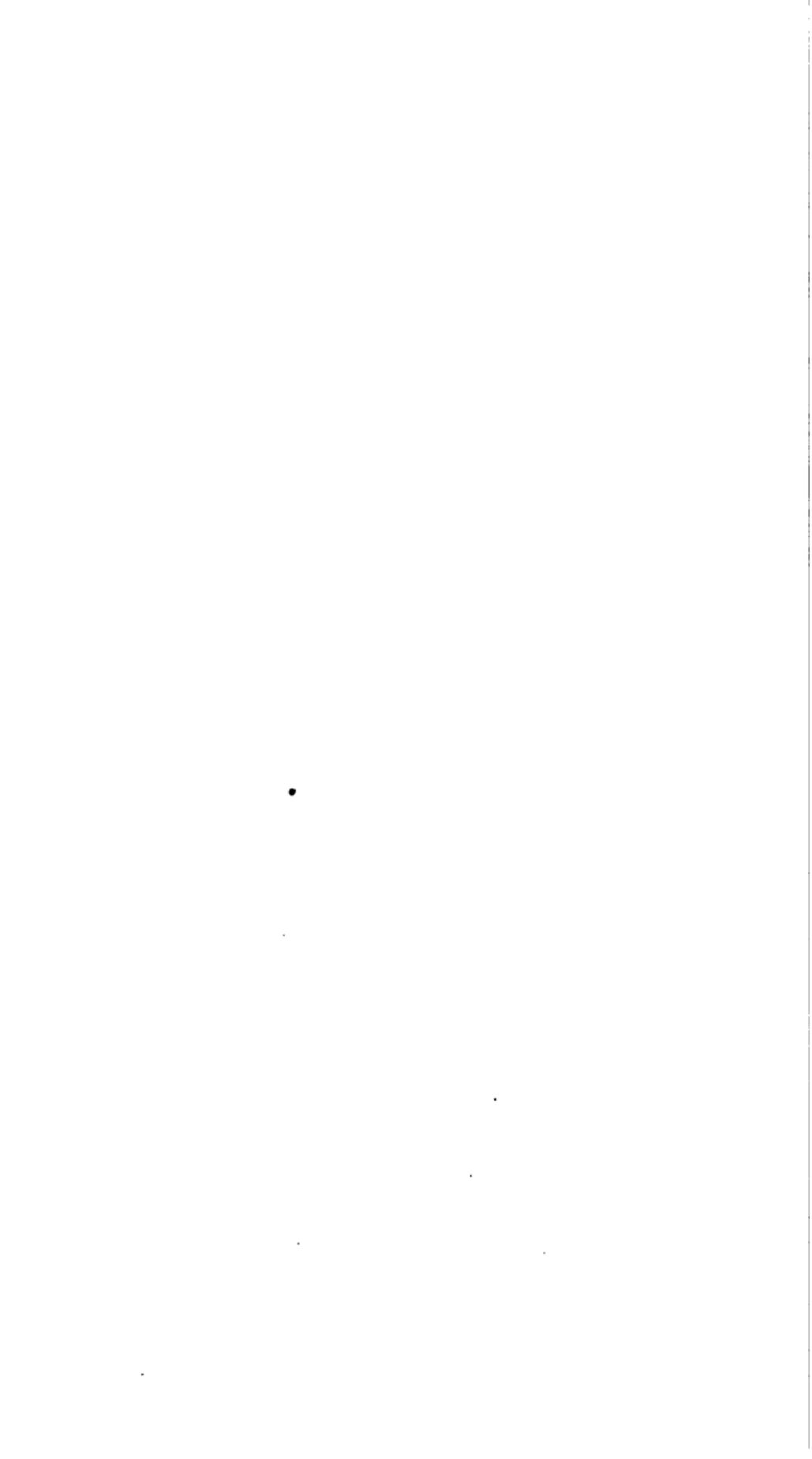
—Yo le dije lo mismo. Pero á ella se le ha puesto entre ceja y ceja que Vds. tienen amores y...

—Te juro que...

—Ya te arreglarás con ella. ¡Qué local! Ha puesto en revolución la casa. Te prepara una solemne recepción!

En esto entramos á una amplia calle de paraísos, precursora de una avenida grandiosa de eucaliptos. Seguimos luego por ésta como unas doce cuabras y llegamos á un viejo murallón cubierto de yedras. Nos detuvimos frente á una verja de hierro y desembarcamos.







Detrás de un jardín bien cuidado en el cual abundaban toda suerte de rosas y de palmas, se extendía un viejo parral, que terminaba en la amplia galería de vidrios azules, de la casa.

Era ésta de estilo inglés, baja de techo pero de amplias piezas y buena luz. A sus flancos levantábanse dos torreones octogonales. La sala se hallaba situada debajo del de la derecha. El otro servía de habitación para los huéspedes.

Detrás de la casa se extendía una calle de casuarinas flanqueada por canteros de árboles frutales de toda especie. A la derecha de la calle, como á cincuenta metros, la cocina y piezas para las criadas de la estancia. A la izquierda el departamento de Federico y Julián Mornins, unido casi á otro destinado al mayordomo y al veterinario.

Cerraba aquella especie de plazoleta al fondo una fila de galpones que servían de depósito de forrajes, de morada de los peones y de los huéspedes de poca consideración que solicitaban pasar la noche en la estancia.

En el centro de los galpones había un gran portón siempre abierto. Más allá, la cocina ó *fogón* de los peones.

Luego, fuera del cuadrilátero, en una inmensa construcción abierta á todos los vientos, con portones corredizos, rodeada por frondosos higuerones, se hallaban los *bocks* de los padrillos, de los toros de raza y de los carneros finos.

Detrás, el baño para las ovejas.

A un costado un montecillo de saucos, espinillos y algarrobos, refugio nocturno de las gallinas y pavos, y más allá un corral de palo á pique que servía de matadero de los animales destinados al consumo de la casa.

Rodeaba la entera fábrica una quinta llena de árboles frutales, á la cual, á su vez, circuía el bosque de eucaliptos de unas diez cuabras cuadradas.

Dos calles en cruz amplísimas, llevaban al campo por cuatro puntos distintos. Una sombría avenida diagonal de robustos paraísos era de un encanto indecible.

La nota triste, en toda aquella vegetación reunida inteligentemente, la daban las lúgubres casuarinas, agresivas al cielo con sus copas punteagudas habituadas á dejar escurrir la nieve de los países del norte de Europa.

En cambio los ombúes, que se modelan en la amplia bóveda celeste, eran al caer de la tarde el refugio obligado de cuanto pajarrillo había andado de atorrante por los otros árboles durante el día.

Cruzamos el jardín de rosales, pasamos por debajo del parral y allí fuí presentado á la señora de la casa, Misía Mariana Olivera de Mornins, una viejecita un poco encorvada, vestida sencillamente, en cuyos ojos negros parecía querer resumirse toda la vida del viejo cuerpo.

Era la viva imágen de santa Ana.

—Pase Vd., señor don Carlos, á la sala, mientras le hago disponer su habitación, allá en frente, debajo de la otra torre. Es la más fresca de la casa.

Alberto se fué pretextando no sé que ocupación.

—Gracias, señora—y al dirigirnos á la sala por la galería de vidrios azules pude darme cuenta que de todas las puertas y ventanas, se me espiaba traidoramente.

¿Cuál sería la habitación de Lauracha?

Entramos en la sala. Era ésta de grandes dimen-

siones, amueblada con lujo un poco anticuado. Grandes cortinas colgaban de las puertas y dentro sentíase ese olor característico de las piezas que permanecen cerradas casi siempre y que sólo se abren en las grandes ocasiones.

Un piano de cola en un ángulo del salón alegró mi espíritu.

—Esté Vd. cómodo, señor Lozada, tome asiento en el sillón. No, yo aquí en mi sillita baja. ¿Viene muy cansado? Desde ya le advierto que aquí no hay diversiones. Pero haremos lo posible por hacerle leve la temporada.

El tono entre tímido y familiar que empleaba, la franqueza de su mirada severa y noble, me hicieron pensar con ira en aquella cruel frase del mayoral al Sr. Mac-Gregor: «¡Vd. *paró rodeo* muchas veces en la estancia, cuando era joven!» Y desde el fondo de mi corazón la deseché indignado como una infame calumnia.

Seguimos conversando de cosas fútiles durante una media hora.

Lauracha no aparecía!

—Vd. disculpará, señor Lozada, que no haya venido á recibirle Lauracha. Se levantó un poco enferma y ahora está sesteando. Luego, de tarde, la conocerá Vd. ¡Pobrecita, es víctima de las jaquecas!

La manera respetuosa de referirse á su hija me hizo comprender que Lauracha era la reina y señora de aquella casa.

Una hermosísima mucama criolla vino á anunciar que mi pieza estaba pronta y que no tenía más que ordenar el almuerzo.

Fuíme á mi estancia.

Correctamente amueblada, desde el primer instante me hallé á gusto en ella. Tenía el aspecto característico de los *homes* ingleses.

Llamóme la atención la blandura de la amplia cama, bien acolchada.

El piso encerado, el techo de mosaico de madera, los cuadros y platos artísticos que ornaban la pared

empapelada de colores claros, me hicieron la ilusión de que me hallaba en tierra extranjera.

Una puertita baja comunicaba con un cuarto de baño. Sorpresa ésta que no me esperaba por cierto.

Mudéme de ropa después de un confortable baño y quedé transformado en un elegante joven de ciudad.

Una escalerilla conducía á lo alto de la torre; subíme curiosamente por ella y llegué á una estancia idéntica á la de abajo.

Abrí la ventana y el paisaje que se ofreció á mi vista ha quedado imborrable en los anales de mi memoria.

Desde lo alto de la torre, mirando al frente, se veía en primera línea, la copa de los árboles pequeños, luego la sombría de los eucaliptos; más allá los cenicientos pedregales que semejabán bandadas de torcazas y gaviotas que hubieran posado el vuelo en amigable connubio, en medio á los estramonios, ortigales, cicutas y abrojales que allí vegetaban á sus anchas; más abajo una masa oscura en la cual se destacaban á manera de mosaico, unas brillantes manchas de plata: era un campo de chilcas en cuyo seno brotaban los cardos exuberantes de vida; y aun más abajo, la mirada no alcanzaba á divisar con detalles, el terreno pantanoso cubierto de yerbas de fibra durísima: los espartillos tercamente adheridos al suelo, con sus raíces aranunculadas; las hojas jugosas de las elegantes espadañas, las secas, aceradas y repletas de espinas de los enhiestos caraguatás de copa llena de botones anaranjados, las amplias de las achiras de flores doradas, y las finas y estriadas de las pajas bravas; y á lo último del plano inclinado de la loma, el arroyo que de lo alto parecía franja de leche en los claros del monte, escondiéndose á intervalos en el vestido de follaje que formaban los sarandíes, quebrachos, ceibos, tembetaris, palo-rosas, higuerones, guayabos...

Detrás de *las casas* se extendía hasta los confi-

des del horizonte, cual inmenso manto arrojado al acaso sobre las colinas, el *campo de pastoreo* sobre el que se hallaban salpicadas las *puntas de ganado* que con sus matices multicolores bañados por la poderosa luz meridiana, remedaban montones revueltos de flores, bordados sobre raso esmeralda.

Los *ojos de agua* que servían de abrevadero á las reses, parecían piedras preciosas al reflejar el ardiente cielo azulado.

El sonido alegre de una campana me hizo bajar de la torre creyendo adivinar la hora del almuerzo. No fué así. Para la gente de la estancia las dos de la tarde era la del lunch. Para mí se había preparado una mesita en mi pieza. Cuando llegué á ésta, la mucama concluía de poner los cubiertos.

Sentéme admirando los contornos incitantes de la bellísima criolla.

Toda aquella naturaleza, todo aquel sol, el cielo, el aire, las fragancias, el baño, habían excitado cruelmente el organismo sano y robusto de mis veinticinco años.

La citada era un admirable ejemplar, de tez cobriza, de lacia cabellera negra, de ojos negros con *blanco abajo* como flor de haba, y boca roja un poco grande, de labios carnosos que dejaban entrever unos dientes blanquísimos. El cuerpo estatuario no necesitaba corsé para mantenerse erguido.

Vestía sencillamente pero con coquetería. Sus movimientos eran pausados y de una suavidad felina.

Cuando tan bella era la criada ¡cómo sería la patronal pensé, saboreando de antemano el placer que experimentaríá al conocerla.

—¿Cómo te llamas?

—Anita Gomez, para servir á Vd.

Lo dijo con una voz melosa y acariciadora sin levantar los ojos, mientras que una oleada de sangre invadióle el rostro:

—Le sirvo el almuerzo?

—Como quieras!

Tuvo un ligero mohín de disgusto que al principio no supe interpretar. La molestaba el tuteo.

Cuando volvió con una fuente de fiambres quise enmendar mi yerro:

—Hace mucho tiempo que *Vd. está en la estancia?*

—Sí señor, desde que murió mi padre, hace cinco años!

—Ahl cinco años! Y *Vd. es de la ciudad?*

—No señor. Nosotros hemos sido hijas de un estanciero; pero como lo perdimos todo...

—Comprendo, han tenido que rebajarse...

—No señor. Aquí nos tienen á un hermano y yo como de la familia. Atiendo á las cosas de la niña Laura, por mi gusto nada más, pero hoy...

—Entiendo, entiendo; por una excepción en honor al huésped, ha venido...

—No he venido por mi voluntad, la niña misma me ha pedido que le atendiera á *Vd.*

—Ahl la niña. ¿Y por hoy no más?...

Quedóse cortada sin saber qué decir.

—Veamos. ¿Y si yo le pidiera á *Vd.* un favor, un inmenso favor?

—¿Cuál?—dijo mirándome solapadamente.

—Que no fuera por hoy solo... sino por mientras yo esté aquí...

—Veremos lo que me ordenan; le pediré permiso á la niña, diciéndole cual es el deseo de *Vd.*—y se sonrió como flor que se abre.

El asunto tomaba mal cariz.

—No, no Anita. Esas cosas se hacen sin necesidad de permiso... Le ruego que no *le diga nada.* Ha sido una broma mía.

Y ella con un poco de acritud y dejando de sonreirse:

—A mí no me gustan las bromas—y fuése.

En cuestión de amores selváticos pasa como con las frutas, es inútil pedir las al árbol, se arrancan cuando se tiene ganas!

Concluí de almorzar.

Después de haber tomado mi caja de pinturas y

nceles y un caballete plegadizo, salí á la galería no viendo á nadie me aventuré á pasear por el jardín.

La soledad del lugar y el silencio que en él reinaba me causaron la impresión que recibirían aquellos viajeros de las «Mil y una noches» al hallarse de pronto en un palacio encantado.

Mis ojos, mi alma entera, buscaban el hada que debía de animarlo todo con su varita mágica.

Mas el hada sesteaba prosáicamente sin preocuparse en absoluto del pobre viajero.

Irritado por el abandono en que creía hallarme, me forjé el propósito de tratarla con indiferencia desde el momento en que la viera.

Arranqué un pimpollo de rosa blanca y seguí recorriendo los senderos malhumorado. Dí la vuelta al jardín, tomé por una de las calles de eucaliptos que comenzaba cerca de mi torreón y seguí por ella hasta el campo. Hasta quise hacer varios bosquejos de paisajes que me tentaron, pero el pulso me era infiel y la vista poco segura... De pronto me hallarme á la sombra de una magnífica acacia de flores azules, sentí el deseo de tenderme sobre el verde césped. A ello también me convidaba una risa cálida como aliento de mujer lujuriosa.

¡Cuán hermosas las sensaciones del que preocupado ó triste busca un apoyo ó un descanso en el duro suelo! La tierra parece entónces que os recibiera con afectos de madre. Una extraña somnolencia os invade; os figurais que un ténue arrullo resonara en vuestro oído y si poseéis alma de artista, comprenderéis en seguida que es la voz culta de la naturaleza que os saluda como una rosa propia surgida de su seno, y que apesar de una momentánea independéncia, volverá después á entremezclarse, á formar un todo harmónico con ella!

Apoyada la cabeza sobre la comba de una gruesa corteza de eucalipto, miré á lo alto. El tejido intricado, que no copiará jamás el mejor artífice de bobelinos, de la acacia azul, me dejaba entrever el cielo diáfano, y no acostumbrado á observarlo

desde aquella posición, me parecía que poco á poco se elevaba alejándose, que se hacía más honda más profundo, y comprendí entonces claramente el símil de las ilusiones humanas según se miran de pie, al sesgo ó recostado...

Y si observais á vuestro lado, en el suelo, veréis que las diminutas yerbas adquieren de súbito proporciones gigantescas y os vienen íntimos deseos de abandonar la pesada veste humana, transformaros en insecto y vivir sobre aquellas brisnas, buscando un nidito colgante en la punta de un índice de balango, ó dentro del canuto disechado de un hinojo ó debajo de una fresca y húmeda piedra ejerciendo la piratería en el espacio de unos cuantos metros á la redonda, y olvidándoos por cierto del traidor *mamboretá* que os acecha detrás de una hoja de acanto, ó de la cruel hormiga-león que os hace caer con toda alevosía en el embudo de su trampa de arena.

Mas ay! que aun de insectos la vida sería de crueles y solapados combates, y la paz que anhela el espíritu zarandeado, cansado, exhausto, del que mucho ha sufrido y amado y odiado, se encuentra únicamente cuando volveis á los elementos de los que habeis surgido, por una casualidad químicamente por una orden infinita ó por una preexistencia eterna.

Estas filosofías, fruto de un despecho pasional con una mucama y de una falta de atención por parte de una *futura* novia, tuvieron necesariamente que sumirme en el más profundo de los sueños.

Cuando desperté, dolfame el cuello y el enterro cuerpo, no obstante el afecto maternal con que me recibiera la generosa madre tierra!

La tarde caía lentamente. El sol había perdido ya los ardores del medio día y comenzaba á disminuir los colores menos vivos de su paleta sobre el campo, los árboles, los seres y las cosas.

El verde de los pastos adquiría tintes violados de una deliciosa suavidad; las sombras profundas de las primeras horas de la tarde parecían po-

intraste tornarse más claras, á medida que la luz se debilitaba.

El astro sol derrochaba á manos llenas la cálida tinta anaranjada en el bosque, mientras que con el ojo oscuro comenzaba á incendiar el horizonte.

Los troncos corpulentos y enhiestos de los eucaliptos se teñían de cobre en su base y en las primeras hojas, mientras que las copas se hundían en una más pura tinta sombría.

Y el oro muerto de la luz formaba un único punto con la marchita hojarasca que abundaba en el suelo.

No se sabría qué admirar más, si el luminoso felpado perla de los líquenes que se encaramaban sobre los troncos, ó los tapices morados que se tendían sobre las lomas y cuchillas, ó el reflejo heliotropo de los charcos y abrevaderos desparramados en el campo ó la impassibilidad soberana de las palmeras que se abrían como para recibir los alientos últimos del día que muere!

Y á la caída de la tarde, en medio del bosque, mientras una tristeza inmensa os asalta, parece que os sentís más livianos, más aéreos y quisiérais poseer alas como las palomas que vienen cansadas á buscar su lecho en los árboles más ocultos, y os sentís pequeño ante la intimidad magestuosa con que os trata el árbol al arrojar sobre vos la limosna de oro de sus hojas marchitas.

El bosque altivo, como una montaña, rumoroso como un mar, tiene alientos colosales.

Cien mil bocas rojas de otras tantas virginales loncellas cantadas por los poetas del orbe entero, no podrían igualar el vaho ardiente y fragancioso de un suspiro de la selva.

Ese suspiro algunas veces se torna asfixiante cuando el demasiado humus de las cosas muertas y los hongos, mezclan su holor de humedad de gruta. Mas no obstante siempre triunfa el aroma sano, fresco, de los árboles nuevos, que remeda al del heno recién cortado, y el de las mismas hojas marchitas que os envían un perfume ténue seme-

jante al de la tierra mojada por las primeras gotas de lluvia; un perfume de pañuelo guardado desde muchos años y que evoca el recuerdo de cosas amadas que fueron. Y salís del bosque voluptuoso como de un baño tibio, después de haberos hartado en aquella fuente de oxígeno purificante, que predispone á entrar en el torrente de las humanas pasiones, altivos y triunfadores.

Caminé breves instantes por el borde exterior del bosque y enfilé por la espléndida avenida diagonal de los paraísos.

En el fondo divisábase el rojo desteñido de la casa. Mas de pronto detuve el paso, contuve la respiración y miré intensamente.

Hacia mí, á lo lejos, la gallarda silueta de una mujer avanzaba lentamente, apoyándose en un sombrero. Detrás reconocí á la señora de Mornir y Alberto: ¡Al fin Lauracha!

Lucía un vestido de seda granate elegantísimo que la incendiaba el rostro moreno.

Cuando se aproximaron á mí y Alberto hizo la presentación de estilo, quedé completamente asombrado, hechizado...

Jamás en mis sueños, jamás en los sueños enfermos del opio ó del hashish ha surgido un tipo de mujer tan original y extraordinario como Lauracha.

Alta, esbeltísima, tenía una cintura diminuta y unos senos turgentes que forzaban por romper el corsé. Hombros airosos, que descotados serían una maravilla. El rostro, en óvalo, ligeramente sonrosado, no obstante el tinte mate que lo teñía.

Naríz pequeña, recta, de órbitas movibles, felinas boca que se me antojó un beso de sangre y unos ojos gris-celestes con pintas de oro, que tenían la impureza y la sublimidad de un pantano que reflejara á la vez un pedazo de cielo y un rayo de sol.

El cabello negro como ala de cuervo, crecía exuberante, indisciplinado, pugnando por desasirse de las peinetas y broches que trataban de contenerlo.

Fruto extraordinario de varias cruces de razas,

tenía la gallardía de la inglesa y la sensualidad de formas de la española.

Su voz melódica adquiría de pronto una disonancia extraña y muchas de las palabras brotaban como con desgano de aquel nido de su boca. Tan pronto ceceaba tergiversando de propósito las palabras, como hablaba claramente y con entonación varonil.

La hermosura de sus facciones se nublabá cuando el pensamiento se adormecía en su cerebro ó cuando no hallaba una palabra apropiada.

Pero aquellos nubarrones de fealdad desaparecían enseguida quedándole el rostro tranquilo y risueño como un cielo de primavera.

Me hallé ante una espiritualísima mujer, culta sin petulancia, afectuosa y excesivamente modesta. El buen juicio que demostraba poséer, la corrección de sus maneras y la gracia femenina que generosamente esparcía á su alrededor, hicieron desaparecer de mi mente todas las calumniosas versiones, los cuentos infames que á su respecto circulaban en el pueblo. ¿Era posible que aquel idolo capaz de crear una nueva religión, hubiera sido lo que se insinuaba malignamente?

¡Qué engaño! ¡Qué suprema lección recibía mi petulancia de aventurero del amor!

¡Y yo que había pensado humillarla, hacerme de rogar para dirigirle las primeras palabras!

¡Yo que había pensado salir incólume de aquel contacto y volver al pueblo triunfante despreciando toda idea de matrimonio con la bella estancieral

Razón tenía Carmencita al decirme que no viniera á la estancia. Tan superior me pareció Lauracha á mi novia de la infancia que no se me ocurrió hacer el parangón entre las dos.

A no haber venido detrás de nosotros Misa Mariana y Alberto, hubiera caído de rodillas ante Lauracha casi sin saber porqué.

Seguimos andando uno junto á otro silenciosos después de las primeras frases obligadas.

Aquel mundo de cosas bellas había originado en

todo mi ser otro mundo de ideas, de deseos, de tristezas...

—Vd. me disculpará que no le haya recibido esta mañana.

—Ya sé que Vd. padece de jaquecas.

—¿De jaquecas? Quién puede haberle informado ¿Acaso?...

—Su mamita.

—Creía que...

—Qué?...

Y ambos detuvimos la conversación sonriéndonos.

Después de un breve rato en que lució á mi lado sus miles de gracejos y monerías me dijo á media voz:

—Carmencita me ha escrito...

—Ah!

—¡Habrá tenido un disgusto grandísimo!

—Por qué se lo figura Vd.?—pregunté agresivo.

—Por la noticia del diario.

—La noticia?

—¿Cómo no lo sabe Vd.?

—No sé absolutamente nada.

—Pues, el periódico del pueblo, ha publicado una noticia social que apenas Vd. la conozca le vá á causar un disgusto inmenso.

—Acaso Vd. ha recibido el periódico?

—No. Me ha parecido extraño que esta vez no llegara apesar de que el cuarteador afirma haberlo traído. Se habrá extraviado!—y me miró tan picarescamente que comprendí se había dado cuenta de la causa.

Ella agregó después de haberse gozado en mi turbación.

—No se turbe Vd. Me he dado cuenta de la *delicadeza* que ha originado la pérdida del periódico. No ha servido de nada, porque Carmencita me ha enviado el recorte...—Y notando mi sorpresa:—Y vé Vd. que *su novia* ha tomado bien sus medidas...

—Escúcheme Vd., señorita Laura...

—Por favor llámeme Vd. Lauracha... á seca

—Es que me parece tan...

—Tan feo... no? Pues bien, feo y todo me gusta, á mí. *Está más* en relación con mi caracter...

Y la expresión de su cara se transformó completamente y sus ojos adquirieron reflejos metálicos que me recordaron los de un yacaré. Luego calmóse de súbito y prosiguió, bella como antes:

—No es el primero que le choca mi nombre. Ya lo oye Vd., Lauracha, Laurachal... ¿Decía Vd. que?...

—Que si Vd. no me hubiera interrumpido con esa avalancha de cosas, le diría que hace Vd. mal, muy mal, en considerarla *mi novia* á Carmencita.

Y ella con calma, como niña pillada en falta:

—Si Vd. me lo dice así *no lo haré más*.

Nos detuvimos en el extremo de la avenida frente al sol que se ocultaba.

La miré á Lauracha y la ví roja por su vestido y roja por los últimos rayos del sol que caían sobre ella.

El rostro impasible, bello, juvenil, coloreado levemente por la sangre, tenía la tranquilidad de una esfinge. Sentía en mí ser el dominio de aquella extraña mirada blanca, me sentía ahogado por los efluvios que emanaban de aquel cuerpo venustal y suspiré intensa, profundamente. Giró su cabecita hacia mí, clavó en los míos su mirada de reina y comprendí que ya tenía la evidencia de mi derrota.

Bajó ella la vista y se ocultó el sol!

La oscuridad lenta que caía como un inmenso poncho sobre la naturaleza, borraba las líneas de los seres y las cosas. Lauracha se me apareció como una sombra.

Fuera ya del influjo magnético de su mirada, me dí cuenta que detrás de aquella Lauracha, existía otra muy distinta, más extraña, más carnal que la que había visto, y contra mi voluntad, contra todas mis prevenciones anteriores comprendí que el mayoral de la diligencia...

Pero á qué hacerme eco de tanta infame *calumnial*

Una leve brisa llegó hasta nosotros mientras volvíamos á las casas. Del cuerpo de Lauracha surgió un aroma deliciosa mezcla de chipre y de mujer, y mis órbitas nasales se dilataron...

En el campo se agostaban las rosadas flores de los macachines que retorcían sus delicadas corolas para dormir la primera y última noche de su efímera existencial

En el monte, sobre un *ñangapiré* de amarillo y dulce fruto, cuyo tronco rodeaban las guirnaldas de un *burucuyá*, se oían los graznidos angustiosos del *caburé* que se disponía á atraer á las avecillas para destrozarlas con su acerado pico!



*
*
*

A la hora en que las tres campanadas anunciaban que la comida estaba servida, entraron en el comedor Don Roberto Mornins, que había estado toda la tarde vigilando á los peones en la apertura de una nueva tranquera, Federico, el mayor de los hermanos, á cuyo cargo estaba la estancia, y Juliancito que le ayudaba ocupándose en pesados trabajos lo mismo que el último de los peones. El método de gobierno reinante en la estancia, según luego pude colegir, era tradicional y anticuado, y se usa todavía en los establecimientos alejados de los grandes centros de población. En la actualidad el progreso ha afirmado su huella felizmente para siempre en los grandes establecimientos ganaderos.

La presentación fué ceremoniosa y fría.

Pude observar que se me trataba con la desconfianza que existe latente en los paisanos hacia la gente pueblera.

El viejo, que apenas veía, me dirigió varias preguntas, durante la comida:

—Vd. es muy joven, no?

—No señor, veinticinco años.

—Buena edad! Buena edad!... Y estudea?

—No señor.

—Trabaja?...

—Si señor; hago cuadros.

—Pinta? ¿Y á eso le llama trabajar? Vaya vaya, vaya con el hombre!

Y yo con amabilidad suma:

—Es un trabajo como otro...

—Pero pintar? Eso cualquiera lo hace...

Federico, vestido de gaucho, no muy limpiamente, y un poco pesado por la bebida, costumbre esta invariable á la hora de todos los crepúsculos vespertinos, intervino en mi defensa de una manera grotesca y burlona:

—Vea tata: Es un trabajo, no se puede negar. Nosotros nos pelamos la frente, no? parando rodeo; Sudamos la gota gorda; pegamos una rodada por correr en cuesta abajo á un novillo que quiere rumbear solo pa la querencia, no? Bueno, el señor vé todo eso, desde una cuchilla; se pone delante de una tela en blanco, debajo de una sombrilla pa que no le dé el sol y le vaya á quemar la cara, bien sentado en una sillita de paja, y pinta todo lo que sucede. Eso si no lo atropella algún *yaguanté* y manda cuadro y pintor patas arriba ¿No me diga Vd. tata que ese trabajo no tiene sus peligros, no?

Como me dí exacta cuenta del estado un poco alegre de Federico, y como Lauracha me hiciera señas desde enfrente mío para que disculpara la broma, me eché á reir conjuntamente con todos los de la mesa.

Desde que se hubo sentado Juliancito al lado de Lauracha, no cesó de hablarla casi al oído durante toda la comida.

Ella demostraba en su actitud una contención forzada.

Alberto llegó al final y sentándose al lado mío, me dijo:

—No te sorprendas de las barbaridades de Federico ni de Juliancito. Son gente de campo, buenos en el fondo pero burlones; no te vayas á ofender por lo que te digan!

—No tengas cuidado, me sé adaptar al medio ambiente.

El respeto que todos los de la familia tenían á Don Ricardo era grandísimo, pero los muchachos aprovechándose de su poca vista, cometían informalidades inocentes que eran festejadas por Lauracha.

—Sabes che, que tu ternera pampita está...—dijo en voz baja Juliancito á Lauracha.

Hice como que no oía.

Y ella con naturalidad:

—Ha de ser el *osco* que pasó el alambrado para este lado de las casas...—y lanzó una risa nerviosa que me produjo una angustia interna.

—Eso mismo he pensado yo. Pero desde mañana va á dejarse de jorobar terneras...

—Qué le vas á hacer?

—Pues...—é hizo con el cuchillo que tenía en la mano el ademán de cortar circularmente.

—Pobrecito!—dijo ella después de haber quedado un rato pensativa. Y por todo su cuerpo circuló un leve estremecimiento y sus ojos se entornaron y un suspiro brotó de su boca entreabierta...

Yo la observaba de reojo preocupado.

Al poco rato la atacó una risa estridente, seca, de histérica, tan fuerte que tuvo que irse á su pieza para calmarse.

La súbita seriedad de Juliancito me hizo comprender que le había dicho á su hermana alguna enfermedad.

Aquella comida me causó una impresión de disgusto casi indefinible.

Me hallé extraño en aquel ambiente y extrañado ante las manifestaciones contrarias del carácter de Lauracha, tan recatada, espiritual en el primer encuentro y tan incorrecta y libre en la mesa.

Cuando concluí de comer me dirijí á mi pieza; Lauracha salió á mi encuentro por la puerta de su cuarto, situada á pocos pasos de la mía.

—Tengo que pedirle mil perdones Carlitos. He

estado mal educada! ¿Qué puede Vd. esperar de una pobre campera como yo! No se forje Vd. una mala idea de mí! ¿Verdad que será buenito, muy buenito conmigo? ¿Verdad que me perdonará?

Su voz melodiosa llegaba como una música á mi oído. ¡Había tanta súplica en su expresión, tanta bondad de alma en su manera mimosa de hablarme, que me conmoví hondamente!

—Lauracha. Para mí Vd. es, *la que es* y nada más. Si alguien tiene que perdonar aquí es Vd.

—Perdonar yo? El qué?...

Y fuera de mí:

—Perdonarme la profunda simpatía que me ha inspirado Vd.

Y ella transidiendo de su ingenuidad primera á una actitud casi cínica:

—¿Empezamos tan pronto Don Carlos? ¡No sea Vd. como todos, por Dios!

Y me dejó estupefacto en la galería.

Había tal mordacidad en sus palabras que me figuré ser víctima propiciatoria de las burlas de una mujer que era cruel por necesidad.

—Incomprensible! —murmuré y me fui á mi cuarto.

Sin que yo la pidiera encontré el agua tibia para los dientes sobre el lavatorio.

De pronto apareció Anita con un vaso de leche en las manos.

—¿Qué trae ahí?—la pregunté un poco irritado.

—Leche.

—¿Para qué?

—Por si desea tomarla antes de acostarse...

—Muy bien. Váyase.

Me eché sobre la cama y excitado por las múltiples emociones pensé casi con horror en... que Lauracha aquella noche, vendría á golpearme la puerta y se deslizaría como una sombra...

Salí de aquel ensueño al oír la voz de Federico que relataba á Julián en la galería una aventura amorosa en términos bastante libres, y temí que

Lauracha pudiera oírle. La voz de ésta me dejó sumamente perplejo, al preguntar con naturalidad:

—Y después qué te pasó?

—Qué me pasó, qué me pasó? Figuráte vos!...

Huí con el alma transida, al bosque.

—Mi cabeza era un infierno. Pero ¿era posible que Lauracha?...

—Había entonces dos mujeres en ella?

—La de ciudad, bella, espiritual, educada, y otra, la del campo, inculta, insensible, perversa!...

—Quizá, me dijé, este ambiente ardoroso, donde la vida está tan en contacto con la naturaleza, ha influido sobre este organismo sensibilísimo de mujer, hasta el punto de pervertirla moralmente, si no de cuerpo...

—Caminando á obscuras me extravié por entre los árboles. Una lucecita que se colaba á través de un postigo, me sirvió de guía.

—Me aproximé; conversaban dentro. Era la cocina de los peones. Escuché con curiosidad.

—¿Pero voltió á los dos seguidos?

—Y la voz del cochero:

—A los dos. Vieras qué puntería... Le dije que el patrón no quería que le mataran los avestruces pero no hizo caso y le metió bala no más. Ayer me traje los alones pa comerlos...

—Parece orgulloso...

—Y amigo de mandar. Con no hacerle caso... cuando grite...

—Lo que es á mí, ni la cola me hace...

—Y á mí lo mesmo.

—¿Vendrá por la palomita, no?

—Claro pues.

—Como se va á poner el otro...

—¿Don Mauricio?

—Sí. De juro que se va á volver loco.

—Ya está de atar...

—Y vos creés que Lauracha...

—Esa! já, ja, já! No la conocés acaso? Puro oro por arriba y por abajo chamusquina!

—Tiene más vueltas que enredadera de buracuyá...

—Y es peor que la *aruera*, lo deja mariado a que se le arrima un rato.

—Pa mí que ese mocito va á calentar agua pa que otro tome mate... já, já, já!...

—Debe ser *retarjao*—agregó el cochero.

—*Retarjao?* Pucha que sos ladinol!...—y se rieron á mansalva.

Me alejé de aquel lugar repitiendo maquinalmente la palabra *retarjao*, que había originado tanta hilaridad despreciativa á mi respecto.

Cuando llegué á mi cuarto, todos dormían en la casa menos Alberto que me esperaba sentado sobre mi cama.

—¿De donde diablos vienes? ¡Qué palidéz!

—Figúrate que sin pensar, acabo de oír una conversación de los peones acerca de mi persona, y me ha chocado un término que usaron para indicarme.

—Qué palabra es?

—*Retarjao!*

—Ah! *retarjao?*—y se echó á reír sobre la cama á todo lo que daba.

—Explícame! ¿qué quiere decir?

—Mira Carlitos. No te preocupes de lo que oigas en la estancia y la pasarás bien...

—Pero deseo saber...

Sería muy largo de explicar y me muero de sueño. Mañana te llevaré á un rincón del campo, donde vas á darte exacta cuenta de lo que significa la palabrita esa. ¡Adios! que descanses! eh? y nada de preocupaciones...

Y fuése dejándome en el interior de mi alma una desesperación sin límites, no sólo por la idea despreciativa que envolvía el triste vocablo, sino por el convencimiento que me asaltó nuevamente de que Lauracha no era el ídolo capáz de crear

una nueva religión como había supuesto yo al verla por primera vez, sino al contrario era una esfinge hermosa, hundida en el lodo...

La amaba ya, loca. furiosamente.

Antes de adormecerme, se me apareció incitante como una guinda pintona, toda roja á la luz mortecina del sol poniente!



*
*
*

Insensiblemente se me pasaron los días primeros de mi permanencia en la estancia, aclimatándome á la vida de campo.

Por la mañana bien temprano, me iba al monte armado con mi carabina y seguido por la entera jauría de fox-terrier de la estancia.

Generalmente las primeras cuadras las hacía con Federico que al saber por Alberto que yo era *mozo diablo*, y que había actuado *dignamente* en numerosas *farras*, se había hecho muy amigo mío. Seguía yo la corriente y su mayor gusto era oírme relatar orgías de ciudad que sólo existían en mi imaginación.

—Cuenta, cuenta don Carlos. Una vez sólo he ido á Buenos Aires. Parece mentira no? ¡Y casi le fundo la estancia al viejo! Pero cuando voy al pueblo, después de la esquila á entregar la lana, hago temblar aquello. ¡Qué *farras*! Casi como las que Vd. cuenta!

Era un hombre grandote, sencillo y bueno como un niño. Diestro como el que más en los ejercicios ecuestres, sobresalía en toda suerte de trabajos camperos.

En el campo, para ser querido y respetado por la peonada, es necesario predicar con el ejemplo.

Cuando el amo demuestra ser un *buen gaucho*, es decir, enérgico, generoso y valiente, la grey que está bajo sus órdenes es un modelo de laboriosidad.

El establecimiento estaba bajo la dirección de

Federico, el cual era ayudado por Juliancito en todo lo que se refería á vigilancia. Todo allí era á la antigua, existiendo entre amos y criados una familiaridad demasiado grosera.

El clarear del día encontraba á la gente en pié. Cada uno salía á su quehacer señalado de antemano, para volver cuando la campana anunciaba la hora del almuerzo. Después de éste, la inevitable siesta y á las tres de la tarde vuelta al trabajo hasta el oscurecer.

Patrones y peones á la hora del crepúsculo hacían la invariable visita á la pulperia, distante de la estancia una legua, y se entregaban con deleite á frecuentes libaciones de ginebra y caña paraguaya.

Ya entrada la noche tornaban, alegres, en íntimo consorcio, haciendo proezas con el caballo, dándose bromas groseras ó insultándose las más de las veces.

La recorrida del entero campo constituye una misión obligatoria sobre todo en las épocas en que la peste, asola el país. Animal que ha muerto durante la noche hay que *cuerearlo* antes que pique el sol ó los chimangos y caranchos hagan presa de él.

El cuero resarce en parte de la pérdida del animal.

El campo se divide generalmente por alambrados en varios *potreros*, para facilitar los *rodeos* y tener reservas de buen pasto para los ganados de invernada.

Al llegar al arroyo separábame de Federico y me internaba en el monte.

Horas deliciosas de soledad en que mi espíritu daba rienda suelta á sus habituales fantasías. Horas en las que pensaba en Lauracha, tan enigmática y extraña, que me tenía mareado, casi loco, con sus gracias y caprichos.

Cansado y triste volvía de mis excursiones antes

de que la campana diera los tres toques consabidos.

Mis relaciones con Lauracha seguían un curso desviado del orden natural que debían seguir. Como ella comprendiera el disgusto que me causaban sus deslices, optó por permanecer juiciosa, cohibida, de una formalidad tan efectada que hacía nacer en mí sorda irritación.

En mi interior, el fiscal de mi amor hacia ella me iniciaba toda una formal acusación: « Has venido como un pájaro de mal agüero á entristecer á la alegría en persona; has logrado marchitar con la sola severidad de tu mirada á la más gallarda de las flores ». Y ganas me venían de decirla á Lauracha, de una vez por todas: « Sea Vd. como es, alegre, bromista, sensual, caprichosa, extraña, perversa; sea Vd. como es, la más femenina de las mujeres que he encontrado en mi vida ».

Una carrera de caballos de la cual se venía hablando desde dos meses, traía preocupados á todos en la estancia.

El *pangaré* de Mornins iba á medirse con el invencible *malacara* de « Las Acacias ».

Esta clase de carreras entre dos célebres caballos de distintos *pagos*, constituye por sí sola un motivo de preocupaciones, discusiones y apuestas mútuas en todas las pulperías y almacenes en diez leguas á la redonda.

Las tramitaciones de iniciación de la carrera, llegan á lo inverosímil y sobrepasan el ridículo las más de las veces. Primero la suma que ha de apostarse. Cada dueño de caballo emplea todas las artimañas posibles para obtener una ventaja por insignificante que sea en la cantidad. Luego el peso con que han de correr los caballos; después la distancia y por último el sitio donde deberá efectuarse la carrera.

Paso por alto otros detalles que dificultan hasta el último momento la realización tan esperada.

Cada caballo representa el *pago* en que nació ó

habita. Se dice el *malacara* de «Las Acacias», como quien dice el diputado por tal partido. Así es que las carreras más que efectuadas por los bucéfalos la realizan los dueños, amigos y habitantes de toda una región.

Solucionados los inverosímiles incidentes que surgen á cada instante, se fija por fin, después de maduras consultas secretas con los respectivos *componedores* acerca del estado del animal, el día de la carrera.

Una vez estipulado este plazo que es improrrogable, á menos que el mal tiempo reinante impida la reunión, comienzan los preparativos.

Cada corcel tiene su *componedor* y un *corredor*, hombres de absoluta confianza del patrón. Esos dos privilegiados seres llevan marcada en el rostro la expresión hierática de sacerdotes egipcios. Parece que de ellos dependiera la salvación de la patria! Toda otra ocupación que no sea el cuidado de la ilustre bestia, les está vedada. Son los delfines de la estancia.

5 p. m.—Mientras el corredor lleva al caballo á pasear á paso lento, el *componedor* selecciona detenidamente la alfalfa y la *pica*, elige el maíz y el afrecho y analiza á simple ojo, el agua.

Vuelve el *pangaré* ó el *malacara* de su paseo.

Un breve descanso, un baño higiénico, una *rasqueteada* minuciosa, un sorbo de agua y al *bok* donde le espera su ración. Luego se le coloca la *cornetilla* para que no profane su olímpico estómago alguna brisna de vulgar pasto, recogida al azar.

8 p. m.—Descanso en el bock sobre mullida paja mudada todos los días.

2 de la mañana.—Observación detenida de algo que no es nominable.

En este examen hecho á mano limpia, intervienen varios profundos peritos en la materia.

Alegrémonos! La ilustre esperanza del partido diere bien. El porvenir nos sonrír!

2 y 1/2 a. m.—Paseo uniformemente acelerado en la cancha habitual de sus proezas. Hora solemne en la que con todo misterio, á la luz de una linterna muda y sorda, se consulta el cronómetro, que ha de indicar el tiempo *del tiro*, con la precisión de los décimos de segundo.

3 a. m.—Descanso, ligero baño si es verano, masaje, ración, palmadas afectuosas, etc., etc.

8 a. m.—Atuce en redondo, cola al garrón y uñas recortadas á la Pompadour, según los canones del perfecto parejero.

9 a. m.—Comentarios de probabilidades. El *componedor* y el *corredor* adquieren rostros de sibilas. El amo los estudia estremecido.

El tiempo ha sido espléndido: un tercio de segundo menos que el día anterior.

Decididamente la bestia progresa. El porvenir es nuestro!

Y vos, neófito que ignorais lo que es el mago que *compone* y el sacerdote que *corre*, cometéis el solemne disparate de pedir un servicio, ó dar un orden á uno de esos dos magnates? Os miran silenciosos y si no pronuncian la frase la piensan: Dios nuestro, perdónalo que no sabe lo que hace!

Os he visto sí, solemnes embaucadores, grandísimos tunantes, en la tarea; pero no nos salgamos de madre y abreviemos.

El día, un domingo ó una festividad cualquiera, ha llegado.

La carrera es la única de la tarde si no se arma alguna *polla* de aficionados después. Tenemos tiempo por delante.

Hemos llegado al lugar de la carrera, una llanura sobre la cual hay dos líneas paralelas desastadas que llaman *andurivel*. A poca distancia de uno de sus extremos, generalmente, está ubicada la alpería. Cerca de ésta se han construído rústicas carpas donde se frien empanadas, pasteles calientes y se despacha mazamorra y *humitas*, y se penden bebidas fuertes.

A lo largo del camino se colocan los grupos *chinas, mulatas, chiquillos, viejos, paisanos, gachos, gringos, gallegos, carcamanes...* que vienen de lejos en carretelas imposibles, en pintorescas jardineras, en petizos bichocos, en jamelgos llenos de peladuras. Ya enancados á la moda de Portugal *tres burros en un bagual*, ya apisonados en espacio relativamente estrecho de una tartana, o sencillamente á pié, ora en una carreta de colosal dimensiones.

No falta el *taita* del pago, en un lindo *pin* escarceador al cual obliga á andar de lado, con las langostas, contra todas las leyes de la naturaleza.

El viene á lucir su indumentaria recién salido de la mercería, su *apero* plateado y su *flete* con padrón. No sale del *tranco cimbrador*, su mirada fija adelante, tangente de la órbita terrestre infinito; el cuerpo enhiesto, la diestra apoyada en el rebenque, la izquierda caída sosteniendo las riendas, y la blusa hinchada por el viento deja adivinar la daga vengadora de cualquier insignificante agravio.

¡Y á todo esto ni un peso en el bolsillo!

Irrumpen de pronto alegres *gauchitos* que atropellan todo con sus caballos y andan á *pechadas* entre ellos, riendo ingenuamente al menor pretexto; porque se le vuela un sombrero á un paisano que marcha al galope, porque pasa un *gringo enhorquetado* en un pobre mancarrón, porque... porque sí... porque es domingo y hay que reírse de cualquier cosa, « pa eso se está setenta y siete días de la semana ».

Los gritos estentóreos de los bromistas, las risas cortadas de los *compadres*, las carcajadas en los pechos robustos de italianos, vascos y españoles, las exclamaciones ingenuas de las *chinas*, el galope de los caballos, las ofertas de los vendedores de naranjas, bananas y pasteles, todo se agrupando formando una baraunda infernal...

Los colores claros de los vestidos femeniles, los de los pelos de los caballos, el verde pálido del campo, el cielo azul, todo anima, todo alegra.

De cuando en cuando se oye una voz vibrante:

—Doy luz con el *malacara*, cincuenta á cien...

—Pago!

Y otro:

—Al *pangaré* mi fiete con apero y todo contra doscientos pesos.

—Pago, pago.

Trato hecho. Al final se paga, en el caso en que no prefiramos hacer una trampita salvadora.

Si se conforma el cobrador, bien, pero si *retruca*, *pelamos* la daga y después á la comisaría, *é inda mais!*

El *pangaré* rodeado por un grupo de adoradores ya á pié ó á caballo, permanecía con las orejas gachas, cubierto con su manta y resoplando por la cornetilla.

—Es un *tapaol*—decían los entendidos.

¡Cuidado cuando se destapel pensaba yo, partidario entusiasta del *pangaré* de los Mornins, por simple casualidad, así como lo hubiera sido del *malacara* á haber ido á veranear á «Las Acacias».

Lauracha, en un briosísimo alazán, llamaba la atención de todo el mundo por su garbo y su elegancia. Al pasar al galope junto á un grupo de mozos, uno de ellos dijo en voz alta:

—Ahí va la flor del pago y el *preferido* de añoral

—¿Ha oído Vd.?—preguntóme ella sonriendo.

—Sí, pero no entiendo lo de *preferido*...

—Esas cosas Vd. no las entenderá nunca.

Lo dijo con tanta expresión de dolor que hube de tomarla como una indirecta á mis temores de hacerle una declaración en regla, y agregó después de unos instantes:

—Porque no las quiere entender!—Sus ojos claros se posaron lentamente sobre mí como dos águilas blancas en una roca.

—Contésteme Lauracha, ¿por qué se dice de que tiene más vueltas que *burucuyá*?

—¿Vd. es el que lo dice?

—Sí, yo! Yo lo digo!—acentué.

—No crea Vd. Al parecer soy un ovillo e dado. Toda la habilidad consistiría en dar co hilito de partida para...

—Muy bien. Acepto el consejo. Yo daré co hilito...

—¿Vd.?—Y sonrióse cínicamente como las ag de un charco al ser oreadas por una brisa.

—Yo? por qué no?

—Porque para tocar la guitarra hace falta buen guitarrero y Vd.... al menos creo...

—Que no tengo uñas, no?

—No quise decir tanto!—contestó burlona.

—El que juega con la paja brava se suele cor

—Y el que quiera probar la miel de un camo que le cuestel...—terminó, riéndose.

Y nos miramos casi agresivamente; después guimos un largo rato en silencio.

Del otro lado del camino estaba el *malacara*

Habíanle quitado la manta para que los c currentes se dieran cuenta de su estado perfe Era un hermoso animal, efectivamente.

Federico aceptaba todas las apuestas que le bían hecho, é igualmente los contrarios. La fé ambos dueños era capaz de conmover las m tañas.

El número de concurrentes á las tres de la ta era inmenso.

Varios breacks y charretes de estancias veci habían venido repletos de concurrencia distingui

La algarabía era cada vez más confusa.

Las apuestas, á la vista del *malacara*, se hicieron más fuertes.

Y cuando al *pangaré* se le quitó la manta, decepción de la gente fué en aumento.

Yo, que no estaba en el secreto, vacilé.

No dejó de extrañarme el aspecto de *nues* caballo.

El pelo sin brillo,—para esto no se le había rasueteado desde tres días—las orejas gachas, la crín al tusada, los remos embarrados; presentaba un aspecto tan desconsolador que las acciones del contrario subieron instantaneamente.

La usura que se le daba al *pangaré* era denigrante para todo caballo que tenga una gota de dignidad disuelta en las venas.

—Doy cien á veinte con el *malacara*.

—Doy luz con el de las Acacias.

—Lo que quieran contra el *pangaré*.

Y Federico, impertérrito, á todos contestaba, pago, pago, pago!

Francamente, á ser yo el *pangaré*, me hubiera resistido á correr, dado el desprecio que la entera concurrencia le demostraba.

De pronto el rumor cesó, las conversaciones terminaron y un álito de emoción corrió de uno á otro bando.

La atención de todos se concentró en los dos héroes.

Después que los corredores se hubieron pesado el comisario hubo tirado una moneda al aire, para que la suerte designara el lugar correspondiente á cada caballo, estos se pusieron en su respectivo camino.

El *malacara* se hallaba excitadísimo, no así el *pangaré* que estaba tranquilo.

Los corredores vestían con sencillez: una *vincha* les sujetaba la melena y cubría su cuerpo gracil una simple camiseta. Usaban la bombacha recojida á la altura de las rodillas y los pies descalzos.

Los caballos no tenían montura. Se corría *en pelo*.

Y comenzó la odisea interminable de las *vareadas*, al paso, al trotecito, al trote largo y al galope.

La picardía y tontería criollas se mostraban palpables en aquel momento.

Cansar al contrario, cuando se nota que *se tiene* caballo de sobra; impacientar al otro corredor si

es irritable, haciendo innumerables partidas f querer aprovecharse de un ligero adelanto e partida, etc., etc.

Como después de una hora de fintas y ceos los corredores no se animaran á parti dueños, de mútuo acuerdo resolvieron que l ñal la dieran dos abanderados.

Esta vez toda la gente que se agolpaba presenciar la salida, fuese apresuradamente al p opuesto y se ubicó detrás de los jueces de

De pronto se oyó un clamor lejano.

Al fin habían partidol

El *malacara* de un salto estuvo delante *pangaré* y así siguieron por un rato.

Los gritos eran estentóreos...

—El *malacara*, el *malacara!*... Bravo! I flete! Ah tigre! Ese no corre, vuelal

—El *pangaré* come cola! Juá, juá, juá!...

Quando apenas faltaba una cuadra, el *pan* se adelantó gradualmente, alcanzó á su cont pasándolo enseguida por más de un cuerpo.

Todos guardaron silencio. La expectativa solemne.

Luego comenzaron los improperios al cor del *malacara*.

—Castigue maula! Métele lonja! Ah! hijo de por cual. Se deja robar la plata! Vendido! I gau! Sotreta! No le tires de la rienda! Aflojal colea! ¿Y que un mancarron como el *pan* ¡que no se diga!...

Luego otra vez silencio y de pronto una g infernal.

—Ganó el *malacara* — decían sus partid acariciando una última esperanza.

Pero fué en vano, la voz general era:

—El *pangaré*, el *pangaré*. Vivaal...

Había ganado *nuestro* caballo!

Federico se vió rodeado de golpe por una de pedigüños de toda laya y color.

—Vea don Federico, acuérdesese de mí! sabel... No me óvide! Un pesito nada más!

rimo segundo de su corredor! Ya sabe que no me más que ordenarme! Yo le he defendido el lugaré!...

lizo rueda con su látigo.

—A ver, canejo, si se dejan de amolar!...

una vez que se disipó algo la turba harapienta, o el juez de raya, depositario de la suma apostada y se la entregó. Lo mismo casi todos los que staron con él y habían perdido.

La suma total ganada era grande.

Lauracha había seguido la carrera como verdadera aficionada.

Cuando llegó el pangaré triunfador á nuestro o, ella saltó de su caballo y arrancándose una a del pecho se la puso en la testera del freno. Acto que fué aplaudido por toda la concurrencia. Brillábanle los ojos, el pecho le subía y le bajaba a ritmo precipitado, y la sangre afluíá á su tro.

Y cuando volvíamos para la estancia, me dijo:

—Qué hermoso es triunfar, verdad?

—Sí.

—Pero para triunfar hay que saber querer...

—Ah! yo sabré querer...

Me miró de reojo y dijo á media voz:

—Vamos, Carlos. Apure. Al galope! A todo lo de dél...

Y lanzó su cabalgadura.

La seguí.

La carrera se hacía frenética. Lauracha, como si espíritu demoníaco la animara, castigaba á su zán sin necesidad alguna y gritaba nerviosamente:

—Up! up! up! Vamos, vamos!

—Deténgase Vd.

—No! Si ahora es lo más lindo! No sea cobar... sígame...

Fué un vértigo, una carrera loca que duró más una hora.

Las pobres bestias ya no podían más; detuve

la mía compasivamente, pues estábamos á un pa de las casas.

Pero ella siguió castigando cruelmente á caballo. De pronto ví que éste se detenía casi golpe, daba unos pasos vacilantes y caía lanzando un vómito de sangre.

Lauracha con toda habilidad se echó á un lado quedando en pié, estremecida, bamboleante.

Corrí hacia ella.

El rostro pálido, la mirada extraviada, sombría la respiración fatigosa.

—Dios mío! sosténgame Carlitos!... Me caigo, me caigo! ¡qué local! ¡qué local!—y echó todo el peso de su cuerpo divinal sobre mí.

Así permaneció un largo rato, con los párpados entornados, la boca entreabierta, ansiosa. Lanzó un ay! desgarrador, se estremeció como pajarillo que rinde su último suspiro, retorció los brazos, me estrujó como si fuera un papel y calmada de pronto murmuró:

—Lléveme así... despacito!... Tengo fiebre.

Y sosteniéndola purísimamente, quizá como un ángel de la guarda á una Tais de Alejandría, la llevé hasta la puerta de su cuarto.

—No llame á nadie... Gracias, gracias, Carlitos. Qué bueno; qué bueno es Vd.!—y al cerrar ella la puerta, un soñoloso llegó á mis oídos.

Fuíme á mi estancia cabisbajo, llevando en mi alma una mezcla de compasión, asombro y miedo...

Aquella mirada blanca con destellos áureos de estrella, había destilado en mi sér las primeras gotas de un veneno que sólo produce el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, según cuenta una leyenda de Ceylan!

*
**

Después de aquel incidente de las carreras, la relación entre Lauracha y yo se hizo tirante y un día me es no es indiferente.

Durante los dos días que permaneció en cama y cuando me dijo Anita, con una fiebre de mil días, envié á preguntar por su estado varias veces y la contestación invariable era:

—Dice que sigue mejor, que no se preocupel... Casi equivalía á decirme que no enviara más á preguntar por su estado, lo cual no dejaba de dañarme.

Cuando nos encontramos la mañana primera de convalecencia, debajo del parral, hizome un ligero saludo y pasó por delante mío bajando los ojos y hasta creí notar que un súbito rubor la enroscaba el rostro.

Trataba de adivinar las ideas que en Lauracha había originado aquel incidente final de la loca carrera, y llegué á la conclusión que tenía verosimilitud de mí. ¿Por qué?

Me respondía á mi mismo que nada de eso existía; pero el recuerdo de aquel extraño desmayo en sus brazos me sugería ideas diabólicas que apenas me animaba á esbozar.

Cuando meditaba en aquel caso, una sonrisa de tipo selvático aparecía, muy á pesar mío, sobre la palidez de mi rostro.

.....
Mis entretenimientos en la estancia se reducían, más de las veces, á realizar grandes caminatas por el monte, acompañado por los fox-terrier, caza-

dores terribles de alimañas, ó por Alberto cuando sus ocupaciones se lo permitían.

El campo, el monte, la vida en contacto diario con la naturaleza, acentúan los instintos atávicos del hombre. Triste me es el confesarlo: en esas excursiones montaraces, rehuendo el ardoroso sol bajo la sombra de los árboles, he cometido una serie de infames asesinatos con bestezuelas inocentes, que me han hecho meditar cuando me dedicaba á estudios de antropología criminal, si existía en mi sér la preparación latente de un criminal nato. Pero luego me he convencido que todos los humanos quienes más, quienes menos, tienen un dominador atávico interno, cuyo origen se remonta desde la edad de los salones á la de las cavernas.

A la una de la tarde cuando el sol de estío enciende el aire, allá en el bajo donde corre el arroyo, entre las matas de duro espartillo y pajas bravas, dormita dichoso y tranquilo un zorrino. No ha cometido ningún mal, tiene la conciencia tranquila y el estómago lleno. Breve conciliábulo entre la perrada que há olfateado la presa. Hay que atacar al mísero, por el lado de la tierra, porque se sabe de memoria que no se tira al agua sino en casos desesperados; hay que atropellar contra el viento y preocuparse estratégicamente de buscar amparo tras una mata de pasto, porque se sabe que el líquido que guarda el enemigo en las glándulas anales y que arroja con una puntería de artillero, es asfixiante é imposible de soportar, sobre todo si llega á caer en los ojos.

El ataque es simultáneo y se efectúa con sapiente lentitud.

El jefe de la banda, más arrojado y valiente, atacará por detrás del macizo de pasto, mientras los otros le distraen ladrándole. El zorrino husmea el aire. De pronto el ladrido de los perros le da la evidencia: son cinco, seis, ocho! Hay que aprestarse á la lucha. Ante el peligro se excita; la cola negra se levanta con los pelos enhiestos como

escobillón; los ojos brillantes parecen querer saltarse de las órbitas. Se agita de un lado á otro parándose sobre las patitas traseras, con las dos líneas amarillentas del lomo erizadas. El enemigo permanece oculto.

De pronto surge con los ojos cerrados, el fox terrier encargado de la misión de atacar primero. Perro y zorrino ruedan por el pasto, anhelantes. Hay que morderle en el cuello y quebrarle la espina dorsal. Esto no se logra generalmente en el primer asalto.

El zorrino en el entrevero, ha lanzado certeramente su corrosivo líquido glandular. El perro se retira, revolcándose sobre la gramilla, jadeante, vomitando espuma blanca. Se arroja desesperado al arroyo. Todo es inútil. El olor es realmente insoportable. Todo el aire á una legua á la redonda y aun más lejos, se satura de esa emanación irritante, repulsiva, nauseabunda, que constituye la única y terrible defensa del animal. A diestro á siniestro, por todos lados esparce su pestilente chorro con precisión matemática y perro que asoma la cabeza recibe su correspondiente parte.

La lucha, apesar del número y del valor á toda prueba de los atacantes, termina generalmente, cuando el zorrino es veterano, por la derrota de aquéllos; pero á veces el tezon y la habilidad de un solo perro, logra descalabrar á la bestezuela; entonces todos á una, sin excepción, se lanzan sobre los restos palpitantes y vengan las *chorreadas* recibidas.

El cuerpo desaparece materialmente de la vista, despedazado.

Sobre mi conciencia pesa la muerte inútil y salvaje de tantos zorrinos, núnrias, mulitas y carpinchos!...

Entre toda la cantidad de animales camperos, ninguno es tan digno de compasión como la *mulita* ó el *peludo*.

Bien es verdad que en este caso se trata de una especie codiciada por el paladar de los golosos criollos.

Cuando los perros encuentran á una mulita, esta se recoge dentro de su original caparazón huesosa y forma como una bola que no ofrece asidero á los dientes, ó en el caso en que el terreno no es muy duro, comienza á cabar y se hunde en el suelo, echando la tierra detrás de sí. En este caso la fuga sería efectiva, pero el cazador experto, mete la mano en la cueva y no tiene más que cogerle una pata trasera al animalillo para que este cese inmediatamente en su tarea.

Hay otro procedimiento que consiste en valerse del dedo índice solamente, pero que no aconsejo á las personas de gustos delicados.

De vuelta de mis paseos sentábame al piano y ejecutaba algún vals de Ramenti ó alguna polonesa de Chopin, música ésta que según el viejo don Ricardo Mornins, era la que debían de bailar los diablos en el infierno.

Aquella mañana, violentado por la actitud de Lauracha, fuíme al piano á tocar.

Me hallaba ejecutando la *marcha fúnebre* de Chopin, cuando apareció Anita.

—Venía de parte de la *niña* á pedirle que hiciera el favor de no tocar el piano.

—Pero ¿puedo saber á qué se debe ese pedido?

—Dice que lo que Vd. toca, la hace llorar!

—Ah! sí?

Y seguí tocando hasta la hora del almuerzo.

Mi falta de atención no dejó de preocuparme, puesto que á élla se debió seguramente el que Lauracha no fuera á la mesa.

A la tarde después de la siesta tomé mi escopeta y me disponía á irme al bosque de eucaliptos á cazar palomas, cuando me topé en la galería con Lauracha. Iba á pasar de largo, pero ella me abordó:

—¿Por qué es tan malo conmigo, Carlitos?...

Me detuve haciéndome el sorprendido:

—¿Malo yo?

Y ella, casi fuera de sí, mirándome con suprema expresión de resentimiento:

—¡Sí, Vd.!

—¿Porque no dejé de tocar el piano?

—¡He llorado toda la tarde!

—¿Por tan poca cosa?—pregunté burlón, saboreando malignamente una venganza á sus desdenes.

—¡Estaba tan triste, tan triste! ¡Y Vd. tan malo!

—Pero vengamos á cuentas, Lauracha. ¿Es posible que la música moleste á una joven inteligente, culta como lo es Vd.? Ni á los salvajes les disgusta, ni á las víboras y arañas...

Iba á proseguir entusiasmado, pero ella me detuvo con el gesto, pensativa; luego con voz profundamente sincera:

—No sé sentir la música. La odio casi, porque me hace sufrir, porque me tortura el alma; la temo porque ella hace surgir desde el fondo de mi sér, todo un mundo de cosas muertas, tristes y desesperadas. Tengo mucho de salvaje en mi sér, lo sé; tengo mucho de víbora, también lo sé; pero la música y yo somos enemigas irreconciliables!...

—¡Ah! ahora me lo explico!—dije compenetrado de la verdad que había dicho, y quise corregir con una galantería el yerro anterior:

—¡Ya sé porque Vds. son enemigas irreconciliables!...

—¿Porqué?

—¿Acaso no son Vds. rivales? Donde Vd. está, la música más sublime tiene que resultar...

—No sea Vd. como un vulgar galanteador de oficio...—lo dijo como quien vé con disgusto el que la conversación se desviara de su punto de partida.

Quedéme cortado en la hipérbole que trataba de desarrollar y dije ofendido en mi amor propio:

—Gracias! Desde hoy seré galante como una joven de campol

Y ella, sin darse por aludida, murmuró como hablando consigo misma:

—En Vd. menos que en ninguno consiento el *piropo* ingénuo—y tras breve pausa:

—Aquí en el campo donde todos somos claros como el agua de los arroyos y algunas veces brutales como el *pampero* que barre de nubes nuestro cielo, no soportamos el atildamiento ni admitimos las farsanterías convencionales con que se habla á las jóvenes de la ciudad.

Encontré que la lección era buena; que tenía razón Lauracha y exclamé entusiasmado:

—Gracias por el concepto que le merezco y desde ya pondré en práctica sus indicaciones: seré claro como sus arroyos y franco como su *pampero*;—y tomando aliento:—Lauracha, yo la amo á Vd., y la adoro y...

Y ella, simulando que alguien la hablaba de lejos:

—Cállese Vd. por Dios! Aquella mariposita blanca, que es confidente mía, me está diciendo que todo eso es mentira.

Y después de una pausa para contener su risa:

—Ah! espere Vd., no se apure; y agrega que no le crea, porque una cosa es el amor y otra un entusiasmo del momento...

—Perol!

—Cállese Vd., cállese Vd.! ah! Lo dejo solo con la mariposita blanca! Entiéndase con ella! No? Tiene poder absoluto para disponer de mis cosas: Adios, Carlitos.—Y fuése riéndose tan graciosamente que me convencí en el acto que la tal mariposilla era una intrigante descarada.

¡Pero vaya uno á ejecutar sonatas amorosas, al oído de una mujer que no es lo suficiente salvaje ni del todo víbora para amar la música!

Ese día asesiné un número grandísimo de inocentes *torcazas*.

Como las noches en el campo fueran de suyo poco entretenidas, á poco de estar yo en la estancia, resolvió Lauracha que en lo sucesivo jugáramos á la lotería.

Para esto, después de la comida, que se efectuaba invariablemente á la puesta del sol, y de un breve paseo por el jardín, jugábamos hasta las once de la noche, al más aburridor de los juegos, cuando no hay noviazgo de por medio. Las criadas de confianza tomaban parte en el juego junto á los patrones por concesión especial.

No dejó de chocarme el que las primeras noches Lauracha se sentara en frente mío, en el otro extremo de la mesa.

Después de nuestra breve conversación de la tarde, Lauracha transformóse en la alegre y bromista que era antes.

Habíamos terminado de comer y como no tuviera deseos de hacer el habitual paseo por el jardín ó por la avenida de los paraísos, sentéme en una mecedora en la galería. Federico, más alegre que nunca, había entrado en la pieza de Lauracha.

De pronto me sorprendió un grito estridente de Lauracha y las risas groseras de su hermano á raíz de unas fuertes palmadas.

—Bandido! salí de aquí! Habráse visto sinvergüenza más grandel! A mí tan luego! Atrevido!

—Sos como el tordo, canillas flacas y el...

Y salió de la estancia á los empujones que le daba Lauracha jovialmente.

Tropezó conmigo en la oscuridad y me dijo reconociéndome, con su habitual franqueza de paisano:

—Ah! Estaba ahí Carlitos? ¡Viera que broma le he *dao* á Lauracha! Está furiosa como avispa que le han *tocao* el *camoati*!

—Cállate por dios, atrevido! No le crea Carlitos, no le crea!—Me gritó Lauracha asomándose á medias desde la puerta entornada y dejándome entrever sus brazos desnudos y su corsé elegante con moños celestes.

Aquellas bromas fraternales, me dejaron en el ánimo una sensación de marcado disgusto.

Tuvieron que llamarme insistentemente para que fuera al comedor.

Sentéme en mi sitio de costumbre, en un estado de franca hostilidad hacia Lauracha y al observar que se colocaba en frente mío cohibida, avergonzada, la pregunté con tono airado:

—Porqué se sienta ahí?...

—Porque *ceca suyo* le molestadía con mis *tonterías* — contestóme cómicamente, remilgándose toda.

Mi enojo se disolvió como la sal en el agua.

—Está equivocada. Lejos de mí es cuando me disgusta!

—Si *es así!*—Y se trasladó con toda naturalidad á mi lado.—¿Está contento *ahoda* don *Caprichoso*?

El hielo se había roto.

Nos miramos risueñamente.

En nuestros ojos se reflejaba el contento que nos causaba el hallarnos uno junto al otro.

Entretanto no dejaba de meditar en lo que parecía extraña coincidencia y que era fruto natural de una recíproca pasión naciente: en cuanto me forjaba el propósito de ser incorrecto ó poco amable con Lauracha, ésta con una sola palabra me obligaba á efectuar todo lo contrario.

Bien es verdad que aquel *ceceo* y la gracia felina de su sér entero y aquellas sus miradas ardorosas, y sus remilgos de mimoña eran capaces de entusiasmar al más escéptico de los cenobitas.

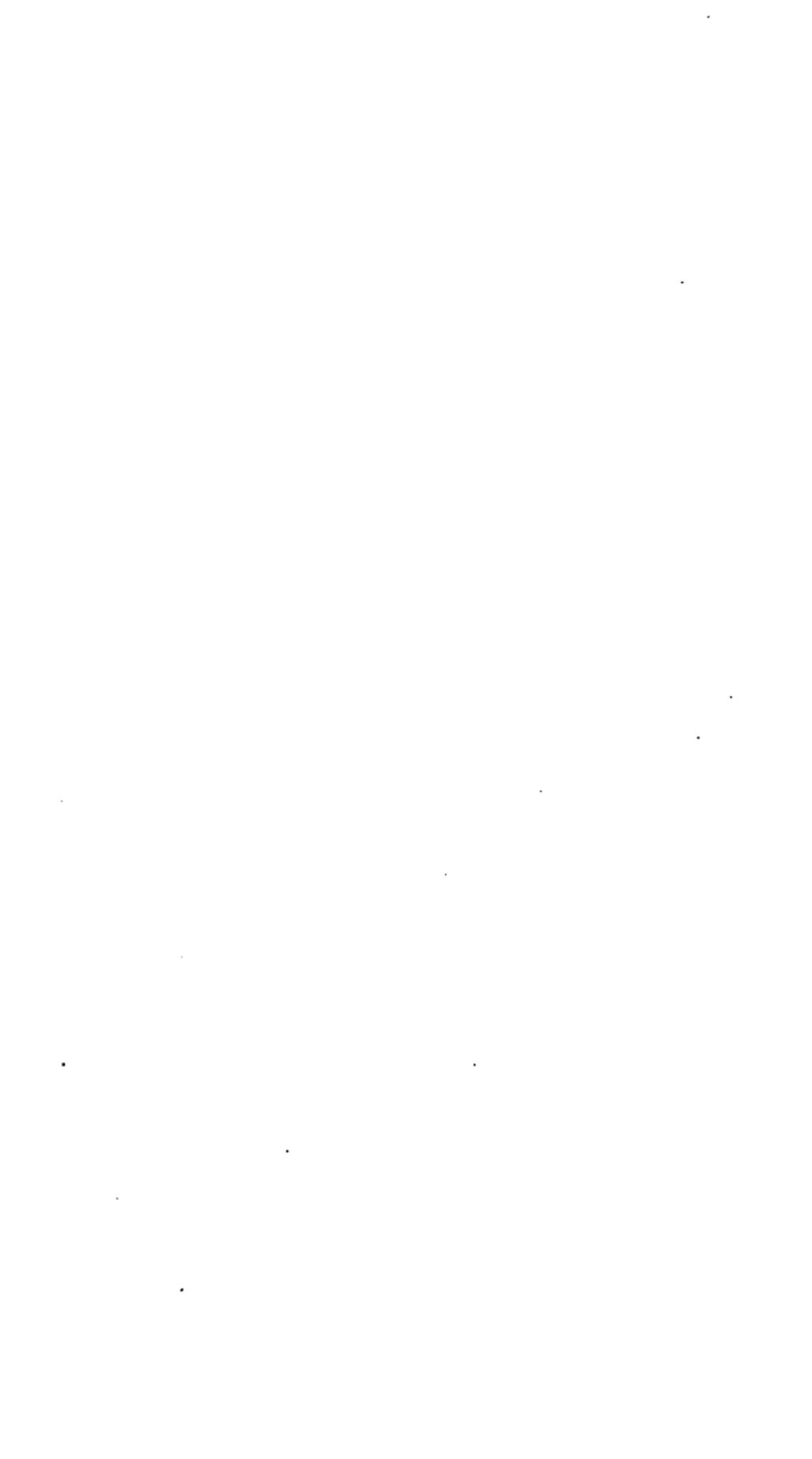
Y sucedió lo que debía de suceder. La confianza que originaba el acercamiento obligatorio de todas las noches, durante varias horas, se hizo progresivamente más íntima.

Al cojer la ficha para apuntar el número, nuestras manos de propósito se rozaban; y hubo á veces caprichitos por cojer entre todas la única verde existente, y de ahí, breve lucha de los dedos, y luego un apretoncito de manos, y miradas intensas y risas nerviosas, y vuelta á empezar al rato, después de un bien simulado enojo, para que los otros de la mesa se dieran por entendidos que sólo el deseo mútuo de tomar la misma ficha era el causante de aquella lucha.

Y aquellos al parecer inocentes roces, encendían en el fondo de nuestros seres, anhelos martirizados á fuerza de ser imposibles, y deseos inmensos capaces de crear un mundo de pequeños seres niños!

Pero en el campo el demasiado sol de estío había agostado todas las rojas margaritas!





*
**

Por culpa de Lauracha que tenía perezas criollas y no levantarse nunca temprano, habíamos dejado de realizar varios paseos matinales señalados con anterioridad.

Pero llegó una hermosa y fresca mañana, en que yo á bien el levantarse con el sol, hecho memorable en los anales de su vida, y salimos para el arroyo, Anita, yo y un perro de Terranova. Lauracha vestía de blanco y peinada *en bandeau*, con una cascada de rosas á lo largo de la robusta trenza suelta.

Como Anita se diera cuenta exacta de los sentimientos que germinaban en su patroncita á mi respecto, tornóse más huraña y esquiva para conmigo. Mis indirectas á la hermosura de su cuerpo, encontraban la acojida más fría que darse pueda; pero no acostumbrada á oír requiebros de naturaleza tan encendedores, quedábase como pajarillo sorprendido por la helada, y me contestaba titubeante, bajando los negros ojos, mientras que en su rostro bronceado, se fijaba una expresión de dolor y placer al mismo tiempo.

El paseo era un pretexto para encontrarnos á solas Lauracha y yo.

Anita y el perro se adelantaron al breve rato, dejándonos rezagados.

Desde un principio me dí cuenta de que Lauracha habíase acicalado con cierto abandono artístico, para hacer resaltar más sus encantos.

Su vestido de gasa blanca modelábale el cuerpo gallardo, en una forma incitante.

Recogíase el vestido con suprema coquetería oprimiéndose de propósito fuertemente los muslos y dejando al descubierto el nacimiento de su fina pierna, cubierta por media calada de seda celestina y calzada con zapatitos de gamuza.

Como tenía el precioso defecto de caminar irregularmente como si se enredara con el vestido; cada instante sus hombros chocaban con los mios permaneciendo juntos muchas veces durante un corto trecho de camino.

¡Las torturas que me han causado aquellas aproximaciones!

Desde las primeras referencias que hiciera Lauracha acerca de Carmencita no habíamos vuelto a hablar de ella; pero esa mañana volvió sobre el tema cuando yo menos lo esperaba.

—¡Si nos viera!...

—¿Quién?

—¡Carmencita, pues!

Desde que estaba en la estancia no se me había ocurrido pensar siquiera en mi *novia*.

Aquella insinuación me fué dolorosa y me ensimismó de súbito.

¿Qué haría Carmencita? ¿Pensaría en mí? ¿Seguiría los amores con el doctor? Y reconstruí velozmente la cabalgata, la lotería, la escena de la esquina de su casa, y tuve de pronto la convicción que apesar de todo lo pasado, apesar de la influencia hipnótica que ejercía sobre mi organismo físico aquella diabólica Lauracha, conservaba, un cariño puro é inmaculado hacia mi primera novia. Hubo un instante en que me parecí más hermosamente cándida y gentil que su actual rival; pero al sentir en mi brazo la presión momentánea del de Lauracha, presión que parecí infiltrar en mi ser vibraciones de nueva vida hasta entonces desconocidas para mí, la silueta de Carmencita se borró de mi pensamiento, como si

esfuma una fría bruma matinal al impulso fiero de ardoroso viento norte.

—¿Vd. cree que le causaría enojo? pregunté.

—¿Enojo? ¡Celos! ¿Y no me diga que Vd. no piensa en ella?

—¿Celos? ¡Pero si yo no la recuerdo siquiera!

—¡Ah! ¡Ingrato! Así son todos...

—¡Y todas! ¿porqué no lo dice Vd? ¡Hay en el horizonte de su vida la sombra de un tal Mauricio que...

—Oh no recuerde Vd. á ese pobre desgraciado, más digno de lástima que de otra cosa—lo dijo con tanta conmiseración que no quise insistir. Ella, tras brève pausa, continuó:

—De manera que ahora la única mujer que ocupa su pensamiento... es...

—Sería Vd. Pero Vd...—é hice un gesto despreciativo.

—¿Yo que?...

—¡Vd, tiene alma de gato montés! Vd...

—Que más. Siga Vd. Me interesa de veras conocer, la opinión sincera que tiene Vd. de mí.

—Es una jóven coqueta, incapaz de comprender un amor verdadero.

—¡Siga, siga!—exclamó cada vez mas nerviosa.

—Mujer superficial, sin corazón, que obedece á los egoistas consejos de su cerebro y carece de los impulsos generosos del alma.

—¡Así! ¡así me gusta! Castígueme Vd. De esa única manera puede que crea en Vd!...

Yo me ref fuertemente.

—Disculpe Vd. Lauracha, ha sido una broma. Me he tomado la libertad de decirla cosas que no siento...

Y ella siguiendo el curso de sus ideas sin reparar en mi disculpa.

—¡Cuántas verdades me ha dicho Vd! La única vez que he encontrado un hombre cuya opinión acerca de mí coincida exactamente con la mía.

—¿Con la suya?—pregunté realmente sorprendido. Y ella haciendo un mohin de tristeza.

—Sí, Carlitos. Su opinión acerca de mí, me demuestra que es Vd. profundo observador.

—Pero si yo he hablado en broma. Es una mentira mía!

—¡En broma! ¡Cuántas verdades se dicen mintiéndolo!

—Pero Vd. puede suponer acaso que yo la creo incapaz de todo sentimiento generoso?

—Lo crea Vd. ó no, yo sé efectivamente que carezco de esos sentimientos. Escuche Vd. La muerte de mi alazán predilecto, no me ha causado la menor impresión!... ¿Quiere saber aun más? Cuando murió un hermanito mio, arrastrado por un petizo, mientras estuvo el cuerpecito en la sala de casa, sentía deseos de ponerme á reír y saltar como una loca. Tuve que simular el dolor para que en casa no se enojaran conmigo...

—Sin embargo—objeté yo—cuando los otros días Anita le rompió la muñeca que guardaba en la vitrina de la sala, ha llorado Vd. todo un día.

—Es cierto. Soy una naturaleza llena de contradicciones. Un rosal repleto de espinas y sin flores!—y quedóse pensativa con los claros ojos destellando oro, fijos en el vacío!

La observé y quedé estupefacto, ante el súbito cambio que habían experimentado las facciones de Lauracha. Estaba más blanca que su vestido: una sombría mancha violácea teñíale las ojeras; la nariz afilada, las orejitas exangües y las mejillas deprimidas.

¡Estaba horrible! ¡Me pareció una muerta!

Habíamos llegado á una magnífica barranca que daba al arroyo. Las límpidas aguas que venían juguetonas por entre las piedras y los juncales que encontraba á su paso, entraban de pronto en uno como anfiteatro de altas rocas, formando un sombrío remanso á los piés de la barranca.

Miré hacia abajo y sentí como un vértigo.

El agua se arremolinaba lentamente arrastrando á su centro como en un gran embudo á cuanta

mata, brisna ó madero caía en la zona de atracción.

Lauracha tendió el cuerpo hacia adelante y dijo como hablando consigo misma, con voz tranquila.

—¡Qué hermoso sitio para matarse!—Y una súbita embriaguez la hizo entornar los ojos con deíente.

—No hable Vd. así, Lauracha—repliqué, estremecido—volvamos á la estancia, esto marea!

Quedóse un momento pensativa mirando las aguas que giraban silenciosas y repitió maquinalmente:

—¡Volvamos á la estancia, esto marea!

Echamos á andar.

Seguía caminando junto á mí, preocupada y como venida de un mundo de fantasmas y endriagos.

Cuando llegamos al corral de palo á pique, varios peones se hallaban en trance de matar á una vaquillona, destinada al consumo diario de la estancia.

A la vista del cuadro Lauracha se animó.

—Sigamos—dije.

—Nó, quedémos,—exclamó con energía.

Un peón á caballo sostenía, con el lazo tirante, por los cuernos á la víctima y otro de á pié la había *pialado* de una pata posterior.

Uno de los peones se aproximó y con una filosa daga le tronchó la carótida, hundiéndosela luego hasta el puño.

La vaquillona dió un salto hacia nosotros, y se detuvo, mientras que de la amplia herida caía como de un valde, un chorro de sangre negra y humeante.

La respiración se le hizo fatigosa, los ojos giraron en sus órbitas adquiriendo un brillo vidrioso azulado, las cuatro extremidades se endurecieron como en un último esfuerzo para afirmar el exhausto cuerpo, y así permaneció largo rato, mientras lentamente caía la sangre sobre un charco de la misma, produciendo un ruido de gotera en día de lluvia.

Lauracha cuyo rostro se había coloreado aunque conservando la frialdad mortal de su mirada, en un impulso inexplicable, tendió la mano por encima de los postes y dejó que en ella se deslizara la roja sangre de la vaquillona moribunda.

—¡Que suave y caliente es!—exclamó gozosa, con voz de nena zaiamera.

Cerré los ojos, repugnado.

Mientras aquella admirable máquina de la vaquillona se estremecía en los últimos estertores de la muerte, y rodaba después de breves instantes al suelo, los peones festejaban el acto de la patroncita:

—¡No le hace ascos á las cosas de su tierra!—dijo uno adulándola.

Y otro más despacio, mirándola sombríamente:
—¡Hija de tigre overa ha de ser!

Y ella dirigiéndose á mí, mientras nos volvíamos á las casas:

—¿Se ha convencido Vd. que no tengo corazón? Casi sin saber lo que decía, contesté:

—Se equivoca; quizá tenga exceso de corazón!

Ella secaba sus gráciles dedos ensangrentados, con un fino pañuelo de batista, exuberante de sana alegría, encantadora, felinamente hermosa...

Sobre la bata, lucíale como un granate á la luz del sol, una mancha de sangre.

Ella siguió mi mirada y me dijo con suprema gracia, señalando la mancha:

—Ha florecido el rosall!—Y se entró en su pieza riéndose.

Y cuando estuve á solas, ví como en una extraña visión, que la mancha se extendía por todo el vestido blanco de Lauracha, y la tornaba roja, toda roja, como el primer día en que la encontré, bajo los paraísos de la avenida, á la luz del sol poniente.

¡Pero esta vez la impresión fué de supremo desvíol!



El tan mentado Mauricio, se apareció una tarde una mísera *charrette* tirada por un triste ja-elgo, entrándose hasta debajo del parral. Detuvo lí el caballejo, bajose vacilante de emoción, y escargó sobre una mesa una serie interminable e paquetes, cartuchos, bonboneras y latas de conservas alimenticias.

Luego golpeó las manos satisfecho y salió á recibirle doña Mariana.

—¡Oh! ¡Mi viejita, mi viejita!—y la voz de Mauricio se hizo temblorosa.

—¡Que tal Mauricio! Como te ha ido por lo de Mac-Gregor.

—Mal, muy mal ¿cómo quiere que me vaya á mí, la desgracia ambulante?

—¿Pero *él* te mandó llamar para que lo curaras?

—Cuando llegué yo, con mis remedios, el hombre estaba ya en las últimas. El ataque fué tre-tiendo y se acabó en pocos días.

Doña Mariana se estremeció toda y creyendo que nadie la observara, le preguntó en voz baja, o tan baja que yó no la oyera desde mi pieza.

—¿Y murió sin tener un recuerdo para mí?

—¡Oh! ¡Eso no! Me entregó antes de morir una carta para Vd. Guárdela, que no se la vean. ¿A qué desenterrar cosas viejas?

Y le entregó un sobre, que fué guardado diligentemente por la viejecita.

¿De modo que la frase aquella del mayoral al r. de Mac-Gregor, cuando veníamos en la diligencia aludía á un hecho cierto?

¿Y yo que me habia confiado desde el primer momento, en el venerable aspecto de la respetable señora, y habia leído tanta nobleza de alma en aquellos ojos negros, serenos de viejecita!

Por extensión recordé muy á pesar mío la otra frase de aquel peón en el matadero «Hija de tu *gra overa* ha de ser!» y pensé que Lauracha necesariamente tenía llena de *lunares* la piel de su alma!

Después de una pausa Mauricio prosiguió:

—Vea Doña Mariana, murió el pobre y la familia me despidió sin pagarme nada, ni los remedios ¡Qué gentel! Bueno no pensemos más. ¿Y Lauracha? Me han dicho que *anda otro* rondándola, ¿y qué á Lauracha le gusta. ¡Claro tenía que suceder!

—¿Y qué tiene de particular? ¡Son jóvenes los dos!

—¿Que tal mozo parece?

—¡Ah! una monada. Muy respetuoso, toca el piano, y pinta unos cuadros lo más bonitos.

—Vá á suceder como los otros. A Lauracha no la entiende más que el pobre Mauricio. Nadie más. ¡Y poco he de poder ó á las largas me he de casar con ella!

—No empezés con tus locuras, Mauricio. Ya sos muy viejo para esas alaracas. Viudo, pobre y feo! Y lo que vos pretendés es una barbaridad. ¡Antes morirme que verla casada con un hombre como vos! —dijo Doña Mariana entre seria y risueña.

—Deje Doña Mariana que el mundo dé vueltas no más... algún día ha de ser para mi lado! Vea Doña Mariana todos esos paquetes son para ella. Le traigo dulce de guayaba en latas grandes eh? bombones, *marrons glacé*, y masas de la confitería del Águila de Buenos Aires. ¡Ah! Encontré lo que buscaba, aquella conserva *maquereaux a l'huile*. ¡Ah! y en ese estuche le traigo una virgencita de Luján! En fin tiene dulces y conservas para tres meses! ¡Ella que es tan lambeta!

—¿Para qué te metés en esos gastos Mauricio? ¿vos que apenas ganás para tus vicios?

—¡Dicen que el amor es ciego y zonzol!—Y se rió con una risa infantil.

Salió á la galería y me quedé perplejo cuando conocí al ya, para mí, célebre rival.

Un mulato de alta estatura, de rostro picado por las viruelas, con ojos sanguinolentos y labios belfos. Tenía una voz de timbre sonoro, altisonante, hermosa para acompañar los *candombes* que bailarían sin duda alguna, sus primos de allende los mares, en las selvas africanas. Alegre, simpático comunicativo tenía una bondad de alma ejemplar.

Su historia, vulgar si se quiere, había sido toda una cadena de sinsabores.

Hijo de un estanciero millonario y de una mulata liberta del Brazil, que servía de cocinera en la estancia, sus primeros años los pasó á su gusto, criándose entre los peones, como un protegido; pero un buen día, el *patrón* lo envió á una de las ciudades del litoral á estudiar. Fué allí encomendado á un fraile para que lo educara en los principios de la *santa religión cristiana*, el cual lo hizo ingresar en calidad de pupilo en un colegio religioso y allí permaneció hasta cumplir los veinte años.

Nunca volvió á ver á ninguno de sus padres.

Un buen día se le anunció que al morir el patrón de la estancia, le había legado toda su inmensa fortuna.

El apoderado que había sido de su padre, aprovechándose de la inocencia del colegial, le puso por delante una hija suya, que había tenido varias faltas de las que no se perdonan.

Al poco tiempo le casaron y como á los pocos años no tuviera decendencia, siguiendo los consejos paternos del óptimo fraile, su ex-maestro de la niñez y consejero privado de la señora, resolvió el buen Mauricio, sacar de la inclusa á dos pobrecitos huérfanos,

Como Mauricio era bastante observador, le admiró el parecido extraordinario que con la madrastra tenían los dos chicos; pero conformóse con sorprenderse de la extraña coincidencia y nada más.

Bien es verdad que el excelente fraile había hecho muy bien las cosas.

Poco tiempo después la buena esposa reanudó relaciones con uno de sus antiguos amantes; cierto procurador no muy limpio de procederes, el cual la convenció de que era menester enviar á Europa al marido, que padecía del hígado y le hacían falta las aguas de Vichi.

Y allá fuese el buen Mauricio, no sin antes haber dejado poder general para hacer y deshacer acerca de sus bienes, como mejor se le antojara, á su buen amigo el procurador, obedeciendo en esto á los consejos del desinteresado fraile de marras.

Cuando volvió de su viaje. Su esposa había muerto, los chicos vueltos á la inclusa y su inmensa fortuna perdida totalmente. Pudo pleitear, pudo probar la infamia de la usurpación de bienes cometida, pero el alma de esclavo que bullía dentro de su cuerpo le hizo aceptar con un fatalismo oriental, los hechos pasados.

Como había realizado los estudios preliminares de farmacéutico, el procurador obedeciendo á un súbito escrúpulo de conciencia, quizá para acallar un poco las murmuraciones, le compró la mejor botica de la ciudad y se la regaló desinteresadamente.

Mauricio que había caído ya en la indigencia, aceptó el obsequio con lágrimas en los ojos y con un agradecimiento eterno en su corazón.

El buen fraile le convenció de la bondad de alma de su amigo el procurador, y Mauricio una vez dueño de la botica realizó uno de sus sueños mas anhelados: sacar de la inclusa á los dos pobrecitos huérfanos, en honor á la memoria de su santa esposa;

Y se dedicó con afectos de avestruz macho, á cría de sus dos hijos postizos, que tanto le recordaban los rasgos fisionómicos de la muy amada. Hasta el día de su muerte, el estigma de la esclavitud, le perseguiría sin él saberlo!

En menos de dos años la botica quebró. Fué víctima de todos los que quisieron abusar de su buena fé. Nunca cobró una deuda, ni quiso demandar á nadie y regaló los remedios á los pobres.

Una casa de la capital con quien había tenido relaciones comerciales, condolidada de la situación que el mismo se había creado con su inaudita bondad de sentimientos, le encomendó la venta de botiquines portátiles en las estancias lejanas de toda oblación.

Muy pronto se hizo conocer en toda la región de sus correrías é inesperadamente adquirió fama de *dotor*, que curaba todas las enfermedades. Tanto peón había enfermo en las estancias donde pernóctaba, sabedor de su llegada acudía á solicitar sus servicios *profesionales*.

Con todo desparpajo administraba cocimientos y sanas, preparaba hungüentos, sacaba muelas encadenadas, operaba flemones y granos malos, y todo gratuitamente.

Pero en el campo el agradecimiento es virtud que no ha desaparecido y todos quienes más, quienes menos, recompensaban con algún óbolo voluntario la curación recibida.

Bueno, servicial, alegre, generoso, se hizo querer en todo el pago.

Varios estancieros le señalaron una habitación permanente en sus casas, para que en ella habitara diera consultas.

Como doña Mariana padeciera de un *mal* que ningún médico de la ciudad había logrado curar, se llamó Mauricio para que viniera en consulta con una *mano santa* de los alrededores, doña Bárbara Curtiño, lavandera de la estancia,

El diagnóstico que hizo el *dotor* Mauricio, después de largas meditaciones, fué que la señora padecía de una *dislocación* del diafragma, en contra de la *mano santa* que sostenía, que á doña Mariana, la *madre* se le subía y se le bajaba, que con unas cuantas gotas de *saliva de ciervo* una cruz hecha con canillas de *bacaray*, pues sobre el estómago la curación era inmediata.

Como los baños tibios y las pócimas imposibles de Mauricio lograron aliviarla del *mal* á la buena señora, aquél quedó de hecho médico oficial de la familia de Mornins, para los casos que no fuera de excesiva gravedad.

La franqueza con que le recibían todos los miembros de la familia, y las bromas que comenzaron á darle acerca de una pasión que decían, habiéndose originado en Lauracha, le volvieron el poco seso que el pobre guardaba en su cabeza.

Lauracha, por divertirse ella misma y por divertir á sus hermanos, hizo la comedia de estar enamorada de él; pero llegó un momento en que se dio cuenta que había avanzado demasiado. Se declaró á Mauricio una *dislocación* en el corazón tan grave, que no tendría curación para el resto de sus días, aunque su colega la *mano santa*, le recetara una docena de frascos de saliva de ciervo.

Entrole tal enamoramiento que desde entonces su vida cambió radicalmente.

Toda su preocupación, todo su pensamiento se concentró en Lauracha.

Esta molestóse al principio de sus oficiosidades pero al notar el efecto desastroso que le causaba sus desdenes á Mauricio, optó por dejarse adorar aunque manteniéndole á distancia.

Como era golosa de suyo, aceptaba con placer los obsequios que aquél le traía rumbosamente. Todo lo que ganaba en sus curanderías lo invertía en pasteles, bombones, conservas, etc., no ocurriéndole nunca adquirir un sombrero ó un traje para reemplazar el raído y sucio que usaba,

Creí que iba á tratarme casi con dureza ó des-
o, pero al contrario se mostró amable, servicial
hasta tuvo inusitadas galanterías para conmigo.
En sus grandes ojos saltones y lacrimosos, en
voz sonora y tosca se transparentaba su buena
ma, predestinada de antemano á todos los sacri-
ficios imaginables.

Le tomé afecto enseguida, y á no ser por sus
tágeradas atenciones con Lauracha á la cual no
ejaba un solo instante á solas, le hubiera discul-
do su inmenso amor.

Tenía un vicio capital y al cual se había entre-
ado con verdadero frenesí; bebía desesperadamente
para olvidar sus pesares según contaba; pero lo
cía con toda discreción antes de acostarse, nunca
arante el día, para que no le viera Lauracha.

Sus actitudes ante ésta, tenían la sublimidad de
oda pasión espiritual y al mismo tiempo la ridi-
leza más cómica que imaginarse pueda.

Permanecía silencioso mirándola horas enteras,
on los ojos que parecían querer saltársele fuera
e las órbitas y clavarse en los de su adorado
rmento, y cualquier ocurrencia de éste le sacudía
legremente de los piés á la cabeza. En cualquier
discusión que á propósito entablaban Federico y
auracha, teniendo de antemano la razón el pri-
tero, acudían al fallo de Mauricio.

—¿No es verdad, Mauricio, que tengo razón?—
reguntábale ella amenazante.

—¡Claro que sí! Pues!—contestaba imperturba-
lemente el aludido.

—¡Andá mancarrón bichocol!—le decía Federico
ándole una palmada en la nuca—A vos te van á
omer los tábanos y ni vas á *cociar!*...

Algunas veces Lauracha abusaba del predominio
ue ejercía sobre él y le daba órdenes para alejarle
e su lado:

—Váyase Mauricio al campito y tráigame cin-
uenta macachines, ¿bien gordos, eh?

—Bueno, Laurachita—decía orgulloso de poder
umplir un pedido de ella.

Y allá se estaba toda la tarde, acostado en el suelo desenterrando con un cuchillo los dulces rizomas, al rayo del sol.

Y cuando volvía contento á entregarle la cantidad encargada, Lauracha se iba donde las gallinas y les arrojaba todos los macachines uno á uno.

Quedábase él mirándola como un perro castigado, á punto de llorar, y Lauracha, que parecía maestra de inquisidores, le echaba de su lado, diciéndole con estudiada ironía:

—¡Bueno, ahora no me fastidies! ¿Acaso preterderás que te dé un beso por el servicio? ¿No? ¡Pero no me mires con esos ojos de carnero ahogado! ¡Andate, salí de mi lado!

No tenía rabo, pero á haberle dotado naturaleza de ese apéndice, Mauricio se hubiera retirado con él entre las piernas.

Después de estas escenas, cuando se hallaba solo en medio del campo ó en su pieza, gruesas lágrimas brotaban de sus ojos y así permanecía horas y horas llorando silenciosamente.

Mas, si Lauracha estaba con la buena, como é supiera que los chistes *pintones* la gustaban con deleite, se transformaba en el más gracioso de los narradores y mientras refería una ocurrencia, relataba á todo lo que daba, enronqueciendo la voz, la boca convertida en una regadera de salivitas y los ojos saltones inyectados, nadando en un lago de agua salada.

El sistema glandular de aquel hombre era de una generosidad de manantial.

Al ver la manera como le trataba Lauracha, se me ocurría pensar, en la confianza que cierta vez hiciera Mauricio en completo estado de ebriedad en una de las postas en que pernoctaba la diligencia y que me la refiriera á medias aquel maldito mayoral, que con sus cuentos, habíame envenenado la sangre y el espíritu.

Y al observarlos á los dos, á ella tan gentil y á él tan horrible, pensé que sólo en un sepulcro po-

drían conjuntarse sus dos cuerpos, como narra Víctor Hugo que aconteció al contrahecho Cuasimodo con la bellísima Esmeralda.

La llegada de Mauricio convulsionó la estancia.

El hombre tenía verdadera avidez de hablar, de contar tonterías, episodios vulgarísimos, siempre atento al paso de Lauracha, buscándola los ojos con su pegajosa mirada, para conocerla el estado de ánimo, favorable ó no á sus atenciones.

Los primeros días no me molesté grandemente, pero cuando me di cuenta de que me impedía en absoluto entrevistarme con Lauracha, y que las jugadas de lotería donde las respectivas manos tantas cosas se decían, se tornaron insípidas y tontas especialmente para nosotros dos, al permanecer bajo la avizora vigilancia del incansable y atormentador enamorado, tuve impulsos de abandonarle el terreno ó hacerle despedir de la estancia.

Comprendió mis impresiones Lauracha y como verdadera coqueta, se divirtió en amargar aun más mi situación, mostrándose más amable que nunca con Mauricio, y permitiéndole ciertas familiaridades que el otro interpretaba completamente á su favor, y que elevaban su pasión á la temperatura del rojo blanco. Doña Mariana, cuando estas cosas sucedían, me miraba, como queriéndome decir que no tomara á lo sério los caprichos de su hija.

La viejecita, á la cual solía acompañar muchas tardes á dar de comer á sus gallinas y polluelos, me había tomado un afecto maternal. Se interesó por mi situación respecto de Lauracha, y siempre preguntábame si estábamos enojados o no.

— ¡Es muy caprichosa! Ha tenido novios á granel y á todos los ha despachado cuando menos se lo imaginaban, porque sí. Pero créame Vd., Carlitos; con Vd. va á ser otra cosa. Está entusiasmada como nunca. Dice que Vd. es el único hombre que le ha hablado con franqueza y que la ha tratado con dureza cuando la ha pillado en alguna falta.

—Señora, debo pedirle mil perdones.

—No. Hace bien; Lauracha es demasiado mimosa y le hace falta una mano de hierro que la domine. Es una chiquilina. No lo va á creer, Carlitos: yo le estoy agradecidísima ¿á que no sabe por qué?

--No podría adivinar...

—Porque desde que Vd. está en la estancia, Lauracha es más respetuosa con los pobres viejos, come con más apetito, se ha vuelto más diligente y Vd. lo nota, da gusto verla tan alegre y retozona.

—Tiene un carácter muy variable y quizá no le dure mucho tiempo.

—Veo con terror el día en que Vd. nos deje. Ah! va á cambiar del todo. Se va á poner inaguantable.

—Acaso ya otra vez?...

—No... no! Como con Vd. nunca se ha manifestado con nadie.

—Señora ¿y dónde deja Vd. á Mauricio?—la interrumpí bromeando.

—Calle Vd. ¡Pobre desgraciado!...

—Desgraciado y todo...

—Molesta?—y me miró de frente.—Claro, es tan cargoso! Bueno, ya tomaremos medidas para que no incomode.

—No he querido decir eso, señoral

—No, no! yo sé lo que digo. Esté tranquilo, Carlitos. Es peor que mosquito, pica y se queda! y hay que espantarlo...

Coincidió con la partida de Alberto para la ciudad por asuntos de la estancia, la llegada de una cantidad de dinero para Mauricio que le había tocado en la lotería... Fuése en su *charrette* á la pulpería y la dejó vacía de un golpe. Se trajo todo lo que encontró adquirible, en *secos* y *mojados*, como dicen los brasileños á los comestibles y bebidas. Un gran banquete se organizó debajo del parral en el cual tomaron parte todos los miembros de la familia.

Durante la comida Lauracha tuvo amables son-

sas para el obsequiante, y éste, excitado por las numerosas libaciones, tan pronto hablaba por los oídos, como se reía exageradamente ó guardaba silencio, soñando despierto.

Al final ofreció el banquete á Lauracha. Se puso en pié vacilante y empezó con voz destemplada: —Señores y señoras. Yo, humilde adorador de una quimera, yo el más triste y desgraciado de los humanos, yo vil gusano enamorado como Ruy Blas, de una estrella, ofrezco este banquete á...

Se cortó de pronto, nubláronse sus ojos, quiso contener un sollozo sin conseguirlo y se lanzó á orar como un chicuelo castigado.

Todos quedamos sorprendidos del final inesperado de la comida.

—Se agrió la fiesta! Habrase visto zanguango más grandel!—dijo indignado don Ricardo—Llorarlo no he llorao ni cuando me sacaron la *chiba* y dejé de mamar.

Mauricio fuése sollozando desconsolado á la sala.

Federico, condolido, le dijo á Lauracha:

—Andá vos! Consolalo, pobrel!

—No faltaba más!—objetó doña Mariana.

Y don Ricardo:

—Que lo metan en el baño de las ovejas á ver si se deja de jorobar...

Lauracha, que se había levantado, permaneció indecisa mirándome.

—Vaya Vd., Lauracha!—le dije sin titubear.

Fuése ella arrojando sobre mí una mirada de agradecimiento.

Una vez donde estaba Mauricio, oímos que Lauracha le decía con voz conmovida:

—Si supieras como me afliges con estas escenas! Si todos te queremos aquí en casa!

Y él hipando, casi calmado, como niño que promete enmendarse:

—No lo haré más, no lo haré más si te disgusta; pero perdóname, perdóname!

—Sí te perdono. Cálmate! Vamos, sé hombre!

—Escúchame, Lauracha. Tú sabes que yo no conocí casi á mi madre ni á mi padre. Nunca he llegado á mi corazón una palabra de amor ni de consuelo. Tuve una mujer y no fué mía más que para engañarme; tuve amigos y me robaron; me entregué de lleno con fé á la religión y uno de sus ministros fué mi Judas. Solo en el mundo, solo con mi desesperación, te he encontrado á tí, á tí que eres mi única esperanza y ahora sé que me quieren robar los únicos ojos que me han mirado con lástima, los únicos labios que me han dicho palabras de consuelo y que han traído la tranquilidad á mi espíritu ¿Es verdad que no serás de nadie? ¿De nadie!

—Pero...

—No, si no quiero suponer que llegues á ser mía pero al menos que nadie pueda vanagloriarse de haberle quitado el único amor de su vida a pobre Mauricio...

—Te lo prometo ¿Estás contento ahora?

—Bueno, fío en tu promesa, pero sábelo de una vez, si acaso llegas á faltar á ella... pobre de mí!... Pero júralo por tu madre, júralo!

—No, no hay necesidad, te basta mi palabra.

Y así siguieron largo rato, hasta que Mauricio ya calmado, fuese á su pieza y de alegría se sorbió de golpe un medio frasco de ginebra.

—Federico, antes de retirarse, me dijo:

—No vaya á faltar, Carlitos; ya sabe que el baile es en el galpón de los peones.

Lauracha salió pensativa de la sala y no me dirigió la palabra, aunque á intervalos clavaba en mí su extraña mirada.

Yo aparenté indiferencia hacia ella, conociendo perfectamente que era la actitud que más la chocaba.

No tardó en buscar pretexto para hablarme, una vez que quedamos solos debajo del parral, á la pálida luz de un farol.

—¡Pobre Mauricio! ¿Qué le parece á Vd.?

—Por favor, Lauracha. Le ruego cambiemos de tema porque ese me es terriblemente cargante!

Lo dije con tanto fastidio que se quedó mirándome un largo rato.

—¿Pero Vd. no consintió acaso en?...

—Sí, se lo dije de todo corazón; pero Vd. se excedió en la limosna. Vd. es una mujer realmente excéntrica, ó muy avara de sus sentimientos ó generosa hasta lo inverosímil.

Y ella, en una actitud magestuosa, casi airada, mientras se apartaba de mi lado lentamente:

—Sí, señor celoso! Yo soy así, ó todo ó nada!

Oí que daba un portazo á la de su cuarto y que gritaba con voz ronca:

—Anita, ven á desvestirme! Pronto, caramba!

Y cuando estuvo la aludida junto á ella, continuaron los gritos y los denuestos; hasta que Anita salió llorando á lágrima viva y se fué á sentar á obscuras en el comedor diciendo desconsolada:

—Pegarme á mí, á mí que la quiero tanto!

Al rato salió Lauracha, fuése donde estaba la condolida criada y se arrodilló delante de ella:

—Perdóname, Anita, no lo haré nunca más. Nunca ¿lo oyes? No te he lastimado, verdad? No llores más!... Ya ves, yo también lloro, ves, te beso las manos. Perdóname, yo sé que soy mala, muy mala, pero también sé que algunas veces soy buena, muy buena! Ay, Anita! Qué desgraciada soy!—Y la estrujó y la comió á besos y se echó á llorar inmensamente.

Me alejé con el alma dolorida, reflexionando que era un fatal yerro de la naturaleza el haber dotado á Lauracha de un caracter tan lleno de contradicciones.

Insensible, fría, cruel, varonil, muchas veces; otras, ardorosa, encantadora, abnegada, femenina al exceso; y otras afeada físicamente, pálida, horrible, como si de pronto la muerte circulara por sus arterias.

Madre natura había resumido en ella todos los encantos y defectos de muchas mujeres de temperamentos distintos á la vez.

Cuando llegué al galpón de los peones donde se había organizado el baile á los sones de una acordeón y dos guitarras, varias chinas y mulatas de los *puestos* vecinos y paisanos de toda laya, habían acudido á la invitación hecha por los *chasques* enviados por Federico.

El anfitrión era Mauricio, el cual, casi echado sobre un viejo sillón, con una botella de *schnap* al alcance de la mano, permanecía soñador, indiferente á todo lo que sucedía á su alrededor.

Lauracha se reflejaba en sus ojos saltones, en su corazón, en su cuerpo todo! Y llevado de mi natural analizador, me hice la reflexión que jamás yo llegaría á amar tan idealmente á la divina y diabólica estanciera.

Los peones é invitados que no tenían compañeras bailaban entre sí y Federico y Julián con las dos más acicaladas *chinas* de la reunión, que se mostraban orgullosas de la preferencia, no perdían pieza.

Las parejas guardaban enigmático silencio y todos bailaban á conciencia, seriamente, como quien cumple una sagrada misión. Los paisanos, muchos de bombachas y alpargatas, otros de chiripá y botas de potro, todos con el chambergo puesto y algunos mordiendo el barbijo, danzaban oprimiendo con fuerza á sus enardecidas compañeras.

El vals vertiginoso constituye motivo de comprobaciones de resistencia animal, entre los aficionados, y el que permanece más tiempo dando vueltas sin inmutarse, es objeto de envidias y admiraciones veladas por parte de todos los circunstantes.

Le sigue la polca en importancia, pero el que se lleva la palma es el *tango* criollo.

Cada intervalo un chicuelo viene con un baldillo lleno de agua y riega el piso de tierra para evitar que se levante polvo.

La alegría no existe, podría afirmarse, durante se baila.

Pero una vez terminada la pieza, comienzan los dicharachos y las bromas groseras que originan generalmente algún hecho de sangre.

La autoridad que sabía imponer Federico y su valor á toda prueba, eran suficientes para que el orden no se alterara.

Federico tenía mala bebida y, según decían, en estado de embriaguez, era capaz de quemar el rancho con todos adentro, *por darse un gustito*.

La animación seguía en aumento, las bebidas habían caldeado las cabezas y el baile tornábase infernal.

Las *chinas*, sudorosas, excitadas por las brutales presiones, bajaban los encendidos ojos mientras se les coloreaba de rojo las mejillas.

En frente del galpón se había puesto unas mesas y se despachaba cerveza, ginebra y caña de la Habana, la bebida predilecta.

Cuando las excitaciones del baile llegaban al último grado, las parejas se escurrían solapadamente hacia el vecino monte á tomar el fresco.

Federico, ébrio ya, decía tonterías á vos en cuello, mientras bailaba cómicamente con la gordísima y petiza mulata, cocinera de la estancia.

—A ver, sotretas, si bailan, canejol! Chupen y se maman totitos...

Uno de los peones, por alhagar al amo, hizo una proposición:

—Que baile *el gato* el patrón!

—No, canejol—contestó éste—Lo va á bailar la china por mí.

—Eso es, que lo baile...

—Y va á ser encima de una mesa.

—Pero no, patroncito!—dijo con tono plañidero la cocinera.

—¡Qué no ni qué sí! Vd. va hacer lo que le ordene. ¡Ha oído? ¡Vaya con la niña! Traigan la mesa, muchachos. Eso es. Ahora súbase la *china*.

—Pero patroncito—clamó la aludida—no sea malo, patroncito, me voy á caer!

—Y bueno, nos reiremos. Pronto, pronto, súbase! Y quieras que no, la subió con ayuda de un peón.

—Pero si no sé, don Federico.

—Bueno, bueno, ya sé lo que te hace falta—y cojiendo el grueso arriador que colgaba de su cintura, le atizó un fuerte golpe.

—A ver musiqueros, toquen un *gato*.

—Pero si no sé... sino sé!—decía llorando la pobre mulata, que sobre la mesa, con su enorme volúmen y cara de niña ingénuo, causaba lástima é hilaridad al mismo tiempo.

—Balle, carachol!—y le dió otros golpes con su grueso arriador—Mueva esa osamental!

Y la infeliz, aterrada, comenzó á dar saltitos tan cómicos que todos los concurrentes comenzaron á *morirse de risa*.

—Siga, siga no más, no se pare!—decía riéndose Federico, reboleando la gruesa trenza por encima de su cabeza y azotándola al compás de la música, y la pobre continuaba dando saltos epilépticos con los ojos secos de lágrimas, con el miedo reflejado en el rostro y la mandíbula inferior en un rictus mortal.

—Bueno, ahora descanse...

La cocinera detúyose en la actitud de una pata que sale de un baño.

Las risas se hicieron estentóreas.

Alguien apagó la luz y mientras yo huía de aquel antro, casi espantado, oí los gritos lastimeros de la *china* y la voz de Federico que gritaba:

—Cuidau muchachos, no derramen la paba del chicolatel! Pa todos alcanza!

Tropecé en la obscuridad con dos mujeres arrebuajadas que estaban cerca de la ventana, y por el grito que dieron las reconocí.

Eran Lauracha y Anita.

Disimulé la voz tambaleándome como ebrio, aver-

onzado por ellas y pasé de largo. No me reconocieron.

Enfilé por una de las avenidas de eucaliptos, distinguiendo perfectamente en la oscuridad reinante la faja más clara del cielo, y me paseé largo rato con el cerebro excitado, reprochándome la cobardía que había tenido de no haber evitado aquel lance repugnante y odioso.

Todo un mundo de ideas se revolvía en mi cabeza y muy á pesar mío exclamaba casi en alta voz:

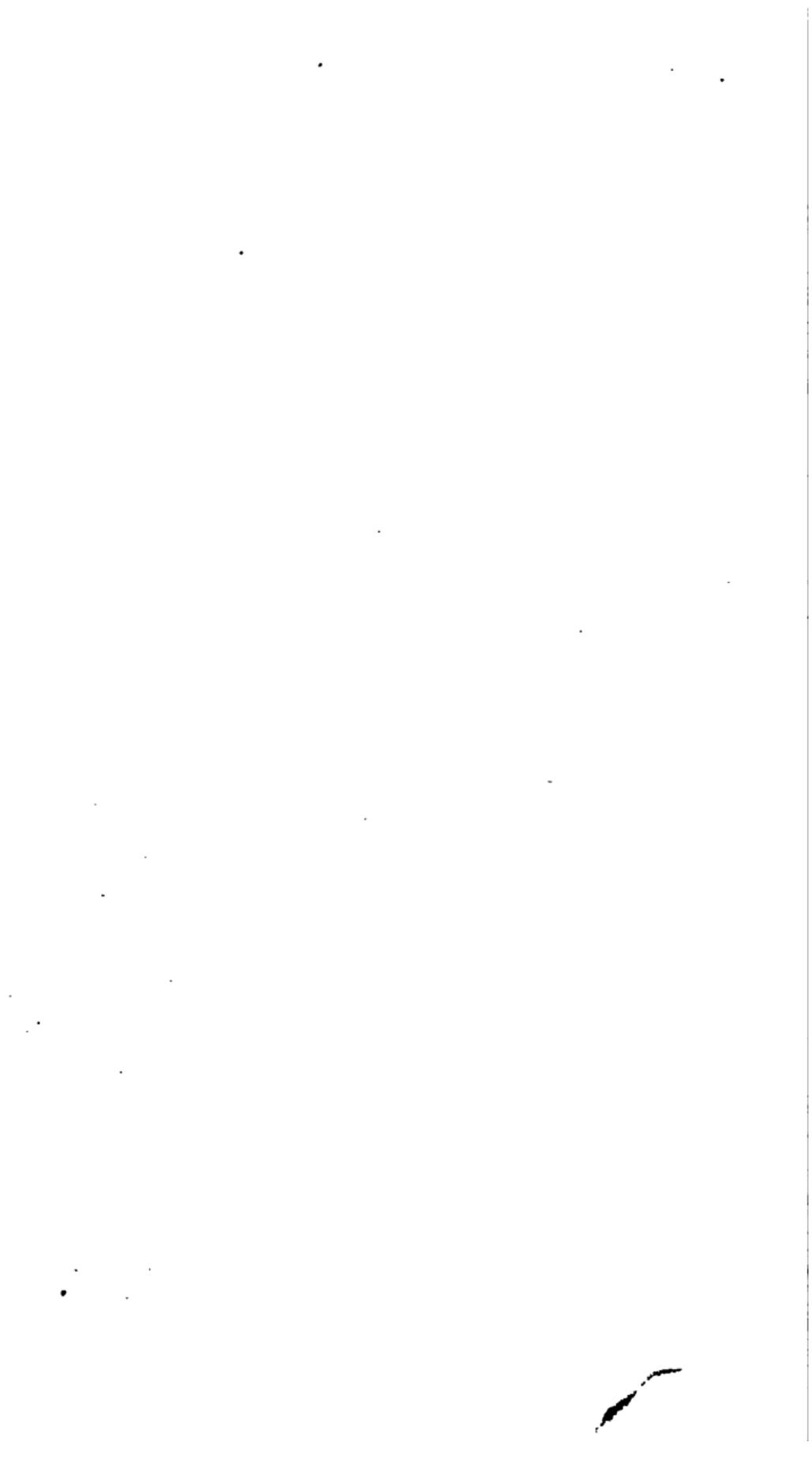
—Y Lauracha ha visto eso!... ¡Qué indigna! ¡Qué indigna!

Cuando volví á mi cuarto noté una sombra junto al farol. Reconocí á la gorda cocinera. Me le aproximé en puntillas de pié, y cuando estuve junto á ella, sorprendióse al reconocerme, y me dijo con el rostro iluminado por una infantil sonrisa, mientras contenía á duras penas los restos de unos sollozos que pugnaban por salir:

—Vea, niño, el patroncito me ha dado todo este montón de plata! ¡Es más güeno!

Y se reía con los ojos llenos de lágrimas.







Lauracha de suyo muy dada á originalidades, tuvo la idea de que hiciéramos una excursión en la carretilla de traer leña del monte, á lo de Doña Bárbara, la lavandera de la estancia y *mano santa* del pago, que habitaba á una legua de las casas, en medio de un pintoresco paisaje junto al arroyo.

Mauricio había salido de madrugada, á *asistir* á un enfermo grave y no volvería hasta la noche.

La carretilla era de dos grandes ruedas, sin elásticos y con una rústica y gruesa lanza, la cual se prendía á la sidera del *recado* de un caballo que montaba un peón.

Para Lauracha y Anita se habían colocado dos sillitas de paja atadas á los varaes con *tientos* para que no se escurrieran con el traqueteo; la gorda cocinera se sentaría adelante y yó en la zaga, con los piés colgando hacia fuera.

El espacio era estrecho para tanta gente y necesariamente tuve que optar por recostarme en uno de los dos magníficos almohadones que se me ofrecían.

Con aparente inocencia y despreocupación me apoyé en Anita.

Lauracha estaba en trén de romanticismo y había adoptado una actitud displicente y como preocupada por amargos pensamientos.

A poco andar notó la conjunción obligada, y como sorprendiera una atrevida mirada que eché sobre la criada, y un suspiro de viento norte que brotara de mis lábios, hizo detener la carretilla.

—Vea Carlitos Vd. vá molesto ahí. Cambie el asiento con Anita.

—Pero si voy muy bien, le aseguro.

—Nó. No sea porfiado. Anita, dale la silla a Carlitos.

Con harto dolor hice lo que ordenaba. Pero en mi fuero interno resolví hacerle pagar bien cara á Lauracha su resolución vengativa.

A pesar de la incomodidad que nos producía el grosero vehiculo, como fuéramos cortando campo, y anduviéramos sobre el verde pasto, el movimiento tenía cierto encanto, que solo sabría definirlo el que haya viajado de tan insólita manera.

Con todo atrevimiento en cuanto la ocasión se presentaba, y como no queriéndolo, yo avanzaba el pié en busca de los de la esquivá Lauracha.

Pero ella puesta en el brete de ceder ó resistir, hizo esto último con suprema dignidad, mirándome airada, dando media vuelta y sentándose de costado. Con esto mis atrevidas tentativas cesaron, y de rabia le encajé un rodillazo á la cocinera, la cual sorprendida agradablemente, me miró enternecida de reojo, como diciéndome: «no se haga Vd. violencias! Prosiga». ¡Dios me libre!

Sobre un poste del alambrado, un águila pozó el vuelo. Quise demostrar mi destreza en el tiro. Tomando la carabina me lancé de la carretilla. Apunté con tranquilidad y antes de que yo hiciera fuego sonó un disparo.

El águila cayó fulminada. Me dí vuelta sorprendido y alcancé á ver que Lauracha sonriente, guardaba un niquelado revolver en su cartera de mano.

—La felicito á Vd. por la lección.

—¡Es que Vd. Carlitos es muy *despaciioso* para todo!—Y lanzó una sonora y burlona carcajada.—¡Cuanta profunda intención había en aquellas palabras!

Subí á la carretilla violentado porque el peón sacudía la cabeza alegremente, haciendo como que contenía á duras penas una risa retozona.

Ella notando el mal afecto que me había causado, sentose de pronto, dándome el frente.

Como por encanto volví á mi natural jovialidad primera y para que no volviera á decirme que era despacioso le oprimí las rodillas con las mías; pero antes de que pudiera analizar el efecto de mi atrevimiento, el carromato se detuvo, y todos descendimos frente al rancho de Doña Bárbara de Curtiño, ilustre lavandera oficial de la familia de Mornins.

Ladraron unos terribles perros y salió á recibirnos una rubia de formas esbeltas y delicadas, de rostro coloreado, que aparentaba veinte años, y cuyos rasgos fisionómicos los hallé parecidísimos á los de Lauracha desde el primer instante.

—¡Fuera perros! ¡Qué canallas! ¡Hola! ¿Vd. por aquí Laurachita? ¿qué milagro es ese? ¿Y este joven? ¿Y su mamá?—Todo lo dijo de corrido casi sin tomar aliento.

Ambas se besaron como dos buenas amigas.

—¿Cómo te vá Remedios? ¿Que bien estás?—y la oprimió contra sí y la besó en los rojos cachetes con la exageración natural de ella en los actos afectuosos. Luego me la presentó.

—¿Y Doña Bárbara?

—Está en el río lavando; pero ahurita no más vá á venir.—Y gritó con voz de clarinete: ¡mama Bárbaral ¡mama Bárbaral ¡Está la patroncital

—Ya voi,—contestó desde el río una voz hombruna y ronca, que me hizo pensar que Santa Bárbara era efectivamente la patrona de los truenos.

—Siéntese.

—No gracias, vamos al arroyo.

Cuando á Lauracha se le ocurría una cosa era inútil protestar, y así es que todos nos fuimos al arroyo.

Antes de llegar á las rocas que servían de lavadero, se adelantó á nosotros una mujer corpulenta, de alta estatura, rostro simpático y boca enérgica sombreada por unos bigotes de regulares dimensiones.

—Vaya al fin se acuerda de los pobres. ¿Y Doña Mariana y el viejo?

—Estan buenos.

—El viejo ya va chocheando; ya pasaron aquellos tiempos en que venía todo *alarife á desensillar* á mi rancho! ¡Eh Lauracha!—y lanzó una risotada que hizo estremecer las hojas de los árboles vecinos.

Lauracha también se rió picarescamente y como queriendo contenerse, lo que me hizo suponer que aquel *desensillar* tenía una acepción poco decente.

Y la vieja prosiguió mirándome con fijeza como si yo no la oyera:

—Este mocito es el... *nuevo* pretendiente ¿No? Vamos á ver si sabe calentar el horno y no le suceda lo que á los otros que dejaron enfriar las brazas á lo mejor. ¿Eh Lauracha?—Y dirigiéndose á mí: vea mocito no desatienda el fuego si quiere comer pasteles calientes.

Lauracha me estudiaba esperando una contestación.

—Haciendo como Vd. dice, se pueden quemar los pasteles, Doña Bárbara;—contesté.

—Déjelos que se quemen mocito, pior es acarrear leña pa que otros hagan fuego.

—Tiene razón la viejita—dijo Lauracha con intención.

Llegamos al río. Sobre los chafiars y talas espinosas estaba tendida la ropa recién lavada.

En una cuerda danzaban comicamente movidas por el viento, varias prendas de ropa interior. Me aproximé aparentando buscar una piedra. Una camisa rosada llena de puntillas con las iniciales L. M., hacia coqueterías á otra prenda masculina que reconocí al punto.

Fuese coincidencia ó aviso del cielo desprendióse la cuerda y las dos prendas rodaron entremescladas largo rato sobre el verde pasto.

¡Cuántas ideas diabólicas germinaron en mi cabeza!

¡La miré á Lauracha y la ví rosada como la amisa!

—Yo voy á aprontarles el mate—dijo Doña árbara y fuese, dejándonos solos. Anita y Remedios se dieron el brazo y continuaron hablando e sus mutuas cuitas amorosas.

Lauracha y yo continuamos paseando por entre l bosque.

—¿Quien es esta doña Bárbara?

—¡Ah! Una buena mujer, de historia muy larga. Cuando era jóven fué la compañera del célebre Coronel Curtiño. Dicen que le acompañaba á caballo en todas las peleas y que era una lanceada terrible. Después cuando murió el marido, vino á conchabarse de peona á la estancia. Al poco tiempo, tatita le hizo hacer este rancho y la mandó para acá. Es una vieja muy diabla, y tiene una *mano* para curar.—Y acabó el relato quedándose suspensa como quien no lo dice todo.

Según me informé después, llegué á saber que Doña Bárbara había sido una especie de *baño de lágrimas* de todos los Mornins masculinos de los alrededores.

Había tenido como veinte hijos entre hembras y varones. Algunas fueron reconocidos por sus padres y estaban en buena posición pecuniaria, pero los que no tuvieron esa suerte se hallaban colocados de peones en las estancias vecinas.

De pronto me llamó la atención los ladridos furiosos de toda la perrada.

Me adelanté con Lauracha y vimos que un *carpincho* que dormía placidamente bajo un tupido sarandí había sido rodeado por los perros.

Como hubiéranle cortado la retirada por el lado del agua, el mísero, estaba en una actitud indecisa.

Apenas los perros nos vieron, se detuvieron en el ataque. El aspecto del carpincho me dió lástima. Se reconocía á primera vista que era un novato poco avezado á estos amargos trances. La mirada

nerviosa se paseaba buscando una cueva donde meterse, un punto que no estuviera guardado para escabullirse, pero todo era inútil. Los perros *vaqueanos* en estas cacerías, habían tomado buenas posiciones estratégicas.

Conmovido por aquel espectáculo cogí un grueso palo y mientras lo reboleaba, grité:

—¡Fuera perros, fuera bandidos!

Los perros se apartaron un poco, sin desatender á la víctima, mirándome con extrañeza, estupefactos de que hubiera un ser humano, capaz de atentar al legítimo derecho que tenían sobre todos los seres menores de la selva y los campos.

En la memoria de perro alguno, existía un hecho tan extraordinario y atentatorio!

—¿Y lo vá á dejar escapar? ¿No faltaba más? ¡*Chúmbale, chúmbale!* ¡pichichos!—Me interrumpió acremente Lauracha, cogiéndome el brazo con violencia.

—¿Pero Vd. consentirá en que destrocen á ese inocente animal?—la pregunté atemorizado por su enérgica actitud.

Ella no me oía. Había avanzado por entre las breñas, recogíendose el vestido varonilmente y exaltada azuzó á los perros.

Estos se lanzaron sobre el carpincho y le destrozaron con sus dientes en un santiamén.

—¡*Chúmbale, chúmbale!* ¡Así, así! ¡Mátenlo!— ¡Muerdan! ¡Muerdan!—y dejó de gritar enronquecida, fuera de sí, horrible de ferocidad.

La miré aterrado como siempre que la acontecían aquellos ataques, y observé que se había puesto repentinamente pálida, que se hallaba presa de un súbito mareo, y creí que iba á repetirle el desmayo del día de la loca carrera, pero reaccionando de pronto, pasó su fina mano por los ojos y dijo con voz debilitada, infantil:

—¡Ah! ya pasó la nube de sangre.

Continuamos largo rato en silencio y notando ella el disgusto con que la acompañaba me observó bromeando:

—¡Vaya, vaya! ¡Tanto enojo por un carpincho!

—¡Tiene tanto derecho á la vida como Vd.!

—¡Cualquiera diría que es Vd. el más inocente de los cazadores.

—Pero no mato con crueldad y menos me agrada ver sufrir...

—Yo también me afectaba por nada hace muchos años, cuando recién vine á la estancia del colegio de hermanas donde me educaron; pero ahora en el campo, viviendo en medio de las luchas brutales mas variadas, me he insensibilizado poco á poco, y me pasa actualmente lo que le sucederá á Vd. si se queda mucho tiempo entre nosotros: le ván á parecer naturales las cosas más extraordinarias. ¡Dejar libre á un carpincho, á un lagarto, á una nutria, etc., sin herirlos ó matarlos eso no lo verá nunca en el campo! Luego...

—Luego, luego...—repetí conociendo por el tono de voz que volvía á irritarse.

—¡Luego yo, soy así! Y el que *me quiera* se tendrá que conformar. ¡Nada más!

—Perfectamente. Se tomará en cuenta,—dije también irritado.

Ella queriendo atenuar el mal efecto producido por sus palabras.

—Yo no sé disimular nada, soy la franqueza en persona; pero me hiere el que no me comprendan. Si soy buena, si soy mala, siempre es obedeciendo á una fuerza superior á mi voluntad; soy como el mar, en la superficie tempestad en lo hondo tranquilidad y silencio ó viceversa.

Llegamos á la puerta del rancho donde doña Bárbara había dispuesto varias sillas en semicírculo. Me senté á tomar el mate obligado, mientras que Lauracha y las muchachas se iban adentro. Por iniciar conversación la pregunté á la hombruna vieja.

—¿Cuántos hijos tiene Doña Bárbara?

—¡Tuve diez y nueve!

Y como viera la admiración retratada en mi rostro, agregó riéndose:

—¡Diez y nueve como Vd. lo oyel! Una verdadera coneja nó? En mi tierra las únicas que no paren son las mulas.

—Según tengo entendido después que murió su esposo se volvió á casar?

—Sí, me he vuelto á casar tantas veces que ya no me acuerdo,—y se golpeó con su ancha mano la pierna, riéndose socarronamente.

—¿Y todos sus hijos viven?

—Algunos. Unos ya han estirao las patas, otros andan por ahí, rodando hasta que la casualidad les haga encontrar el padre...

—¿Cómo el padre?

—Claro pués. ¡Vaya á saber! ¿Vd. créee que cuando hay en una tropa de toros una sola vaca va á saber ésta á cual de ellos le toca la *cría*. Y después vea mocito, no se admire de nada y atienda aquel cuento de un pobre milico que salía borracho de una pulpería y le robaron todo lo que traía; cuando le preguntaron quienes habían sido los ladrones contestó; ¡eran tantos y á oscuras, vaya á saber!

Nos reímos los dos durante largo rato.

Las muchachas volvieron, lo más compuestas y empolvados los rostros con exceso.

Dofía Bárbara se había lanzado á relatarme sus habilidades de *mano santa* y curandera.

—Vea mocito, no se almire por tuito lo que le ví á contar á Vd. ¿sabe bien quien soy yó? Pa conocer yerbas naides en todo el pago me gana. Tengo tuitos los remedios pa las picaduras de víboras; *infundia* de lagarto, *guaco* con yerba de la perdiz y *cipo-miló* con caña y cuando eso no basta soy maestra en *venceduras*.

¡Y pa *ligar* varones ó hembras soy mandada hacer. Yo sola tengo más fuerza de encantamento que cualquiera, y si alguno le ha hecho *daño* ó mal de ojo, con tierra de dijunto regada con saliva de *guanaco* lo salvo enseguida.

Vea, si Lauracha le anda *mañereando*, tiene que

rarle el freno y clavarle las espuelas al mismo empo. No se duerma que es muy ladina, y sepa que muchos han lavado ropa en ese remanso y yo me voy al charabón en la pisada y al pájaro en la... bueno, ahora le voy á traer una copita de *guindao* e *ñangapiré*. Verá que cosa tan rica. Cuando me pique una víbora de la cruz, ó una *yarará* cuérdese que naidas en el pago es tan baqueana como yo pa las *venceduras*.

La tarde caía lentamente y Lauracha dispuso que nos volviéramos á las casas.

Subimos á la carretilla en el orden en que habíamos venido.

A Lauracha brillábanle los ojos de un modo inusitado, no habiéndosele calmado la excitación que le causara por la tarde la muerte del carpincho. Mirábame á ratos con ternura y su voz lánguida y cariñosa ejercía sobre mi espíritu una influencia deliciosa.

Como el ruido que hiciera la carretilla era por demás fuerte, íbamos callados, pero muy pronto nuestros piés comenzaron á buscarse. Lauracha por primera vez en nuestras relaciones, me permitió cobardemente, sin ánimos para impedirlo, el que me tomara ciertas libertades que solo disculpaban la estrechez del sitio en que nos hallábamos.

Reíase por nada como gorjeando, con una voz argentina, cálida, y estremecíase por momentos, strujándome las rodillas con las suyas, mórbidas y fuertes.

Como durante el trayecto el peón arrojara fósforos encendidos sobre las matas de pasto seco, que encontraba á su paso, bien pronto una gran extensión de campo se halló en pleno incendio.

Gruesas columnas de humo se elevaban al límpido cielo y desde lejos oíase el chisporroteo de las secas hebras de pasto.

Aquella operación se realiza especialmente en las hondonadas donde crecen pastos duros, con el

objeto de que las cenizas sirvan de abono á tierra cansada.

Hubo un momento en que el fuego, casi nos rodea debido á un golpe de viento que se extendió en nuestra dirección. Como el humo nos ocultó la vista, Lauracha presa de súbito terror lanzó un grito y se oprimió contra mí cogiéndome las manos. Nuestros rostros se aproximaron y hubo un instante en que el ardor de nuestros cuerpos casi hizo brotar la flor de un primer beso, pero ambos á dos, cobardes, nos contuvimos y los labios respectivos fueron martirizados cruelmente por unos dientes vengativos, que troncharon la naciente flor de un solo golpe.

Disipóse la amable nube de humo, resentido quizá de nuestra inexplicable tontería, y cuando llegamos á las casas, deshecho el encanto del viaje, Lauracha, descendió de la carretilla, seria y cejijunta, agresiva conmigo, debilitada, como si hubiera hecho un largo viaje á pié.

Una vez en su habitación oí el chapoteo de agua de su bañadera y me la figuré, deliciosa, fresca, despidiendo de su cuerpo desnudo, el aroma incomparable de la carne sana y juvenil.

Acudí yo también á un rejenerador baño y luego esperé tranquilo la hora de la comida.

Mauricio no había vuelto de su visita médica.

A la noche durante la lotería, en cuanto quiso iniciar, las libertades de la tarde, tropecé con una resistencia que no me esperaba. Lauracha hizo un gesto de enojo y como yó insistiera me dijo severamente:

—No sea atrevido Carlitos, que me levanto de la mesal

Me vinieron impulsos de contar á todos los allí reunidos que Lauracha era una perfecta sinvergüenza.

Subió de punto mi enojo cuando observé que entre ella y Anita se cambiaban burlonas miradas, que tomé como al respecto de mi persona.

y no pudiendo contenerme pretexté un dolor de cabeza y me retiré á mis habitaciones.

Apenas hubsido del comedor, las dos se echaron á reír fuertemente y sin reparos de ninguna clase. Decididamente se burlaban de mí y en aquel momento tuve la evidencia que lo sucedido en la carretilla era pura comedia de Lauracha para probar mi fortaleza de ánimo.

Y una vez en mi pieza me eché vestido sobre la cama desesperado.

De pronto hubo un silencio en el comedor y oí la voz sonora de Mauricio que saludada alegremente á todos y á Lauracha especialmente.

—Te traigo filetes de arenques, queso de Gruyere, dulce de *burucuyá* y una botella de sidra Sagardua. Vamos á armar un banquete!

—Eso es!—exclamó gozosa Lauracha—Pero aquí en el comedor, no. En mi pieza, en mi pieza. Anita, llevá todo.

Luego oí la voz de los tres que se refocilaban y Lauracha que decía indulgentemente mientras comía:

—Mira, Mauricio, no te sentés sobre la cama. Ah! qué descuidado! tenés los piés llenos de barro.

—Sí, Lauracha, todo lo que tú quieras!—Y el pringoso personaje destapó la botella de sidra y enseguida resonó un grito estridente de Lauracha:

—Pero ves. Me la has echado casi toda sobre el pechol! Voy á secarme y á ponerme el peinador.

—Entonces ¿me salgo de la pieza?

—No, no. Date vuelta de espaldas. Anita, fijate que no me *vichel*!

Y al poco rato mientras Lauracha se mudaba de ropa casi á la vista de aquel horrible mulato, la voz de éste, jovial y risueña:

—Me doy vuelta ya?

—No, no!

—Sí, Laurachita, dejame ver!

—Te digo que no! ¡No seas atrevido!

—Oh! yo me doy vuelta!

Un nuevo grito de Lauracha y las risas estrepitosas de Mauricio, con su vozarrón ingénuo:

—¡Pero Laurachita, ni la *tambora* de la patrona, pa mí que vos tomás jugo de *tasí!*

La fiesta terminó cuando Mauricio, excitado, quiso jugar á *la mancha* con las dos muchachas y le tuvieron que echar á empujones.

Salió alegremente mientras cantaba á voz en grito:

- « Bien haiga la moza linda
- « Que hace tratos con el hombre
- « Pa dir á... buscar juntitos
- « Burucuyás en el monte ».



*
*
*

Como había sido invitado por Federico á una *yerra*, no quise faltar y me levanté temprano; pero la malignidad de los peones siempre hostiles hacia mi persona, me había dejado sin caballo. Mientras buscaba yo uno, se me hizo tarde. De manera que cuando llegué al sitio donde había *parado rodeo* la novillada, casi todos los animales indicados para recibir la señal que indica el paso de la adolescencia á la edad viril estaban ya marcados.

Todavía faltaban unos pocos.

El sol estaba alto ya y todo el campo se hallaba salpicado por los novillos que habían recibido la ardiente marca de una manera algo primitiva y que felizmente ya no está en uso en las estancias modernas.

Unos mugían á lo lejos, otros corrían dando brincos, algunos no pudiendo sufrir el dolor, se habían echado al suelo desesperadamente, otros, silenciosos, miraban gravemente con indulgencia desde lejos á los peones como miraría Jesús á sus terribles victimarios. Todos ostentaban al costado sobre el anca izquierda el estigma de la marca convertida en una llaga oscura sanguinolenta. Las más de las veces era una herida de grandes proporciones de la cual manaba sangre negra. Algunos, apenas marcados en el brete, poseídos de súbita ferocidad, arremetían contra la gente de á caballo ó de á pie que encontraban á su paso. Entónces era un sálvese quien pueda.

Los peones saltan sin estribar, sobre los caballos

cojiéndose de la crin, y antes dé que estén afirmados sobre el *recado*, ya la inteligente bestia se lanza á todo galope. Hábito éste que adquieren los caballos de campo y que es la desesperación de todo ginete novicio.

Ya fuera de peligro el gaucho detiene su cabalgadura, se dá vuelta, y mientras el novillo persigue á algún otro ginete, le atropella valientemente por un flanco y de una *pechada* lo revuelca sobre el pasto, dejándole á medias descalabrado y sin ganas de volver por sus fueros.

Los perros, especialmente los pequeños *fox terrier*, adiestrados á estas duras faenas, son elementos admirables para *parar rodeos*. En cuanto un toro rompe el cerco natural de sus iguales atacado de súbito afán de libertad, los perrillos le atropellan, se meten entre sus patas, le muerden en los belfos y cada vez que se agacha para cornearlos, esquivan con un hábil salto el pitonazo, y le obligan á volver sin él quererlo, al montón de donde saliera tan ufano.

El brete se halla en un callejón que conduce á un corral donde se encierra á las futuras víctimas.

Un hombre montado en un robusto caballo enlaza por los cuernos desde afuera á uno de los novillos; luego le arrastra hasta meterlo dentro del brete, donde varios travesaños que se corren á propósito, le mantienen inmóvil.

El marcáador coje la marca enrojecida en una gran fogata allí próxima y se la aplica por una abertura del brete, sobre el anca izquierda. Se oye el mugido terrible de la bestia que patea con todas sus fuerzas haciendo estremecer la armazón entera del brete; después el chirriar del fuego sobre la carne viva, un humo denso que se eleva en el aire y el olor á cuero quemado que se esparce por todo el ámbito.

Entre tanto la peonada anda á las vueltas trayendo y encerrando nuevos animales, gritando á todo lo que dán sus pulmones y lanzándose puyas unos á otros;

—Pucha digo, Felumeno, sos más quebrau que mucho é negrol ¿A que no echas un *pial* de volado?

—Donde canta este gallo todos son gallinas, mu-ita!—y arroja el lazo certeramente á toda la carrera de su caballo sobre los cuernos de un novillo que va hufdo.

—Ese toro es más bravo que espina é la cruz...

—Ché, ayudame á echar estos terneros...

—¿Dende cuando el zorro come chingolos?

—¡Soy como la *taba* del chancho que no se clava aunque la carguen—dice uno que estuvo á punto de rodar.

Uno de ellos, refiriéndose á Lauracha que había venido expresamente á marcar por su propia mano á un novillo suyo, la miró á ella y luego á mí, diciéndole á un compañero:

—Ché Márgaro, fijate en la *tordilla*, es *changüi-sera* con el *retarjao*... le afloja piola pa recojer de golpe...

Y el otro, burlándose de mí también:

—Ya encontró otro *palenque* ande rascarse!

No pude contenerme y antes de que terminara la frase, castigué á mi caballo y me lancé sobre el peón, y de un certero golpe con el mango de hierro de mi rebenque, le eché por tierra:

—Tomá *retarjao*. Aprendé á tratar con la gentel

La peonada me rodeó amenazadora.

Federico se vino corriendo al ver el tumulto y reboleando su látigo de larga y doble trenza, comenzó á repartir golpes á diestro y siniestro.

—Juera sarnosos, hijos de la tal por cual! Juera máulas! Yo les ví á dar. Y vos, Márgaro y vos Cirilo, inmediatamente se mandan mudar de la estancia, y se acabó, cada uno á su trabajo y al que chiste que se apronte!

Todos se alejaron lentamente.

Yo permanecí frío y digno, habiéndome dado cuenta que mi acto había sido apreciado en su justo valor por aquella gente, y noté que desde lejos me

observaban con ira y respeto al mismo tiempo. Lauracha me miraba admirada de mi proceder y disimulando su alegría.

—¿Qué le han dicho, Carlitos, pa que se enfurciera tanto?—me preguntó Federico.

—Me han dicho *retarjao*, pero no sé lo que quiere decir.

—Ah! *retarjao!* ¡Qué hijos de perra!

—¿Qué significado tiene?

—Es muy largo de explicar, una macana, no le haga caso. Vd. ha hecho bien en golpearlo. Así me gustan los hombres!—y me tendió la mano entusiasmado.

Me aproximé al brete en el momento en que Lauracha, con el blanco brazo remangado y recogido el vestido entre las rodillas, cogía con su diestra minuta mano la marca roja y la aplicaba en el anca á un novillo.

—Más arriba, Lauracha—le gritó Federico—Ahí, eso es; ahora, apretá sin lástima!

Y ella afirmó la candente marca sin el menor asomo de compasión, sin que el menor gesto de desagrado alterase la tranquilidad sonriente de su rostrol



*
**

A la tarde, despues de la siesta, salimos á dar un paseo por la quinta. Lauracha me dijo entre seria y risueña:

—Sabe Carlitos que *habla sido* un valiente?

—No me precio de tal; pero sé castigar una ofensa...

—No se enoje por lo que voy á decir: yo no lo creía capaz de hacer *lo que hizo* con el peón.

—No me extraña; las mujeres como Vd., no tienen ojos más que para ver sus propias acciones, no muy dignas de aplausos, muchas veces...

—¿Empezamos, don Vengativo?

—Sí, señorita Burlonal...

—Bueno, sepamos una cosa. ¿Qué hubiera hecho Vd. si yo, los otros días, me hubiera arrojado al remolino desde el barranco?

—Ver cómo caía!—contesté risueño.

—¿De manera que Vd. no se lanzaría á salvarme? ¿Tan poco vale mi persona? ¡Qué hombre!

Y yo ofendido:

—¿Puede Vd. dudar de lo que yo haría en ese caso?

—¿Aun sabiendo que el remolino haría su sacrificio inútil? ¡Pues moriríamos infaliblemente los dos!

—Aun en ese caso. Por Vd. daría la vida!

—Mentira! Mentira!—exclamó riéndose.

—Lauracha ¿á qué debo esa ofensa gratuita?

—No se ofenda! Y le voy á decir lo que pienso que haría Vd. en el caso que le dije: Yo me precipito del barranco y caigo sobre el remolino cuyas

aguas me arrastran á su centro. Vd. vé todo ese cuadro, pero como está dotado de un espíritu práctico, *demasiado práctico*, calculando que su sacrificio sería estéril, saca un papel, un lápiz y hace el bosquejo de un gran cuadro que le dará honra y provecho en la primera exposición á la que concurra y que expondrá seguramente con el nombre de «La muerte de Lauracha». ¿No es así?

—Tiene Vd. razón. Mi espíritu positivo me hace rechazar hasta la idea de un sacrificio inútil!

Seguimos silenciosos y aunque no la miraba, comprendí que Lauracha contenía á duras penas la risa.

Al pasar junto á un duraznero, cogió uno de sus frutos verdes y vellosos y sabiendo que el comerlos con su corteza me era imposible por una especial idiosincrasia de mi sistema nervioso, me lo tendió con naturalidad:

—Pruebe. Carlitos. ¡Verá qué agrio agradable!

—Gracias! No me gustan las cosas agrias.

—¡Y Vd. es el hombre capaz de sacrificarse por mí, cuando un simple durazno agrio le acobarda? Veamos si es capaz de rechazármelo ahora?

Y lo mordió con sus dientes incisivos con tanta gracia, con tanta zalamería, que al tendérmelo nuevamente se lo arrebaté de la mano:

—Ahora sí.—Y á mi vez lo mordí; pero muy á pesar mío.

—Qué cara! Dios mío! Qué cómico se pone! Já, já, já!—Y siguió burlona, jovial, como una niña de diez años, hasta llegar junto á *las casas* en que me dejó solo.



*
* *

A la noche, durante la lotería, permanecí en una extraña exaltación interna que apenas podía disimular.

La *yerra* de la mañana, en la cual Lauracha se había mostrado cruel é insensible una vez más; el acto de represión enérgico con el peón, que me hizo notable ante Lauracha como un hombre de valor, *de los que á ella le gustaban*; la escena del durazno tan tentadora, graciosa é ingénuo, que me había hecho pensar que aquella mujer era una inocente niña mimosa, todo aquel cúmulo de hechos, fuera del orden natural de la vida, se sucedían en mi espíritu, sumiéndome en hondas preocupaciones.

Mi situación indefinida con Lauracha me llevaba á los pensamientos más disparatados.

Seguía el juego indiferente, sin atender á Lauracha que, risueña y afectuosa como nunca, mirábase abarcándome con su mirada tranquila y firme como si fuera *cosa suya*. Cada vez que esto pasaba, un ligero estremecimiento recorría todo mi sér y la observaba con despecho, porque tantas promesas tácitas como yo creía leer en su mirada, no se cumplían.

Sacome de mi ensimismamiento un fuerte pisotón de Lauracha. La miré fijamente y ella se rió benévola.

Desde aquella noche en que me prohibiera toda suerte de libertades, me había abstenido prudentemente de repetirlas. Mas, al ver que ella era la que

comenzaba, retiré cautelosamente mi pié, no queriendo exponerme á una segunda lección.

Al cabo de un rato volvió á avanzar su pié y oprimió el mío suavemente, como si un gato machucado hubiera pasado su aterciopelada patita.

Comprendí que Lauracha habíase sacado el zapato y me pisaba con el pié cubierto únicamente por la media de seda.

Oh! lector amigo, si no lo has experimentado nunca llegarás á saber por mi pluma ni por la de nadie, lo que es una presión de un pié descalzo y ardiente como el de Lauracha!

Permanecí inmóvil con miedo de que se desvaneciera aquella perturbadora presión, en la actitud del que teme hacer volar una mariposa que se le ha posado por casualidad.

Y cuando tras breve excitación, la mariposa hubo volado de mi pié donde dejó una huella cálida y embriagadora, la dije mirándola intensamente, en un tono levísimo que no admitía réplica:

—Lauracha, espéreme Vd. esta noche en su ventana.

—¿En mi ventana?—repitió asombrada de una proposición que nunca se la habría figurado.

—Sí, en la ventana! Tengo que decirle algo que no puedo guardar ya dentro de mi pecho!

—Pero no sería lo mismo mañana en otro sitio?

—No. Ha de ser esta noche! Vd. me ha vuelto exigente.

—¿Y si yo no accediera á su pedido?

—Mañana á primera hora me iría de esta estancia con la muerte en el alma!

Después de breve páusa en que estudió mis palabras:

—Bueno, ya que Vd. hace cuestión de estado de un hecho tan inocente, esta noche le esperaré á Vd. en mi ventana.

—Oh! ¡Gracias, Lauracha!

Después, hasta terminar el juego, seguimos impacientes, sin hablarnos.

—A la doce en punto ¿eh?—la recordé al levantarme.

—Eso es, á la hora de las novelas por entregas! contestóme ella burlándose.

Confieso que el solo pensamiento de hallarme á las doce con Lauracha, sin el pretexto de un paseo y sin cumpliendo expresamente una cita amorosa, me aterraba.

Llegadas que fueron las doce, luchando contra el deseo de rehuir el encuentro y venciendo mi repugnancia, fui á la ventana de Lauracha.

Me detuve un momento antes de golpear porque me pareció que mi corazón hacía el ruido de una aballada al galope.

Toqué apenas los vidrios por entre los barrotes de la reja, y se abrió una de las alas de la ventana.

Apareció Lauracha, envuelto su cuerpo en un ropaje celeste, lleno de blondas y encajes, peinada con abandono y con los torneados brazos casi descubiertos. Apoyóse graciosamente en la reja, y mirando mi palidez á la débil luz rosada de una lámpara que alumbraba su cuarto, me dijo amablemente:

—¿Está enfermo?

—¡Si Lauracha. Enfermo de gravedad!—lo dije con tanta solemnidad que hasta yó mismo me di cuenta del mal paso que había dado, y sentí esa horrible contracción nerviosa que experimenta el que se reconoce ingénuo y ridículo.

Tras breve pausa preguntóme de golpe seriamente:

—¿Trae la escala?

—¿La escala?—repetí sorprendido, sin darme cuenta.

—Claro la escala de seda y la mandolina... Acaso Romeo no viene á darle una serenata á su Julieta?

—¡No, nó, Laurachal! ¿Porqué es Vd. así? ¿Porqué es tan cruel que después de encender el más grande de los incendios en un corazón, lo quiere

apagar enseguida con una fría broma, con un ruego de ingenio, que llegará á demostrarme las felices disposiciones que Vd. tiene para la comedia pero nunca podrá ocultarme lo que Vd. guarda lo más oculto de su corazón...

La sinceridad y la energía con que la hablé, hizo abandonar el tono de broma en que estaba.

—¿Lo que guardo en mi corazón Vd. cree saberlo?—exclamó desafiándome.

—Sí lo sé.

—¿Respeto de Vd?

—Respeto de mí,—contesté sin inmutarme y agrivo.

—¡Vaya, vaya,! ¡Desearía me revelara lo que quizá yo misma ignoro! Veamos no tema equivocarse y hábleme con franqueza. ¡Estoy ansiosa de pura curiosidad!—y volvió á aparecer la burlona sonrisa en sus finos labios.

—Aunque peque de pretencioso le diré que en primer lugar, *me consta* que mi humilde, mi humilísima persona, le merece á Vd. un poquito más de atenciones que el resto de los mortales que la rodean.

—Cierto es ¡Prosiga, nó vá mal encaminado!

—Que esta persona la ha preocupado un poco más que cualquiera de los múltiples adoradores que la han cortejado á Vd. y que han venido á ésta estancia en tren de conquistadores...

—¡Ahl Creo que se vá pasando de las informaciones pedidas... ese no es el trato. ¡Le ordeno que se calle!

—¡Ahl ¿Teme Vd. que prosiga? ¿Teme Vd. que le diga que la amo, que la adoro con frenesí?

Y ella en una de sus bruscas y habituales transiciones:

—Si, acabemos de una vez. ¡Temo que hable más de lo que debe!

—¿Porqué teme, si ya se lo he dicho todo?

—Porque efectivamente Vd. ha sabido leer con toda claridad en mi alma. Vd. no se ha equivocado

pero esta vez soy yó la que pido que no vuelva á repetirme nada de *eso...*

—¿Duda Vd. de la sinceridad de mis palabras?

—No le creo, por lo mismo que *quisiera* creerle...

—¿Quisiera crerme? No la entiendo.

—¡Ah! Tengo un presentimiento que en cuanto me convenciera que efectivamente es verdad lo que me ha dicho, Vd. habia de ser el vengador de todos esos adoradores que vinieron á esta estancia en tren de conquista.

—¡Vengador!

—¡Claro que sí! Acaso no he comprendido que Vd. se equivoca respecto de sus propios sentimientos?

—Le juro que he analizado mi corazón y he descubierto que la amo, la amo profundamente, apesar de todas las *cosas raras* que guarda Vd. en su ser, y que la hacen poco simpática algunas veces á hombres de *demasiado* espíritu práctico como el que la habla. No obstante esos lunares, que son más fruto del ambiente en que Vd. se ha criado que idiosincracia suya, la veo á Vd. bella, espiritual, extraña, en fin, la mujer más mujer que he hallado en el camino de mi vida, y por eso la amo desde el primer día en que la vi...

—Bueno y ¿si yó le dijera ahora que le creo un poco?—dijo emocionada, apoyando su barbilla sobre la barra transversal, y acercando su rostro tanto al mío que su cálido aliento zahumaba mi cara.

—¡Ah! ¡al fin me crée Vd.! Al fin se despega de la máscara burlona que usa casi siempre para disfrazar sus sentimientos. ¡Ah Lauracha! ¡Cuanto la amo!

—¿De veras es amor sincero, puro, el suyo?

—¿Y puede Vd. dudarle?—y viendo la manse-dumbre y el abandono en que estaba, escurrí mi brazo por entre los barrotes y cogiendo su esbelta cintura que no oprimía ningún corsé, la aproximé á mí murmurándole al oído:

—¡Un beso, un beso tan solo Lauracha!

Desprendióse ella, lentamente con un vigor de que no la creía capaz, y se apartó de la ventana diciéndome con un dejo de melancolía en la voz y en la actitud:

—Ya vé Vd.; su amor es una mentira, que Vd. mismo se la ha creído.

—¡Pero Lauracha!—contesté abochornado.

—No Carlos. Su amor no és el que sueño para mí; Vd. se ha equivocado del todo! El hombre que ha de ser mio debe tener hacia mi ser toda la veneración que se le debe á un ídolo del cual se espera la dicha y del cual se temen los pesares. Quiero sea tan poderoso el respeto que hacia mi se guarde, que aun en el delirio de un momento se ahoguen y se contengan los impulsos como el que acaba de tener en este instante... Le he sometido á Vd. á una prueba. Ese abandono con que me recliné sobre la reja, fué premeditado para saber si Vd. me amaba con el espíritu ó con... entusiasmo momentáneo. Vd. ha obrado como la vulgaridad de los hombres. Há creído aprovecharse de una debilidad mía, y murmuró á mi oído una sola palabra que me dió la clave de lo que Vd. llama impropriamente adoración...

—¡Lauracha! El amor verdadero es una mezcla íntima de la vida del alma y la del ser.

Y ella gravemente prosiguió:

—Los hombres se engañan á sí mismos más que las mujeres. ¡Cuántos toman la egoísta satisfacción de un capricho por un arranque sublime del alma! ¡Cuántas hay que se creen capaces de sentir una pasión caballeresca, ideal y en cambio solo obedecen á una oleada de malos instintos!

—Lauracha Vd. me habla de una manera que...

—No crea Vd. que soy una romántica *chiflada*, como dicen ahora, porque hablo como una mujer de experiencia. Tengo cinco hermanas casadas. Me he criado aquí, en el campo, donde una niña de pocos años, aprende lo que en las ciudades igno-

en muchas mujeres formales. He leído muchos libros especialmente de Lamartine y Jorge Sand, en todos he visto que el amor ideal es el único, irracional y preferible. ¡Oh! ¡María de Isaacs, cuanto la admiro!

—Pero yó...—exclamé yá sin saber que decir.
—Vd. ha creído que Lauracha era como flor de circo, que el primero que pasa se considera con derecho á manosearla y se ha equivocado nada más.

Y yó cobarde profundamente impresionado:

—¿Vd. querrá perdonarme?

—¡Perdonarle! ¿De qué? No le he dicho que Vd. se ha obrado como la vulgaridad de las gentes? ¿Si Vd. no se hubiera aprovechado de mi actitud de rutina madura que se muestra tentadora, Vd. se reprocharía á si mismo su indisculpable cortedad de genio durante todos los momentos de su vida. Que dirían sus amigos de la ciudad cuando les relatara la aventura? Otra mujer, amándole á Vd. como... yó quisiera amarle, se hubiera sentido dichosa de su pedido, cuando yo me he creído ofendida por su atrevimiento.

—Gracias Lauracha por la lección. Lamento dejar en su ánimo la misma ingrata impresión que me habrán dejado tantos *seres vulgares*, y al irme yo de su estancia, temo que anote Vd. en el libro de sus amores despreciativamente: «uno más».

—Pero acaso le he dicho á Vd. que abandone la conquista de... lo que créa su ideal.

—¡Claro que lo ha dicho!

—No Carlitos. Continúe Vd. Deme pruebas evidentes que Vd. sabrá amarme como yó quiero, y le concederé para ese *lejano* día, otra entrevista en la ventana. Esa vez sin peligros para ambos. Felizmente la reja es gruesa.

—¡Nunca más! Es Vd. un enigma demasiado complejo para que jamás pueda yo descifrarlo.

¡Que otro más sabio y más temerario lo intentó yo he fracasado! ¡Adios Lauracha!

Y me alejé pausadamente con las orejas calientes y el cerebro excitado, murmurando:

—¡Tonto mil veces tonto! ¡Creíste efectivamente que esa mujer era flor de cerco! ¡Qué lección! ¡Anda cuéntale á tus amigos y á Carmencita lo que te ha pasado!—Pensé de pronto, intensamente en la encantadora mujer que me había prometido un paraíso, y que yo había despreciado por venir á un infierno, y deseé con toda el alma que llegara el día siguiente para partir, para huir de aquella estancia é ir á echarme á sus piés, pidiéndola perdón.

Y unos celos retrospectivos, inmensos surgieron en mi ser y en aquel instante hubiera querido haberme de pronto en el pueblo.

Cuando llegué á mi cuarto y me recosté sobre el mullido lecho, que había hecho germinar tantos sueños é ilusiones de amor en mi ser, oí al rato que la ventana de Lauracha se cerraba violentamente como si un fuerte golpe de viento la hubiera empujado.

Durante el transcurso de aquella noche me doy cuenta que no me restaba más solución decorosa que irme de la estancia. Me había convencido de que Lauracha era un fruto natural de la tierra con todos los encantos, picardías y crueldades, característicos de las criollas de pura raza.

Coqueta por necesidad, comprendí que tenía el supremo placer de hacer sufrir á su alrededor de mantener encendida una pasión sin satisfacerla jamás. Comprendí que le gustaba enardecer á los hombres por idiosincrasia de su carácter, pero de ahí á la realidad de una conmiseración pasional sabía interponer un abismo.

Despertéme á primera hora, me levanté mal humorado y sobre la mesa de la galería encontré unos diarios y una carta para mí.

Abríla nerviosamente. Era una invitación que

me enviaban para un gran baile que iba á realizarse en el pueblo.

La comisión de señoritas invitantes la encabezaba Carmencita Ocampo. La ocasión no podía ser mejor para encontrarme con *mi* novia y reanudar las relaciones.

Como viera en la cocina de los peones al cuarteador de la diligencia le llamé:

—¿Está la diligencia en la posta del Pantanoso?

—Nó señor ha llegado hasta la estancia del Señor Mac-Gregor.

—Bueno, le dices al mayoral que yá que le queda de paso venga á buscarme esta misma tarde, para salir mañana, pues tengo urgente necesidad de estar en el pueblo.

—¡Muy bien señor!—y fuese.

Volví á la casa más satisfecho, buscando un pretexto para justificar mi brusca partida.

Como en uno de los periódicos llegados estuviera la noticia de que mi padre se hallaba algo indispuerto, me propuse agravar el caso para que sirviera á mis fines.

Doña Mariana que me vió conversar con el cuarteador se me aproximó.

—¿Que hay de nuevo Carlitos?

—Señora que mi padre se halla muy enfermo, y que acabo de dar órdenes para que la diligencia venga á buscarme esta misma tarde.

—¿Cómo se vá Vd?

—Claro señora es mi deber.

Y Lauracha no sabe nada de su resolución.

—No señora.

—¿Pero Vd. vá á volver Carlitos! ¡Aquí lo queremos tantol

—Volveré señora. ¡Como nó! Yo también deajo aquí en la estancia un alegre girón de mi vida. Algún día volveré por él para remendar mis dolores. Mi corazón reboza de agradecimiento para todos.

—¿Y para Lauracha nada?...

—¡Para Lauracha! Para ella un amistad sincera.

—De modo que Vd. se vá...

—Como *los otros*, sin haber entendido á su bella hija.

—¡Que poco juicio tiene Lauracha! ¡Esta muchacha me asustal... ¡Creame que me asustal! ¡En fin! Voy á decirle lo que Vd. ha resuelto.—Y se fué aflijida, tristemente preocupada.

Pobre viejecita. Le tenía un afecto sincero. Al poco rato recibí una esquela de Lauracha que me trajo Anita. Decía:

—«Carlitos: Espero que su resolución de irse no será tan indeclinable como me dice mamita. He comprendido que la causa, no es la enfermedad, de su papá sinó un *gran baile* que vá á realizarse en el pueblo, y que me comunica Carmencita en una larga carta que me ha escrito. No iré á la mesa porqué después de *las emociones de la ventana* no he dormido en toda la noche. Espero que no determine su viaje, hasta después de una conferencia que pienso tener con Vd. esta misma tarde, á las cuatro; en la avenida de los paraísos; ¿Irá Vd.? Así lo espera quien *mucho lo estima*».

«Lauracha»

¡Una conferencial! ¿Para que? Después del notable curso de moral amorosa que me *pontificara* la noche anterior. ¿Para volverme á abochornar?

Durante el almuerzo que fué triste para mí, se habló de mi viaje inesperado y cuando Mauricio lo supo una alegría insólita le invadió de golpe. Yo, para que Lauracha no fuera á vencer mi resolución en la *conferencia* de la tarde, hice una pintura exagerada de la enfermedad de mi padre, y todos estuvieron conformes en que mi viaje era de necesidad.

A la tarde volví á recibir otra esquelita en la cual Lauracha me recordaba la cita y la hora.

Fuíme á las cuatro bajo los paraísos.

Lauracha me esperaba sentada sobre un tronco caído de un eucalipto. Vestía de azul turqueza, color que armonizaba con el de su tez acentuando más su aire, lánguido y sentimental.

Me hizo seña que me sentara á su lado y esperó á que yó hablara.

—Vd. me ha llamado. He venido; pero antes de oír lo que Vd. quiere decirme, voy á pedirle Lauracha, que me perdone el... acto de anoche. El sentimiento de la falta de respeto que he cometido es más grande que la situación ridícula en que he quedado ante Vd.

—Nó Carlitos. Yo no tengo ninguna falta que perdonarle. He reflexionado después que quedé á solas y he llegado á la convicción, que anoche no habló mi alma, sinó que la cabecita, esta cabecita loca, que me hace hacer y decir tantas cosas contrarias á mi voluntad, fué la única culpable.

—¿De modo que Vd. se retracta de lo dicho?

—Nó del todo, en parte.

—¿Que parte?—exclamé tristemente. Y ella creyendo haber avanzado mucho en su afirmación:

—En la parte que se refiere á que Vd. podfa ser el vengador de sus antecesores, nada más.

—Así es, ¿que mantiene todo lo demás?...

—Claro que sí.

—¿Entonces á que me ha citado Vd?

—Para pedirle que si en algo Vd. aprecia mi... amistad, si mi persona le merece un poco, un poco nada más de atención, suspenda Vd. su viaje. No se vaya Vd....

—Ya es tarde. He enviado por la diligencia.

—Dese cuenta Carlitos, que es la primera vez que en su vida Lauracha Mornins, hace una solitud semejante.

—Crea Vd. Lauracha que es la primera vez que Carlos Lozada no accede á un pedido semejante, hecho por la boca mas hermosa y rosada que ha visto en su vida.

—¡No se vaya Vd.! ¡Quizá no tendrá que arrepentirse de haberse quedado!...

—Está enfermo gravemente mi padre...

—Nó, nó le creo. Si fuera cierto eso, Carmencita que me escribe tantas cosas acerca de Vd. me lo hubiera comunicado hasta con alegría.

—Aunque así no fuera, he dicho á todos en su casa que me iba. Luego el mayoral de la diligencia ya estará en viaje para la estancia. Hay que evitar los comentarios á que dará lugar mi renuncia al viaje.

—Muy bien. Pero Vd. si se vá ha de prometerme que volverá apenas su señor padre se haya mejorado?

—¿A qué he de volver?

—¿A qué? Pero Vd. quiere que yó... ¿Se ha engegucido de golpe?—exclamó fuera de sí.

—¿Yo ciego?...

—Porque le he prohibido anoche un acto que más tarde había de darle triste idea de mí Vd. ahora pierde esas facultades de observador y analista de que se ha preciado siempre, y que le he reconocido, y no vé delante de sí más que su encono. ¡No vé! ¿que digo? vé y muy bien, un gran baile en el que *su Carmencita* estará encantadora y con una sola de sus miradas me quitará la única ocasión que he tenido en mi vida de ser feliz!

Iba á entregarme á aquella sirena, iba á decirle que suspendía el viaje, que aceptaba su proposición pero me contuve y le contesté tranquilamente:

—¿No será este un nuevo engaño para probar mi fortaleza de ánimo? ¿No adoptará Vd. esta actitud benévola para jugar una vez más conmigo? ¿Acaso no querrá Vd. atraerme para quitarle á Carmencita una ocasión de reanudar sus relaciones conmigo acto que ambos deseamos desde el fondo de nuestras almas?

—¿Ha dicho que Vd. desea reanudar sus relaciones con Cármen? ¿Repítalo Vd?

—¿Porqué no repetirlo? ¡La amo á Carmencita! He necesitado pasar por la prueba de su persona

de Vd. para convencerme ahora más que nunca, me amo profundamente á mi novia de la niñez.

—¡Ah! Yá vé Vd. si yó tenía razón en lo que le dije anoche! ¡Pero no puede ser! ¡Vd. me engaña por despecho! Vd. me ama á mí. ¡Me ama! ¡sí me ama!—Y lo decía convencida, como aferrándose á la idea.

—Cree amarla. A Vd. misma le debo la felicidad de haberme desengañado. Vuelvo al pueblo, Lauracha, agradecido á sus múltiples atenciones, satisfecho de haber sido despreciado en mis pretensiones por la mujer más incapaz de comprender el amor verdadero que he encontrado en mi vida!

—¿Vd. me cree incapaz de amar? ¿Vd.? ¡Oh! ¡no sabe, no sabe nada, está ciego, ciego!—me dijo saltada, levantándose con violencia.

Y yó para amargarla más, satisfecho:

—No. Lauracha no estoy ciego. Siga Vd. poniendo en práctica las ideas deschavetadas de todos los románticos desde Lamartine á Isaacs que le han llenado la cabeza de tonterías; siga Vd. formando adoradores que se emboban horas y horas enteras, ante la huella de una pisada del ser querido ó le endilgan luengas tiradas poéticas, agitando los adjetivos del habla castellana. ¡Siga Vd. creyendo que el amor es aroma y no es flor, que es armonía y no es arpa, siga Vd. convencida que para amar es necesario poner al objeto de una adoración en un nicho de vidrio y adorarlo en efígie, no tome en cuenta los consejos de su alma, las indicaciones de su sentimiento y las exigencias de su cuerpo femenino. Siga olvidándose que pertenece á la más bella mitad del género humano para querer salir de los límites naturales de la tierra y entrar en la ficción romántica de que es una diosa y no una encargada de hacer feliz y hacerse feliz al lado de un prosaico ser humano; y después de todo, la cargura de que rebozará bien pronto su alma y su cuerpo todo, la harán despreciable como la flor de laurel cerezo tan tentadora á la vista y que se agita en sus nectarios un terrible veneno!...

Quedóse ella pensativa, pálida, alicaída, con analizando mis palabras, y al oír que ladraron los perros á lo lejos, dijo mirando:

—Es la diligencia que viene á buscarle.

—Es cierto.

—¡Ah! ¡Pero Vd. Carlitos, no se irál ¡Ya sab hacerle quedar!—Esto último lo murmuró, como se lo dijera á ella misma.

Nos fuímos hacia las casas y antes de llegar me interrogó de súbito.

—¡Entonces Vd. crée que soy incapaz de sentir un amor verdadero! ¡Vd. me crée una mujer que ama inspirada en simples teorías!

—Vd. Lauracha tiene la peculiaridad extraña de cierta fruta de las selvas brasileñas, de cuyo nombre no puedo acordarme. Del lado que le dá el sol, la fruta es dulce y agradable, del lado de sombra es amarga y venenosa. Según por donde se la prueba á Vd. bien distinta es la sensación. Pero el día en que el sol de un verdadero amanecer la ilumine, ese día será Vd. toda entera una diosa.

—Creo—dijo tristemente—que en vez de lo que Vd. desea, el destino me reserve una sombra eterna.

Nos separamos en la galería.

—Siempre se vá—me dijo al paso Doña Marias.

—¡Si señora, mi resolución es irrevocable!

—No le crea mamita, Lauracha le prohíbe que se vaya—dijo ella desde su cuarto.

—Desgraciadamente para mí, Lauracha no tiene atribuciones de mando sobre mi destino—contes como bromeando.

—Ah! Ciegol—murmuró apenas.

Más que nunca deseaba alejarme de aquella mujer, que me asustaba con sus cosas tan fuera del orden natural que rige las acciones del mundo femenino, para volver á ver á la buena, bella y pura Carmencita, que surgía en la noche de mi alma como un sol naciente de primavera.

Dí los últimos toques á mis cosas, arreglé los bártulos de viaje y esperé la hora de la comida.

Mi espíritu estaba en un estado extraño de insensibilidad para toda impresión que no fuera la del próximo encuentro con Carmencita.

Si hubiera tenido el libre ejercicio de mi albedrío, me hubiera dado cuenta de que en Lauracha se había operado de súbito una transformación fundamental: estaba más que nunca celosa de *mi novia*; mis palabras de la tarde la habían desviado de la línea de conducta que se había propuesto seguir y la mujer sensual que dormitaba en ella y que tenía terribles despertares, había comenzado á moverle la sangre predisponiéndola á la hora psicológica de los grandes sacrificios.

Mas, yo estaba ciego, como acertadamente había supuesto Lauracha.

La comida me pareció interminable. Lauracha no probó bocado. Permanecía pálida y triste. Cuando sus ojos me miraban adquirían una potencia magnética de víbora que me hacía estremecer á pesar mío.

Estaba bella como nunca. Comprendí que su estado era febriciente. En cierto momento nuestras miradas se encontraron. Ambos á dos la sostuvimos un largo rato y al mismo tiempo la desviamos impresionados, como si nos hubieramos dado el primer beso.

.....

Mauricio, que según su costumbre, sin duda para festejar mi partida, había bebido más de lo regular, estaba majadero como nunca.

Federico se propuso hacerle embriagar del todo y á cada instante le llenaba el vaso.

Al final de la comida hubo que llevarle á su cuarto.

—¿Espero, Carlitos, que esta noche jugaremos la última lotería?

—Como Vd. guste—contesté con displicencia.

—Hasta el último momento es Vd. cruel!

—¡Yol! Si no tengo motivos para serlo con Vd.!

Comenzamos á jugar. Yo me sentía retozón, alegre y apuntaba los números bromeando.

Ella permanecía ensimismada, sin hablar. Yó por martirizarla, dije de pronto:

—Mañana de tarde. Lauracha, podíamos ir al arroyo. ¡Ah! perdone me había olvidado que mañana de tarde estaré bien lejos de aquí ..

Ella me miró de frente y creí ver que en sus ojos apuntaban dos lágrimas.

Me sorprendí del efecto que le habían causado mis palabras y pensé que bien podía estar enamorada de verdad y murmuré muy cerca de ella:

—¡Vd. ha tenido la culpa!

—Perverso. ¡Es indigno hasta de que le hable!

Permaneció quieta y silenciosa hasta el final. Yó tarareaba cancionillas graciosas ó silbaba entre dientes comprendiendo que mi actitud la afligía aún más. Pero comprendiendo que Lauracha sufría al ver mi aparente jovialidad, tuve un resto de compasión y quedé en silencio también.

De pronto el pié descalzo de Lauracha, se escurrió sobre el mío.

La miré intensamente y ella oprimió aún con más fuerza. Después de un largo rato dijo:

—¿Todavía piensa en irse mañana?

—¡Le contestaré si me espera en la ventanal!

Ella no respondió hasta que no hubieron sonado las once y cuando todos se retiraron del comedor:

—¡Vava Vd!—me dijo con un tono indefinible.

Y fui.

No tuve que golpear, porque apenas mis pasos resonaron en el embaldosado, apareció Lauracha, y antes de que mis labios dijeran una sola palabra, ella me ofrecía los suyos por entre dos barrotes de la reja.

No tuve temores ridículos, no vacilé un momento y nuestras bocas ansiosas, ávidas, se juntaron.

Aquella Lauracha era golosa!

No hubiera podido contar los besos, porque cada uno era largo, profundo intenso, y si terminaba

ya cuando sofocados, tomábamos nuevos alientos. Y mi mano buscó la cintura como la noche anterior y esta vez pudo escurrirse por entre el minador que la cubría y oprimir virginales tesoros. Y toda esta novela no hubiera sido escrita á no ser un barrote transversal de la reja, que inmediatamente nos besáramos libremente.

—Vaya á la puerta:—le dije con sincera ingenuidad.

—¡Eso es!—contestó ella como quien no había pensado antes en una cosa tan sencilla.

Oí que del otro lado corría los pesados y colorados cerrojos.

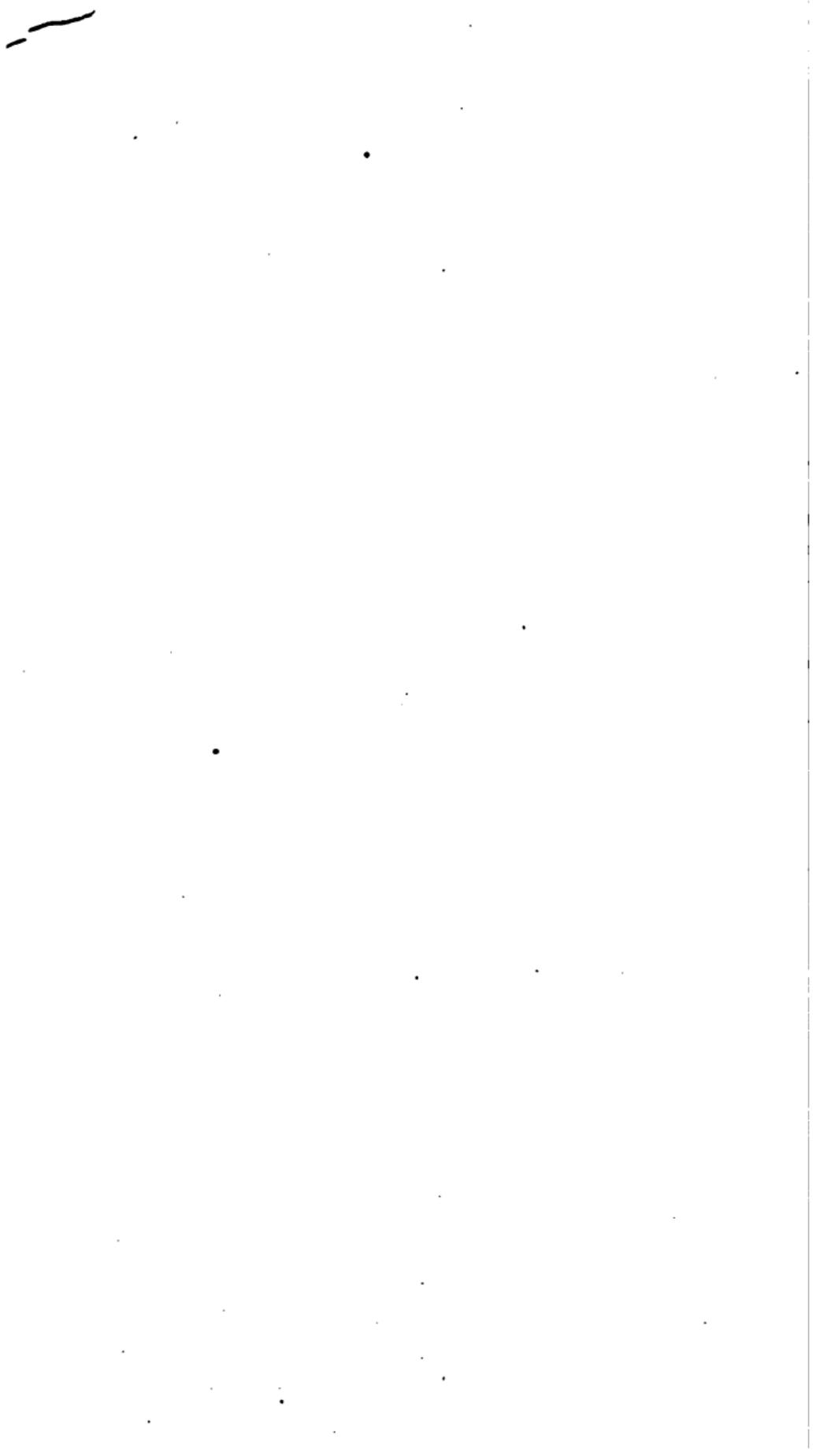
Me fui allí. Apareció ella. Nos abrazamos en un solo inmenso abrazo, aleteó sobre nuestras cabezas el deseo sus narcóticas alas, nos invadió la misma atracción universal que rige los destinos de los insectos y las estrellas:

«Soli eravamo e senza alcun sospetto»

.....

«Quel giorno piú non vi leggemmo avante»





*
*
*

Más fuerza fué de la casualidad que rige las humanas acciones, que partiera al día siguiente bien temprano.

Imposible era el quedarme, habiendo inventado a estúpida historia de la grave enfermedad de mi padre y dado el tiempo transcurrido de mi permanencia en la estancia que no se justificaba lógicamente.

Durante aquella para mí, noche más sublime de mi vida, Lauracha, tierna, amante, ora llorosa y melancólica, ora más bella y ardiente que nunca, rogábame en todos los tonos que suspendiera el viaje.

—¡Ya vés, ya vés por tí, mí Carlos! Y ahora me dejas á solas con mis pensamientos, á solas con el remordimiento de haberte dado toda mi vida, sin saber de cierto si volverás.

—Me voy Lauracha, pero es para volver... ¡Te lo juro!

—¿Y el baile?

—No iré.

—¿Y Carmencita?

—No profanes nuestra dicha, haciendo intervenir la imagen de una mujer que no vale lo que tú, que no es bella como tú, que no sabe lo que es amor como tú.

¡Con harta extrañeza mía comprendí que hablaba sinceramente!

—¡Ah! Carlitos mio. Si tú no vuelves, sabrás una historia lúgubre. ¿No sé porqué el amor y la muerte siempre andan acechándose? Ahora que te amo, ahora que sé que eres mio, ahora que ha

triunfado el más grande de los amores, ahora la muerte quiere interponer su guadaña entre los dos. Ahora que mis pensamientos debieran ser todos de vida, la sombra de ella me quita la calma!

—¡No hables así Lauracha! Volveré dentro de dos semanas, volveré...

—¿Y hablarás con papá?

—Claro que sí.

—¡Ah bésame, bésame, deja la huella de tus labios sobre los míos como un sello candente de la cre, que no se borrará jamás. Muerde mi boca, arráncame los pedazos para que nadie llegue a poderlos profanar algún día en que me volviera loca y te olvidara! Más, no me muerdas, déjalos, para que ellos sirvan para adormecer tus párpados, para acariciar tus oídos, para recoger tus suspiros!

—¡Sí Lauracha, sí! Yo también esclavizaré los míos para que guarden la fragancia de tu aliento, para que se embriaguen en la copa de champañé de tus senos, para que te besen toda toda!

—¿Y pudiste creer que yó?...

—Perdóname Lauracha, si fuí torpe y no supe adivinar que detrás de tu ser aparente había otro, todo bondad, todo amor, todo sacrificio; perdóname si te he considerado frívola, vana y cruel.

—¿Cruel? ¡oh! cuando me he sentido impulsada por el amor, ó por el deseo, es cuando *la nube de sangre* ha invadido mi cabecita. Tú no lo sabías comprender, pero ahora, ahora, seré un ángel junto á tí. La Lauracha salvaje ha muerto esta noche, para nacer otra, que te hará la vida una delicia eterna!

Y fuerza me fué partir. Dejando detrás de mí, un mundo nuevo recién descubierto, que quizá allá en el fondo de mi ser, dudara de su existencia.

Nó nos vimos aquella mañana. Recibí antes de partir una esquelita cerrada con doble sobre y lacrada. «Para que la abras cuando estés lejos de la estancia.»

Respeté la orden.

Toda la familia se despidió de mí afectuosamente.

Anita que andaba visiblemente preocupada lo hizo con voz lastimera.

—¡Adios niño! ¡Que vuelva pronto!...

La miré distraídamente sin comprender en aquel instante que la bella criolla me amaba sobre todas las cosas.

El recuerdo de Lauracha reinaba obsedante en mi espíritu.

Subí á la diligencia y partimos.

A cada momento cuando menos lo pensaba inundabame de pronto, el perfume de chipre, de la ropa de Lauracha, que había impregnado mi cuerpo entero, y me causaba uno como recuerdo doloroso y agradable al mismo tiempo.

—Vea Don Carlos, ¡no le dije á Vd. que era de los pronosticados pa volver!—me dijo el mayoral riéndose.

—¡Quien sabe!—le contesté friamente y como tronchando la conversación.

—Lauracha tiene garras de *ñapinda*; donde se prende ó deja herida profunda ó arranca el pedazo? ¡Y lo que es Vd. no se suelta aunque lo maten, Don Carlos!

—Todo puede ser Gaitán—contestéle suavizando mi actitud.

Antes de llegar á la posta del Pantanoso donde debíamos almorzar, abrí la carta de Lauracha.

«Carlos de mi vida: Al irte dejas en mi alma el más dulce de los sueños. No he querido verte esta mañana, en primer lugar porque estaba fea, muy fea; luego porque tenía vergüenza de que me vieras? ¿Qué pensarás de mí? ¿Comprenderás todo el sacrificio que he hecho en holocausto á tu amor? ¿No apuntarás en el libro de tus amores, «una más»? Si te has dado cuenta de todo, de todo, entiéndelo bien, vuelve por tu voluntad, no te lo exijo, ni te lo ruego, y el sol de tu amor gran-

de y sincero, transformará en deliciosa la fruta brasileña mitad buena, mitad mala de que me hablaste; más si nó vuelves, como necesariamente quedará en la sombra, se tornará toda ella venenosa y acabará por destruirse ella misma! Escríbeme desde la *posta*, para que aplaque las dudas, las tristezas, las amarguras que desde el solo instante en que te has alejado de mí, han comenzado á torturarme. No me engañes, no me mientas, sé sincero, háblame como siente tu corazón, aunque me mate tu franqueza, y te lo agradecerá de todos modos la que desde hoy es para siempre jamás, tu Lauracha».

¿Pero era cierto entónces que aquello que apenas había esbozado en mi pensamiento y desechado en seguida como la hipótesis amorosa más absurda, había sucedido? ¿Era cierto lo que me parecía un sueño de mi mente acalorada?

Las grandes impresiones, parece que pasaran por nuestra memoria dejando en los primeros instantes, apenas imperceptibles huellas. Los anhelos codiciados desde mucho tiempo, cuando llegan á ser realidad toman al principio la apariencia de alucinaciones; más si los años pasan la marca se hace cada vez más honda en el cerebro y llegan á constituir la más ardorosa de las brasas que han quedado del incendio de las cosas pasadas ó muertas.

Llegamos á la *posta*.

Mientras el mayoral almorzaba, fuime á una pieza solitaria, pedí pluma, papel y tinta y escribí á Lauracha la carta más sentida y amante que ha brotado de pluma de enamorado.

Volqué mi alma sobre las blancas carillas, juré por todos los cielos volver á verla para amarla de rodillas durante el resto de mi vida, y al terminarla, presa de la emoción más intensa, con la firma cayeron dos lágrimas, que dejaron borrosa huella, arrugando el papel.

Efectivamente lloré desconsolado. ¡Ah! pero yó

volvería á la estancia sabrosal...

Nó obstante las charlas alegres del mayoral, permanecí reconcentrado, sorprendido y soñador, en la actitud que se quedaría un salvaje al ver pasar ante su vista la cinta de un cinematógrafo, representando una danza guerrera, en la que el mismo fuera actor.

A cada instante una obsesión pesada y deliciosa al mismo tiempo, me reconstruía las múltiples escenas de la noche anterior. Y trataba de arrojar de mi pensamiento su recuerdo, pero como éste estaba grabado con caracteres de fuego, volvía á reaparecer cada vez más intenso y martirizador.

—¿Sabe que Carmencita Ocampo anda ya en amores formales con el doctor?

—¡Ah! ¿sí?—lo dije con tanta indiferencia que yó fui el más sorprendido de los dos.

—Todos dicen en el pueblo que es por despecho, y que Vd. tiene la culpa por su venida á la estancia... Pero pa mí ese doctorcito es una *pedral*... Vea Don Carlos, que yó conozco á los rengos sentaos...

—¿Vd. cree que no se vá á casar?—pregunté algo interesado.

—No digo tanto pero, se hace de rogar bastante pa pedirla, pa mi que esta haciendo como el carnero, recula pa pegar después mas fuerte la topada!

—Nó le entiendo.

—Pucha que es manco. Se hace de rogar pa ver si la vieja le dice: «bueno doctor, si Vd. se casa con Carmen, aquí tiene su parte de la hijuela» Comprendió ahora?

—Ahora sí.

—Pero *ma cuando!* La vieja Ocampo es mas ladina y el doctor: ¡decirle al zorro lo que son guascas! Pa mi que si vé que la carniza está en

una trampa no dentra y se juye por entre la *m siega* á buscar *martineta* más gorda...

Decididamente, no me interesaba en absoluto porvenir de Carmencita y solo Lauracha, se n aparecía con sus encantos de odalisca, con perfume incitante del que iba saturado hasta l huesos.

Llegamos al pueblo al oscurecer.

Los faroles encendidos, de trecho en trecho, c las calles esparcían su pálida luz de queroser tristemente como con desgano. Los golpes c aire hacían vacilar la llama y en mi pens miento surgió el simil, de que alguna vez se ap garía la luz de Lauracha en mi recuerdo, al go pe de viento de una nueva pasión por Carme cita.

Pero al llegar á la puerta de mi casa le dije ; mayoral como desmintiendo mi anterior ocurrenci

—De aquí dos semanas justas, ya sabel

—¡Como no lo voy á saber! Si no hay potril que no vuelva á la querencia, ni golondrina donde ha hecho una vez el nido!



*
*
*

Durante la primera semana permanecí encerrado en mi casa. Todos los días escribíale una interminable carta á Lauracha, aún sabiendo que llegarían á su destino de á tres juntas; pero debaba que no dudara un solo momento de mi constante preocupación hácia ella.

Vivía una vida interna tan exclusiva que en pocos dias notaron en casa, mi adelgazamiento progresivo, y llegaron á temer por mi ser moral, verme constantemente silencioso y melancólico.

Las cartas que me escribía Lauracha eran interdiarias, llenas de puntos suspensivos, de retenciones, de indicaciones veladas que me enardecían como cuando su piesecito desnudo se apoyaba cuidadosamente...

Cada día eran más cariñosas las frases. Se moría sin mí! El bosque, el río, la estancia toda, eran desierto. El alma que animaba aquellas cosas había volado y todo era yermo, infecundo, muerto!

«Vente pronto: yo misma he pintado la *charrette*, en la cual haremos tantas excursiones!» En otras.

«Sabes?... tu *camita*, la *camita* que tanto adoro, ¡he mudado las cortinas y la he llenado de motivos rosados. No vivo sin tí. He creído morirte! ¿Sabrás que refistoleando en los papeles que dejaste encontré aquella poesía tuya que no me quisiste dar:

Eres la estrella que en el pantano
de mis pupilas fiel se refleja.

Yo soy la nube que en el verano
de tus miradas se desmejale»

«¡Cuando me la cantarás al oído y entonces mis besos serán puntos suspensivos puestos al final de cada estrofa tuya.»

«Vente enseguida yá he hablado á *tatita* de tus intenciones. Se mostró muy contento y dijo: ¿para decir que sí, se mandó mudar? ¡Vaya un muchacho cito vergonzoso! ¡Vergonzoso digo yó, si el señor se piera!»

«La que está contenta como unas pascuas es mamá Riana. La pobre creyó que te ibas para siempre. Todavía no está muy segura de que vuelvas. No le he podido mostrar tus cartas porque traen cada cosa que solo yó puedo leer, eso que después de cada lectura caigo enfermo. Sé más serio y prudente, andá que se llegue á perder una!»

Hete aquí que siendo el objeto del baile la beneficencia, vino á casa á recolectar fondos, una comisión de señoritas, entre la que se hallaba Carmencita.

Como incidentalmente yo las recibiera, tuve que conversar con ellas.

Me encontraron muy cambiado, más pálido etc., etc.

—Se conoce que no le han probado los aires del campo!

—Ave María, si está hecho un fantasma!

—Parece que vió una *lux mala* en una *tape* y se ha quedado lelo!

—¡No es cierto! Durmió bajo una *aruera* y ha vuelto pavito del todo.

Carmencita no decía nada, pero reíase infantilmente mirándome con picardía.

—¿Y Lauracha?—me preguntó después de un rato.

—Está muy buena.

—Me ha escrito que Vd. vuelve á *pedirla* á sus padres de aquí pocos días.

—Tanto como *pedirla*...

—Parece que *esta vez* el noviazgo vá de verdad.
—dijo con despecho.

—Como el suyo con el *dotor*.

—El Doctor de los Santos? ¡Uff!

—Me han asegurado que se casa con Vd.

—Sí, es posible, cuando Vd. se case con Lauracha.

—Entonces que espere sentado—lo dije casi sin ensarlo, como obedeciendo á una convicción íntima.

Ella alzó su vista hacia mi y permaneció como oñadora. Luego bruscame de nos apartamos.

Observé las líneas esculturales de su cuerpo mórvido, las facciones tranquilas y soberbias de una Venus de Milo, y su carne blanca y rosada, y sus ojos negros serenos, reflejo de un alma pura, y hubo en mí ser la vacilación momentánea que experimenta el fiel de una balanza, cuando en uno de sus platillos se arroja de golpe un peso cualquiera; pero el de Lauracha, cargado con todos aquellos recuerdos imborrables en la vida de un hombre, continuó inclinando el fiel á su favor persistentemente.

Carmencita al despedirse de mí, me dijo:

—Que sea Vd. feliz Carlitos.

—Igualmente, Carmencita!

Una vez que hubo salido del zaguán de casa, la ví por entre los visillos, pálida como una muerta, conteniendo á duras penas unas traidoras lágrimas que querían brotar de sus ojos...

Las nuevas cartas de Lauracha se tornaron tan apremiantes que resolví anticipar unos días mi partida.

En el pueblo se corrió la voz de mi casamiento con Lauracha y todos me felicitaban á porfía, y hasta algunos en broma me saludaron llamándome: «señor estanciero», lo que no dejó de alhagar mi amor propio.

La segunda partida para la estancia fué realmente más emocionante que la anterior para mí, porque el deseo de llegar pronto me devoraba. El paisaje me parecía nuevo á pesar de que lo veía á través de mi recuerdo más que con los ojos.

Como no contestara á la charla del mayoral, éste concluyó por no hablarme todo atufado, aunque algunas veces cantaba cancioncillas burlonas á mi respecto ó al castigar á uno de los jamelgos lo hacía diciéndole:

—Tire amigo, siga tirando que algún día ha de estrellarse contra un poste del telégrafo y se acabarán sus penas!

—Arre *máula* y mire donde pisa que no sea un *tembladeral* de donde no lo van á sacar ni *á lazo!* Arre! arre! júll jál jál jaaal...

Al oscurecer de aquel día, alcancé á ver desde lejos la masa sombría del bosque de eucaliptos.





Contra lo que me esperaba la encontré á Lauracha seria, juiciosa y como agobiada por tristes pensamientos.

Alegróse apenas de mi llegada y saludóme con afecto pero sin entusiasmo.

Tanta diferencia había entre lo que prometían sus cartas y su recibimiento que me quedé como alelado.

A la tarde de mi llegada salimos juntos al río de paseo.

Apenas nuestros inseparables acompañantes, Anita y el perro de Terranova, se hubieron adelantado un poco, animado de un impulso irresistible, le eché los brazos al cuello á Lauracha y quise besarla, pero ella se resistió esquivando diciéndome alterada visiblemente:

—No Carlos... No quiero! ¡Eso no!

—¿Esto era lo que me prometían tus cartas?

—No debe ser! Hay que tener caracter para mantenernos firmes en el propósito de ser juiciosos.

—Es posible que te hayas olvidado ya de mi amor.

—Porque me acuerdo demasiado!...

—Entónces?

—Entónces ¿quieres que llegue un día en que!...

No Carlitos, no, porque te amo, porque temo que dejes de amarme, es que quiero *evitar* de hoy en adelante toda manifestación que pueda comprometer mi dignidad y... la tuya también.

—Perfectamente!—dije en un tono airado.

—No te irrites; no creas que lo que ha pasado fué un impulso del momento. Es porque temo otra caída, es porque sé que ejerces sobre mi voluntad un dominio de señor todo poderoso, es que... ¿pero díme? Acaso no es preferible que te quedes con el deseo de uno de mis besos á la hartura de los besos dados? Y luego ¿no tendremos tiempo suficiente para comernos á besos después?...

—Ah!—dije como el que lo duda.

—¿Creo que bien pronto nuestra boda será el completamento de una felicidad eterna! ¿No contestas? ¿Estás enojado? ¡No sé qué hacer, Dios mío! Llegamos al barranco.

Lauracha se detuvo en su orilla y miró hacia abajo.

—He ahí mi lecho de bodas!—dijo alegremente señalando el remolino silencioso.

—Qué broma macabra!

—¿Porqué será que las cosas que giran ejercen tanta atracción sobre ciertos espíritus... como el mío?

—Porque algún tornillo debe haberse aflojado dentro de ciertas cabecitas...

Y ella sin atenderme:

—Me quedaría las horas perdidas viendo cómo el agua que viene agena á lo que la espera, se encausa de golpe y se arremolina vertiginosamente arrastrando todo lo que encuentra á su paso. ¿Dónde conduce ese embudo? ¿No parece que hubiera ahí una sima profunda que no se llena nunca? ¿Porqué algunas veces he creído firmemente que abajo, más allá del agua, hay un palacio encantado como en los cuentos de Andersen, donde reina el hada felicidad rodeada de los génios—placeres eternos?

—Eres muy soñadora...

—Sí. Con la diferencia que la generalidad de las mujeres sueña durmiendo y yo sólo sueño despierta! Pero se hace tarde, volvamos á casa...

—Entónces?...—pregunté interesado en el asunto de los besos—¿come si recién nos conociéramos?

—No, como si teniéramos conocernos del todo...

—Te advierto que no me conformaré con tus disposiciones tiránicas. No darme un beso, uno solo... es una crueldad inaudita:

—Si yo supiera que un beso solo había de satisfacerte!... Pero no seas malo. No me hagas sufrir con tus pedidos; créeme que sufro mucho!...

Volvimos á la casa, ella emocionada, yo de mal humor.

Alberto seguía en la ciudad ocupado en los asuntos de la estancia y Mauricio había salido á efectuar una nueva gira comercial á la semana justa de que yo partiera y en vista de que Lauracha optó por permanecer encerrada en su pieza sin ver á nadie.

Fuése triste y lloroso. Como estaba convencido de que yo no volvería más á la estancia en cuanto se corrió la noticia de mi nueva venida y esta vez en tren de novio oficial, se apresuró á ser testigo presencial y despechado de mi felicidad.

Como á los pocos días de hallarme en la estancia atacóme una fiebre intensa, Mauricio se constituyó amablemente en enfermero mío. Durante tres días me acompañó sin separarse casi de mi lado, atendiéndome con un afecto paternal.

No dejó de alarmarme al principio, cada vez que me administraba una tisana ó un cachet. «¿Si estará por deshacerse de un rival?» me preguntaba alarmado, y tomaba el remedio con bastante temor. Pero al observarle, tan bueno y cariñoso, con sus ojos de mirada de perro fiel, y al oír su vozarrón lleno de franqueza, se disipaban mis dudas y atendía agradecido sus prescripciones.

Cuando Lauracha venía de tarde ó de noche á visitarme y yo estaba dormido, Mauricio hacía señas de que no hablara fuerte, me arropaba, y cuidaba que las moscas no se posaran sobre mi rostro.

Cierta vez, ya convaleciente, se aproximó á mi lecho y me dijo con toda gravedad:

—Carlitos, voy á hacerle una pregunta, una sola...

—Pregunte Vd. Mauricio.

—Diga Vd. ¿La ama de verdad á Lauracha?

—¿Para qué lo quiere saber?

—Quiero que Vd. me diga si la ama tanto como yó... Séame franco?

—Bueno voy á serle franco. La amo tanto como Vd.

—¿Y piensa casarse con ella?

—Claro, que pienso.

—Está bien. Es lo único que deseaba saber—y permaneció preocupado largo rato como conteniendo á duras penas un sollozo.

—¿Porqué me lo ha preguntado V. si sabia que había de causarle tanto dolor?... —le dije.

—¿Porqué? Porque quería tener la evidencia de que Vd. la ama, para yo... —y se detuvo en suspenso.

—¿Para qué?

—¡Oh! ya sé lo que tengo que hacer—y un relámpago de supremo dolor apareció en su feo rostro de mulato.

Tuve el presentimiento de que Mauricio había tomado en aquel mismo instante la determinación de matarse y quise consolarle.

—Después de todo, buen Mauricio, á que se empeña en luchar contra el destino? Es muy duro convencerse de su propia impotencia! Figúrese que á mí se me ocurriera de pronto obtener una estrella del cielo para hacerme un alfiler de corbata, y que pusiera todas mis fuerzas y mi inteligencia al cumplimiento de esa idea estrafalaria? ¿No sería mejor que me diera cuenta de lo absurdo de mi anhelo y lo abandonara por imposible?

—¿Y quien tiene en el mundo la fuerza de resistir á una pasión y al impulso del más tirano y cruel de los instintos? ¿Quien es capaz de tanto esfuerzo de voluntad? Dígamelo Vd. y acudiré á él para que me recete su método...

—¿Quién, ha dicho Vd? ¿Quiere conocerle?

—Sí, con ansias verdaderas.

—¡Pues, Vd. mismo!

—¿Yo mismo?—exclamó sorprendido.

—¡Le repito que Vd. mismo! ¿Quién más que Vd. ha tenido en la vida más abnegación, más nobleza, más altruismo? ¡Vd. que perdonó la infidelidad de su esposa, la traición del amigo que le robó toda su fortuna; Vd. que há repartido generosamente los remedios de su botica á los pobres; Vd. que es el más desinteresado de los benefactores que conozco; Vd. que no ha vacilado en estos tres días en permanecer junto al lecho de un rival enfermo! ¿Vd. no sería capaz de desterrar de su corazón un amor imposible? ¡Un amor que Vd. sabe muy bien no és, no puede ser, correspondido!

—¡Ah! Don Carlos. Todo lo que Vd. ha dicho me ha llegado al alma! Sí, tiene Vd. razón; de todo eso he sido capaz, pero créame Vd. que no habrá fuerza humana capaz de arrebatarme el amor que siento por Lauracha. Se casará con Vd. enamorada, loca, pero Mauricio continuará adorándola y viéndola con los ojos del alma, en las noches sombrías de su existencia, hasta que un buen día... un buen día no pueda más!...—y se alejó acariciando quizá una idea fatal.

Como se hubieran suspendido las loterías, una noche fuí invitado por Doña Mariana á jugar con ella á la brisca.

Lauracha que no le gustaba el juego de cartas, se sentó curiosa á presenciar la partida.

Yo estaba indiferente hacia ella.

De pronto un pié descalzo aleteó deliciosamente sobre el mio, y así siguió durante largo tiempo hasta que dejamos de jugar.

—¿Me esperas en la ventana?—la dije. Y ella sin hablar, con un dedo de su mano me hizo seña negativa.

—¡No importa, iré á golpear!

—¡Harás un feo papell

—¡Veremos si tienes valor para no abrimel

A las doce salí misteriosamente de mi pieza, y fui á la ventana. Más fueron inútiles mis golpes y mis amenazas, pues Lauracha se mantuvo firme en su resolución y me volví con el despecho y la ira en el alma.

Y al recostarme sobre el lecho, me pareció que los innumerables moños rosados que le había puesto Lauracha, se burlaban de mí, é inspirado por infantil venganza los arranqué uno á uno.

Luego me acosté meditando que es cierto el aforismo, de que suele haber mucha distancia de la copa á los labios.

El aburrimento hizo presa de mi caracter y me entregué de lleno á la cacería de alimañas y aves del bosque.

Todos los días volvía de mis excursiones cargado de mulitas, nutrias, palomas y perdices. El cansancio con que volvía de ellas me evitaba noches molestas de insomnio.

Alberto escribía amenudo y estaba satisfecho del giro que tomaban los amores de su hermana conmigo, y hasta llegó á ofrecermel en broma, el regalo del comedor nupcial.

Federico me trataba francamente de *cuñao*, y el viejo Don Ricardo se permitió consultarme respecto de muchos de sus asuntos, para probar segun decia «si yó era *manco*, si tenia uñas pa guitarrero y dedos pa acordeonista.»

Cierta vez que me atreví á decirle que era necesario colocar la estancia á la altura de las más adelantadas de la república, y que los métodos de crias, cuidados y faenas allí existentes eran algo rudimentarias y atrasados, me contestó acremente:

—Vea don, enseñarle al padre á hacer hijos, al *nandú* á cazar moscar y al zorro lo que son mañas, es cosa que nunca he visto en los años que tengo, así es, que meta violin en bolsa y vaya á aconsejar á su agüelital—Con lo cual se me quita-

ron las ganas de meterme á redentor en lo futuro.

No obstante la promesa de Mauricio de conformarse con los amores míos, se tornó realmente cargante é insoportable con de Lauracha.

De tal modo que fastidiada ésta y por mi consejo, resolvió tener una conferencia con él y rogarle encarecidamente abandonara la estancia, porque era un obstáculo á nuestros amores.

Nó sin lástima me decidí á que Lauracha le hiciera ese pedido que implicaba para él una sentencia de muerte.

Llegada que fué la noche, Lauracha le llamó á su pieza y le abordó resueltamente. Debíó ser muy fuerte la impresión que recibiera el pobre Mauricio puesto que no se oyó durante un largo rato más que la voz de Lauracha y solo los suspiros profundos de aquel.

—De modo que tu, Lauracha, me echas.

—No, Mauricio, no soy capaz de semejante acción; pero es tiempo que te diga, te has vuelto cargoso y demasiado atento para con mi persona. Ya sabes que Carlos es mi prometido, que yó le amo y seré su esposa dentro de poco ¿Te parece razonable lo que tú haces conmigo? ¿Te parece que el pueda ver con gusto el que tú continúes obsesquándome y persiguiéndome con tus enamora- mientos no correspondidos?

—¿De modo que tú me echas? ¡Tú, Lauracha!

—¡Te he dicho que no me importunes! ¿No dices que quieres verme feliz? Bueno ha llegado el momento de que lo soy y lo seré aún más. ¿Que más deseas? ¿Acaso pretenderás ser un obstáculo á mi dicha futura?

—En resumidas cuentas, tú me echas, tú!...

Y no salía de aquella frase que resumía todas las ideas de Lauracha, hasta que ésta, irritada, se salió de madre y le dijo furiosa.

—Bueno, sí, te echo y se acabó. ¿Quieres que te lo diga más claro? Te echo de mi lado y basta...

Y Mauricio atacado de súbita cólera.

—¿Te has olvidado yá? ¿No recuerdas *aquella* noche? ¿No la recuerdas?

—Si la recuerdo, ¿que hay? ¡Fuiste un sonso! Me quedé espantado de tanto cinismo.

Y él tranquilo con voz sonora indignado:

—¡Ah! si ahora me insultas! Tú á quién no quise perder, tú que deberías guardar en tu alma una veneración sin límites hácia el hombre que hubiera podido hacerte desgraciada para el resto de tu vida!

—¡Cumpliste con tu deber! Nada más, en resumidas cuentas. Solo loca, hubiera podido amarte; ya ves que ahora en pleno uso de razón te desprecio!

—¡Mi deber! Si yo no hubiera tenido esta alma tan caballeresca que tanto te sorprende, hubiese abusado de tu estado. ¡Oh! Aquella noche, la recuerdo con frenesí y la odio.—Y siguió, lleno de santa indignación.—Habías bebido, estabas ebria y te tuve en mis brazos, y esa boca que me dice palabras tan amargas besó la mía con ansias, y esos ojos que ahora me miran airados me prometieron mil delicias; pero fui magnánimo, fui fuerte, porque te amaba y he aquí ahora la recompensa!

—¿Y qué? ¡pretendes tenerme en rehenes hasta que á tí se te ocurra libertarme! Yo casi no me acuerdo de lo que sucedió esa noche. Reinaba tanta alegría por el casamiento de Genoveva mi hermana mayor! y era una chicuela; en la mesa nos embriagamos con champañe juntas con otras amigas; después recuerdo que salí al patio mareada, me fui á la quinta, tú me seguiste, me abrazaste y yó como estaba fuera de mí, no se lo que hice. Créeme que solo en ese estado te lo repito pude haber... cometido alguna inconveniencia! ¡Luego no es necesario que tomes por la tremenda mi pedido! Si lo he hecho, ha sido más por mi futuro esposo que por mí.

Yo permanecía, airado, celoso, saboreando una venganza.

Ella prosiguió.—Luego, Mauricio, debo manifiestarte mi extrañeza por el recuerdo que has traído. Si alguien te ha oído, pues has hablado tan fuerte podría haberse formado muy pobre idea de ambos. Me has probado una vez por todas que no es amor puro el que me tienes.

—¿Que no te amo? ¡Yó! ¡Oh! esto es lo último que me faltaba, Lauracha. ¡Dios mio, Dios mio! porque me castigas de este modo! Que fatal destino pesa sobre mi existencia? Yo que veo en tí, la madre, la esposa, la amiga única capaz de consolar mi desgraciado corazón?... Que cruel, que cruel!—y se echó á llorar á lágrimas vivas.

—Bueno no llores Mauricio. Eso me apena más que lo que me has dicho.

—Te apena, te apena y á mí? Más tú no consentirás en que me vaya, nó? ¿Verdad Laurachita?

—No Mauricio, mi resolución está hecha. Debes abandonar esta casa al menos por ahora.

—Bueno cumpliré tu orden pero en cuánto tu novio haya pedido tu mano á tus padres. En cuanto sepa que ha dado ese paso y que nadie se opone á tus bodas, me iré... si me iré para siempre, y no oirás hablar nunca más del pobre Mauricio!

—¿Y entretanto?

—Entretanto me quedaré en la estancia; pero te juro que no seré importuno. Durante el día saldré á visitar enfermos por los alrededores y me verás sólo á la hora de comer. ¿Me lo permitirás?

—Bueno. Trato hecho. Acabemos de una vez.

—¿No me das la mano Laurachita?

—¡Toma la mano, empalagosol!

Salió Mauricio de la pieza y fuese á encerrar en la suya donde probablemente continuaría llorando hasta que el sueño le rindiera.

Al encontrarme en la galeria con Lauracha ésta me miró investigadora y como viera mi mal ceño me preguntó:

—¿Has oído las ocurrencias del pobre Mauricio?

—Lo he oído todo.

—¿Todo?

—¡Todo!—dije yo con violencia, alejándome con deseos de triturarla, de insultarla, de humillarla.

Y ella tranquila é indiferente, mientras cerraba la puerta de su habitación.

—¡Me alegro mucho! ¡Ah! ¡Que no muerdas las sábanas! ¿Eh?



*
* *

La tropilla ha sido encerrada en el corral. Los baguales son jóvenes, esbeltos y hermosos. Las crines se han criado salvajes, las colas están llenas de abrojos, los ijares sucios, los remos embarrados.

Forman un grupo compacto del cual sobresalen únicamente las cabezas cuyos ojos semi-aterados miran con curiosidad infantil hacia el grupo de peones que preparan los lazos.

El lazo, enemigo de la libertad, manejado hábilmente por certero brazo gira en el aire y se lanza como culebra á la conquista de un robusto cuello.

Ya está.

Ha comenzado la domada.

La doma gaucha, la absolutamente primitiva, constituye un cuadro brutal y poderoso que impresiona grandemente al que lo observa por primera vez.

El animal arisco y selvático, que ha andado en tropilla desde que naciera, tiene ansias de libertad que ningún freno puede amordazar en los primeros tiempos de su educación. El instinto de libertad de sus primeras épocas de dominio absoluto en las llanuras árabes, en las estepas rusas ó en la pampa nuestra, donde ha corrido siempre á su albedrío, lo viene heredando desde siglos atras, poderoso, latente á pesar de todas las generaciones que han sido obligadas á servir al hombre en sus múltiples exigencias.

La bestia altiva ha sido enlazada brutalmente por el cuello. Se ha resistido por breves instantes hasta que el lazo le corta la respiración y cae como fulminada al suelo.

Allí la asaltan dos ó tres peones: uno le pone un *bocado* hecho con una lonja de cuero crudo; otro le coloca una manea en las extremidades anteriores mientras que un lazo se le enrosca en las posteriores. Apenas puede pararse cuando á ello le obligan. Luego, sobre los lomos la *bajera*, los *mandiles*, la *carona*, el *recado* de duros bastos de junco y encima los *cojinillos*. Se le aprieta brutalmente el cinchón.

El pobre animal se mantiene en pié, asustado, resoplando fuertemente, con los ojos saltones, estupefacto de que hayan podido aprisionarle las patas, y le hayan apretado por primera vez su libre abdomen, y le hayan puesto en la boca la insoportable mordaza del *bocado*.

Yá está pronto para conocer por primera el peso del rey de la creación, el cual arbitrariamente y contra todas las leyes más claras de la historia natural, vá á troncharle su felicidad, á torcer sus inclinaciones y á desviarle de sus instintos tan poderosos como la órbita que describe un astro celeste.

Pero me olvidaba que hasta estos sufren la influencia perturbadora de un cometa cualquiera!

El hombre, un gaucho de fama para estas hazañas, de un salto está encima de él.

—¡Suelten muchachos!—y se le afloja al bagual el lazo de las patas traseras y le quitan la manea de las delanteras.

Junto á él se coloca un hombre á caballo que oficiará de *ladero*.

El caballo permanece quieto por breves instantes. Está en los palotes y el hombre pretende ridiculamente que de pronto escriba de corrido!

¿Que hay que hacer cuando nos sentimos oprimidos, ligados, amordazados y montados? ¿Y todo

por primera vez en la vida, que hasta entonces se ha deslizado libre, sonriente, alegre sobre la verde gramilla de los campos y bebiendo en las aguadas frescas de los arroyos?

Veamos y disculpa el atrevimiento, lector amigo ¿que harías si te pasara lo que á un modesto bagual de las pampas argentinas?

¿Dime la verdad?

¿Es cierto que por nada del mundo, por más inteligente que fueras, se te ocurriría echar á andar? ¿Claro está que menos pensarías en correr?

El miedo, el terror te mantendrían inmóvil, dudoso de lo que se exige de tí. Pues bien, el rey de la creación desea que te des inmediata cuenta que debes hacer lo imposible; andar y correr! con él encima, apretado por la cincha, con la boca dolorida, opresa con una áspera correa y molestado por los empellones de otro caballo que dificulta más la solución del problema.

¡Hecho insólito en los anales de la vida de un caballo!

El monstruo se afirma bien en los estribos, clava las grandes espuelas llamadas *nazarenas* por referencia á la corona de Cristo, oprime con fuerza las robustas y prácticas rodillas, y *chupa* como se dice afuera, es decir, anima con el cuerpo los primeros pasos. ¿Qué hacer? ¿Cómo comprender lo que se exige de nosotros? La indicación no se hace de esperar. Un fuerte latigazo, un espolazo terrible, y un empellón del *ladero*, en las ancas, nos sume en nuevas perplejidades. ¡Y otros, y otros, cada vez más violentos! ¿Pero por todos los dioses en que creemos, el dios del frío, del calor, del viento, del buen pasto, de la buena agua, del rayo que á veces se ensaña con nuestros pobres compañeros de pelage blanco; digo por todos los dioses ¿quien diablos entiende ese lenguaje brutal é inusitado?

Claro que al cerebro más obtuso de cuadrúpedo, le viene la ocurrencia de librarse de cualquier

modo de la bestia que le monta, le oprima y le castiga.

Tentemos el primer esfuerzo. Un salto á un costado y otro hacia atrás de contra efecto; algo como un retroceso en el billar, para clavar de cabeza en el suelo al enemigo, y un par de patadas al molesto ayudante y su ginete.

¡Inutilmente! ¡Nos hemos equivocado! El monstruo se mantiene firme. La cosa es mas difícil de lo que hemos creído al principio. Entretanto, nos hemos exaltado un poco; la indignación nos ha hecho perder la sangre fría necesaria, y cometemos una serie de *chambonadas* de las que nos hemos de arrepentir más tarde. Salto acá, escarceo allí, respingo hacia aquí, bote hacia allá, corcobos de toda índole. Nada, todo inútil, no nos podemos librar de este diablo cruel y solapado, que sigue impertérrito encima nuestro, dándonos de palos sin compasión y clavándonos las terribles *nasarenas* en los ijares ensangrentados.

Último recurso aunque nos quebrems el espinazo. Nos paramos en las dos patas traseras á todo lo que podemos, un boleó y hácia atrás de golpe.

¿Créemos que su cuerpo, el cuerpo pesado del monstruo, nos vá á evitar el dolor del golpe? ¡No tall! El gaucho antes de que cayéramos se ha escurrido habilmente á un costado y caemos con todo nuestro peso sobre las mortificadas espaldas quedando un sí es no es descalabrados y en situación ridícula.

Antes de que háyamos vuelto á la posición natural, yá le tenemos encima otra vez.

Luego presa de súbita ira, nos lanzamos contra el alambrado, contra la casa, contra los postes con la intención de destrozarle; pero el hábil y despierto *ladero* se interpone oportunamente.

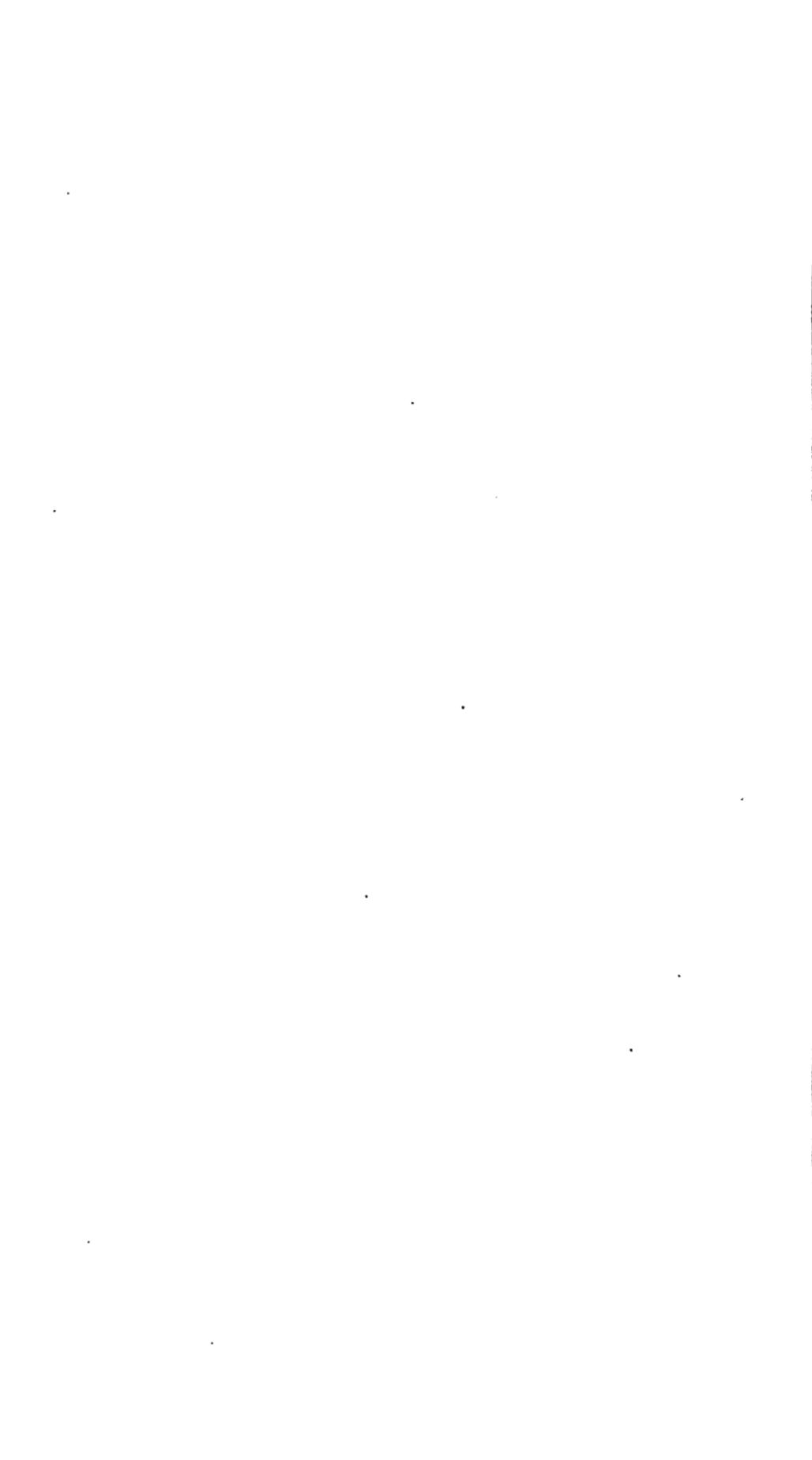
¡El ladero! Un traidor á la santa causa de la libertad; un vendido, un cobardel...

Entonces desesperados echamos á correr veloz,

furiosamente, á campo traviesa, sin obedecer los ásperos tirones de la rienda del *bocado*, hasta que al fin exhaustos y envilecidos, con la vergüenza de la derrota, volvemos al corral, jadeantes, con el cuerpo molido, la boca ensangrentada, las ancas llenas de verdugones y los ijares rasgados por las terribles nazarenas.

Cuando nos han librado del yugo que nos ha oprimido y volvemos al campo, la gramilla ha perdido su sabroso gusto y el agua del arroyo nos parece amarga; no sentimos más las ansias locas de retozar infantilmente como otrora, y una nube de tristeza embarga nuestro ánimo; y recién nos damos cuenta que un dios más terrible que el viento, el rayo, la seca, la peste, la canícula etc. etc. nos ha esclavizado para el resto de nuestros días!





*
*

Como quedáramos en engorrosa situación Lauracha y yo después de su entrevista con Mauricio, por celarla, comencé á enamorar á Anita.

La pobre *china*, sugestionada por la preocupación dominante en todos los de la casa hacia mi persona, y especialmente por su amita, que no cesaría de hablar de mí y ponderar mis hechos y mis cosas, dado que amor es ciego y predispuesto á la exageración casi siempre, habíase enamorado de mi persona. Pero contra mis deseos su enamoramiento era puramente ideal y si bien le gustaba oírme relatar acontecimientos de mi vida á los cuáles yo daba de propósito cierto tinte romántico, quedándose embobada y suspensa de mis palabras, en cuanto la dirigía una broma picaresca sonrosábase toda y huía de mi lado demostrándome claramente su disgusto. Durante el día al menor pretexto, se cruzaba conmigo ó entraba en mi pieza. Tantas veces la he sorprendido arreglando mi ropa interior en el ropero ó ensimismada observando el monograma complicado de un pañuelo de seda cuyas letras no coincidían con las de mi nombre.

Notó Lauracha las oficiosidades de la criada, pero por dignidad hizo la que nada sospechaba.

Estaba transformada del todo. Una racha de buen juicio hábale quitado toda suerte de excen-
tricidades, y estaba realmente encantadora con su porte recatado y más propio de una monja entregada á místicas meditaciones que de la loquilla que yo había conocido.

Aquella actitud lejos de desagradarme, me causaba secreto placer, porque lo que yo temía en ella eran sus desbordes pasionales ó crueles, bien que los primeros no dejara de apetecerlos. Cuando tal la observaba mi pensamiento caía en la noche aquella primera de amor, y la veía tan lejana, tan inverosímil que muchas veces distraído me detenía á meditar acerca de su veracidad.

¿Tendría valor y fuerza de carácter para resistirse en lo sucesivo á los llamados imperiosos de su temperamento y á los del mío no menos ardoroso?

Analizando su nueva actitud á mi respecto, llegué al convencimiento que si se mostraba recatada y pudorosa, era engañándose á si misma, y obedeciendo á la consigna que se había impuesto de ser juiciosa hasta que nos unieran los indisolubles lazos.

Pero estaba escrito que todos aquellos proyectos habían de esfumarse en la primera oportunidad que se presentara.

Una tarde fuimos invitados al velorio de un *angelito* que había fallecido en un *puesto* vecino.

El criterio neo-religioso de la gente de campo encuentra razonable que el fallecimiento de un inocente no constituye una pena y en cambio se debe festejar como un acontecimiento feliz.

Decía Don Ricardo Mornins á ese respecto:

—¿No enseñan las tantas paparruchas religiosas que predicán esa punta de frailes y curas haraganes, que el niño que muere vá derecho al paraiso, á servir de mucamo al mesmo tata Dios?

La excursión iba á ser en el break de la estancia después de la comida.

Federico y los peones eran de la partida é irían á caballo, Lauracha, Doña Mariana, Jualiencito, Anita, la cocinera y yó, en el break.

Cuando llegamos al arroyo, la luna no había salido aún y Juliencito que llevaba las riendas dió facilmente con el vado en medio de la má completa oscuridad.

Lauracha iba á su lado, gozosa, alegre, diciendo chistes y haciendo chasquear el látigo á cada instante.

Cualquiera alteración en el orden de su vida monótona la causaba una alegría infantil.

La marcha era vertiginosa y hasta el mismo Julián, le decía á su hermana.

—¡No castigues así! Traemos á los bayos que tienen malas pulgas...

—¡Oh! no seas miedoso...

—Es que si muerden el freno no hay quien los sujete...

Pero ella seguía castigando caprichosa, excitada. Felizmente llegamos al *puesto*, antes de que sucediera nada de malo.

Oí que Doña Mariana al detenernos la reprendió severamente á Lauracha y que ésta la contestó burlona:

—¡Ya estas chocheando viejita!

Y como la viejecita indignada la dijera:

—¡Ah! ¡que *bellaca* eres Lauracha!

—Dejate de cantar jilguero. ¡Vamos Anita!—Y se fueron al rancho.

—Hoy está con todos los pájaros—dijo la viejecita mirándome.

Estos *puestos*, constituyen la habitación de un sub-capataz que tiene á su cargo la vigilancia y el cuidado de una porción de campo más ó menos regular. Generalmente lo forma un solo rancho dividido en dos por una mampara de junco ó paja brava entretrejida, y una cocina con fogón en el suelo, donde siempre hay unas brasas y una *paba* con agua caliente para el mate cimarrón ó amargo; pues el dulce es despreciado por la gente ruda y solo lo usan los *manates* y *cajetillas*.

Pero el *puesto* donde estábamos era de más importancia que los comunes y tenía tres habitaciones grandes y una cocina.

Habitaba en él un peón, su *china* y tres hijos.

El mueblaje no podía ser más primitivo y tosco.

El *angelito* que había fallecido, era de acentuado color cobrizo, lo que á mi entender le perjudicaría grandemente cuando el gran chambelán ó maestro de ceremonias del paraíso, le quisiera expedir los despachos de angel-paje del Todo-Poderoso, no siendo blanco y de guedejas ó rulos dorados según la idea corriente y exclusiva que tenemos los *rostros pálidos* de los angeles.

No obstante para aquella gente el feo chicuelo estaba destinado á tener un puesto en la corte celestial, por el solo echo de haberse muerto de niño. ¡*Santa simplicitas!* Yacía el héroe de la fiesta, vestido de blanco, adornado con unas guirnaldas de azahares artificiales que yá habían servido en algunos matrimonios ó ceremonias análogas, en un pobre cajoncito de pino blanco, colocado sobre una mesita de noche y un pilón de ñandubay de pisar maíz. Rodeábanle cuatro cirios. y en la cabecera un crucifijo, al cual le faltaba uno de los brazos, obligando al pobre crucificado á hacer prodigios de equilibrio y aun más cruel el suplicio, pues le habían clavado una larga tachuela en la espalda, cosa qué tenía sin cuidado á los concurrentes!

Las paredes ostentaban un retrato de Don Juan Manuel de Rozas, otro de Sarmiento y otro de Saravia. Había unas oleografías que representaban varios hechos de armas de gauchos con galera de felpa y calzoncillo *cribao*, y el único retrato conocido de Garibaldi con su histórico birrete colorado, de donde ha nacido el dicho: «no le he visto la pelada á Garibaldi».

Unas rinconeras de cuentas multicolores sostenían unos floreros con penachos de *yutay*, azules y rojos, por entre los cuales asomaban algunos retratos ecuestres de gauchos, que lucían más al caballo que á sus personas, y de *chinas* acicaladas como para un día de fiesta patria.

Algunos bancos servían para los que velaban al *finaito*. Unas *chinas* viejas, con el pucho de ciga-

rro negro en la oreja, charlaban en voz bastante alta de asuntos escandalosos, mientras una *pardita* les cebaba mate.

La madre y dueña de casa andaba de un lado para otro, hacendosa y disponiendo todo para que el baile que iba á efectuarse estuviera lucido. Con los ojos llorosos y una sonrisa que parecía agena y clavada á martillo en su rostro, contestaba, saludaba, ordenaba, etc. etc., sin inmutarse. Su constante preocupación era la gran olla de chocolate que bullía en la cocina. Andaba por todos lados inquieta, y cada vez que entraba en la pieza fúnebre, sollozaba mirando el cuerpecito de su hijo querido. ¡La única quizá que allá en sus adentros no aceptaba la ficción de los curas!

En la pieza inmediata, hallábanse sentadas multitud de *chinas*, emperifolladas, empolvadas, y perfumadas excesivamente con agua Florida de la más barata ó aceite de rosa.

Afuera un grupo de paisanos esperaba que comenzara la música para bailar. Entretanto reíanse como de costumbre, tontamente al menor pretexto.

De pronto se oyeron unos vivas y aplausos.

Llegaban á la reunión un acordeonista gringo y dos guitarreros de *mi flor*, *mentaos* en todo el pago.

Se iba á bailar el pericón con relaciones, el gato, la zamacueca, y sobre todo unos tangos recién *llegaos* de la ciudad!

—A ver *musiqueros* si empiezan,—dijo el dueño de casa que había ahogado su dolor en la más fuerte caña que pudo hallar.

Afinaron las guitarras los dos acompañantes, mientras el gringo hacía arpegios y fugas en la *acordeón*, para lucir su agilidad.

—¿Que tocaremos Nemesio?—preguntó uno de los guitarreros con voz aflautada enorgullecido de la misión que iba á desempeñar.

—Lo que quieras Ovelar—contestó el otro entornando los ojos y pasándose la mano por la negra

melena, huntada con el más puro aceite de oliva importado.

—Metémole á lu *chotis* cun lo bordoneos se non li dispiace á la distinguida concorrenchia—dijo el gringo, afirmándose en la oreja un clavel rojo, regalo de una mulata allí presente, y que se lo comía con los ojos desde lejos.

—Metámosle á la polca número catorce pa em-
principiar...

—Eso és, Bravo! La catorce!

Y comenzaron la polca, y todos los hombres se entraron en la pieza, y cada uno se fué á la primera hembra que encontró vacante.

En cuanto la dueña de casa oyó la música y comenzó el baile, la atacó un golpe de llanto intenso y tuvieron que sacarla las viejas chinas al fresco, para que «se consolara y no echase á perder la fiesta!»

—Consuélese Doña Torcuata, vea que el angelito está en el cielo.

—Pero era tan buenito, tan lindo, cuando me decía mamita quiero dormir... y se venía á mi falda...

—Consuélese, que cuando Dios se lo ha llevado es porque debía ser así.

—Bien me lo hubiera podido dejar. ¡Se ha llevao á tantos ya! ¿para que lo quiere?

—Ave Maria Doña Torcuata ¿Vd. se atreve á rezongarle al mismo Tata-Dios?

Y el marido ebrio ya, con voz ronca:

—¡No llore mi *chinal*! Si hemos de hacer otro en la primera ocasión!

La polca habia terminado y uno de los guitarreros sin que nadie se lo pidiera comenzó á cantar con voz atiplada acompañándose con la guitarra:

«Yo tenía un perro
Yo tenía un perro
Yo tenía un perro
Barcino tuerto.»

Y siguió bordoneando un largo rato teniendo á toda la concurrencia suspensa del perro barcino tuerto; luego cambiando de tono:

«Barcino tuerto....

«Cuando el perro ladraba

Cuando el perro ladraba

Cuando el perro ladraba

Peludo cierto!...

—¡Jua, jua, jua! ¡Que es ladino! ¡Que bien canta!
¡Que siga! No que se calle! ¡Que lo afeiten y le
dén chocolate! ¡Que siga el baile! ¡No estamos pa
canciones!—Todos hablaban á la vez.

Y el baile prosiguió con mayor entusiasmo to-
davía.

Luego el ansiado pericón, rey y señor por mu-
chas justas razones de todos los bailes de mi tierra.

La gracia y donaire criollos de hembras y varo-
nes encuentra en ese baile motivo de lucimiento
como en ningún otro.

Seis parejas se colocan de á tres, enfrente una
de otra y á la voz de un *bastonero* ejecutan las
diversas y bonitas figuras del baile nacional por
excelencia.

—Una sí y otra no. Ya!—ordenaba el bastonero
con voz estentórea.

—Armas al hombro: Ya!

—A formar los colores de la patria: Ya!—y los
bailarines forman los colores de la patria con los
pañuelos blancos y celestes que llevan al cuello,
llevándolos por encima de sus cabezas con los
brazos extendidos.

Después el bastonero ordenó la cadena cantando:

« Formen cadena, formen cadena,

Que así entrelazados

Se va la pena' ».

« Al medio una pareja,

Muchachos! parar la oreja! »

Y fué al medio de la rueda una pareja.
El gaucho le endilgó de corrido á su compañera:

« Perdone Liberata
Si ando medio enamorado
Pues Vd. me ha chamuscao
Dende la cruz á la pata! »

Y ella con voz plañidera:

« Lo del chamusco no es bola
Lo del amor no es conmigo
Perdone pues si le digo:
Anda mal con su pistola ».

Después de volver á la rueda en la que todos dieron una vuelta entera, al son de la música, se hizo silencio y salió al medio otra pareja.

Él:

« Como tortuga en el pozo
Cuando el balde la golpea
Así me ha dejado la suerte
Por querer mujer tan feal »

Como la china no supiera que contestar, uno de los gauchos le dijo galantemente:

—Quiere que la desempeñe?
—Güeno! como quieras!

Y el otro dijo el verso por ella:

« Pretender mujer bonita
Nunca lo pensés por Dios;
¿Quién va á llegar á querer
A un carpincno como vos? »

Con lo cual todos se *murieron de risa*.
Y otra pareja formada por una viuda y un mozo que la rondaba hacía tiempo inutilmente:

« El amor de la viuda
No me alborota,
Porque nunca he tocado
Campana rota! »

Y ella:

« El amor no me gusta
Con un soltero
Que ha de ser maturango
Pa un entrevero! »

Y concluyó la verseada una pareja de enamorados:

« Mi vidal ¿Estás enojada?
Mi vidal ¡No sé porqué,
¿Será porque no te truje
Del monte un ñangapivé? »

Y ella toda ruborosa:

« Llevé un pañuelito al campo
Y se me llenó de flores,
Conmigo son las caricias
Y con otra los amores! »

Luego del pericón se bailó enseguida el gato á *pedido general*.

Y comenzó uno de los guitarreros:

« Para bailar el gato
Para bailar el gato,
Se necesitan cuatro,
Dos muchachas bonitas
Y dos mozos guapos! »

Y se cortaron del grupo dos chinas y dos paisanos.

Las chinas revoleaban un pañuelo con su diestra alzada, como quien espanta moscas de encima de

un dulce, mientras que con la otra mano levantaban apenas la almidonada pollera, dejando ver sus pies que no obstante estar mal calzados eran chiquitos como los de una niña.

« Zapatea fuerte
Zapatea fuerte
Hasta que se te rompa
La suela del contrafuerte ».

« Dale que dale
Dale que dale
Que mientras más chicharrones
Más grasa sale ».

Después todas las parejas tomaron parte en una rueda general.

Mientras bailaban circularmente, los dos guitarreros cantaban á voz en cuello:

« Una vieja y un candil
Hacen falta en una casa,
La vieja pa rezongar
Y el candil pa gastar grasa ».

« Cuando dos quieren á una
Y ella solo á uno no más,
El querido por delante
Y el aborrecido atrás ».

Hubo *perdices* y la rueda se deshizo en medio de las risas de todos.

Los músicos se fueron afuera á beber conjuntamente con los hombres, mientras á las mujeres se les servía el chocolate.

El chocolate! Palabra que evoca ella sola todas las fiestas camperas. Cuando se sirve chocolate es porque la cosa vá en serio. Casamiento y bautizo no se conciben sin chocolate. Se sirve un *posillo* y no se repite sino por consideración especial.

Y es digno de verse como aquellas pobres chinas que sólo han conocido el mate desde que nacieron, sorben el chocolate con religioso recogimiento, disimulando las quemaduras que produce, las más de las veces en los que se fían en su pacífico aspecto.

Lauracha que presenciaba el baile, tenía miradas ardorosas para mí de cuando en cuando.

Desgraciadamente, se encontraron afuera dos *taitas* del pago, rivales en no sé que amores y más que todo rivales en *mentas*, y como hubieran bebido más de lo regular, una indirecta trajo la otra, hasta que uno de ellos sacó una pistola y el otro su daga.

—Más fuego dá un cañuto—dijo riéndose el de la daga, que como buen gaucho despreciaba las armas de fuego.

—Vamos á ver si seguís tan alarife, ñandú!—é hizo un disparo que no dió en el blanco. Luego sacó su daga y ambos se mantuvieron á distancia, amenazadores mientras los concurrentes habían formado rueda.

La escena la iluminaba tristemente un pobre candil de sebo.

Al disparo se oyeron los gritos de las mujeres adentro, que trancaron las puertas acosadas por un terror pánico.

Los dos valientes hacían alarde de su sangre fría.

—¿Que hace amigazo? ¡Si me figuro que és más maula que mancarrón tubiano!

—¡Ladiate paba no te redamés!—y le tiró una puñalada que el otro evitó habilmente.

—Si hombre caliente no pega...

—¿Caliente? de juro, cuñao.. juál juál juál

—Se deja caer como carancho en sus huevos. Y las dos dagas se chocaban en la semi-oscuridad de la noche y ambos combatientes buscaban ansiosos de herirse.

Uno de ellos creyendo haberlo hecho dijo alegremente:

—¡Valió tarjal Pulpero, apúnteme unal

—¿Tarja? con la cola... pican las avispas.

—Vas á quedar como gallina culeca después del baño de upitel—y le atravesó la cara de un tajo terrible.

Junto á mí oí un grito de mujer. Era Lauracha que curiosa había presenciado la escena.

—Se misturó con el polvo. A ver muchachos recojan ese ovillo!—dijo el heridor limpiando la daga en el *culero* de cuero de carpincho.

Arremolinóse la gente alrededor del herido y comenzaron los comentarios.

—Lástima de mozo, tan güeno, así aprenderá.

—Tanto vá la tinaja al rio hasta que...

—¡Que bien punteaba un *malambo!*

—¡Suerte perra! Esa marca lo vá á jorobar pa toda la siega. ¡Ahora vá á escarmentar! ¡Se vá á tener que ir del pago!

Y un oficioso, al heridor que tomaba una copa de caña, orgulloso de su hazafia:

—¡Júyase, mozo! Se ha disgraciao y vá á tener que ver con la josticia.

—De zonzos van á buscar al tigre á la cueva; —pero no obstante esta bravata, montó en su flete y se perdió en las sombras de la noche...

Al herido que no lo estaba gravemente lo llevaron en una carretilla á su rancho que quedaba cerca de allí.

—¡Que siga el baile!

Y nó obstante los comentarios que sugería el hecho y la alarma reinante, el baile prosiguió como antes.

Una de las viejas beatas se presentó en la sala al terminar una pieza y dijo:

—Vamos á rezar un rosario por la salvación del paisano que ha caído *en su ley*.

En *su ley* significaba que el fin más meritorio de un paisano es morir peleando.

Y todos se fueron al cuarto del angelito á rezar el rosario.

«Ave Maria..... llena eres
Bendita... tu vientre.. líbranos..
nuestra muerte... tarán, tarán, tarán...

decía la vieja beata que comenzaba en voz alta disminuyendo el tono en escala cromática; y todos los concurrentes de rodillas:

«Bendita eres entre todas las mujeres
torón, torón, torón, torón.....

Terminó el interminable y absurdo rosario y el baile empezó de nuevo.

Pero esta vez como se tornara bullicioso y las palabras y los hechos se pasaran de la justa medida, hubo que cerrar la puerta intermedia donde se velaba al angelito.

Lauracha enardecida como nunca, con toda la sorpresa mía consiguiente, salió á bailar con uno de sus numerosos primos que había en la reunión

Bailaba admirablemente y su esbeltez y el abandono con que se entregaba á la danza la hacían por demás encantadora.

Al pasar junto á mi lado me dijo zalamera:

—¡Después voy á bailar contigo Carlitos!

—¡Gracias por el honor! ¡Pero no sé bailar!

—¡Que lástima!—Y siguió valzando.

Uno de los paisanos le decía á una *china* retrechera que no atendía á sus requiebros:

—Me tiene como ánima en pena....

—Joróbese y no sea cargoso...

—Vaya no sea como *luz mala*...

—¿Luz mala?

—Claro, si anda jediendo á misto.

—¿Jiede? ¡su agüela la tuerta!

Y el otro mientras se alejaba socarrón:

—¡Adios madrinal!—aludiendo á que lo era del *angelito* que velaban.

—¿Madrina? ¡Dejuramente de su manada, reyuno!
Doña Mariana que había estado de palique con una vieja cuentera, dió la órden de partida.

Lauracha mal de su grado tuvo que dejar el baile.

Antes de irse pidió un vaso de agua al dueño de casa.

—¿Si quiere de la *cachimba*?

—De la *cachimba* nó... me muero de sed.

—Pa la sed no hay como la ginebra.

—Bueno échele un poco. Aunque me haga daño!

Y con toda naturalidad se bebió un vaso de ginebra con agua, que le tendieron, reprimiendo valientemente el gesto.

Subimos al breack.

Como Julián y Federico estaban en lo mejor del baile no quisieron acompañarnos, así es que resolvimos partir solos.

En la estancia mortuoria la pobre madre, sola, yacía sobre los despojos de su querido hijo!

Apenas hubimos salido de la sala el murmullo aumentó de grado y desde lejos se oían las risas y las palabras de los hombres casi ebrios y de las chinas enardecidas. La voz de Federico que gritaba llegó á nosotros.

—Vamos á ver muchachos, ¿Cuánto dan por esta potranca ruana? ¡Tiene ancas muy buenas y á cualquier palo le hace puntal! ¿Cuánto dan? ¿No hacen postura? Pues me quedo con ella. ¡Agarrate Catalina que vamos á galopiar!

—¡Que loco lindo!—me dijo riéndose Lauracha que había cogido las riendas. Según su costumbre y esta vez excitada por la fiesta, el baile y el cuadro sangriento, comenzó á castigar á los caballos y á animarlos con sus gritos lo que les obligó á tomar el galope.

Al llegar al arroyo, Lauracha quiso pasarlo á toda velocidad.

Lo pasamos es cierto, pero dos de los elásticos del breack se quebraron, y no pudimos seguir el viaje.

Nos bajamos del coche y mientras Doña Mariana rezongaba, Lauracha y yó, dejamos en libertad á los caballos.

Tuvimos que volver á pié á la estancia.

La cocinera, Anita y la Señora iban detrás nuestro. Lauracha y yó adelante.

—Deja que me apoye en tu brazo, vengo como borracha...

Y cuando nos hubimos adelantado lo bastante, presa de súbito entusiasmo me oprimió entre sus brazos y sus labios ardientes buscaron ansiosos los míos.

—Bésame, bésame!

—¡Cuidado que te van á ver!

—¡Oh! que me importa; ¡pero bésame!...

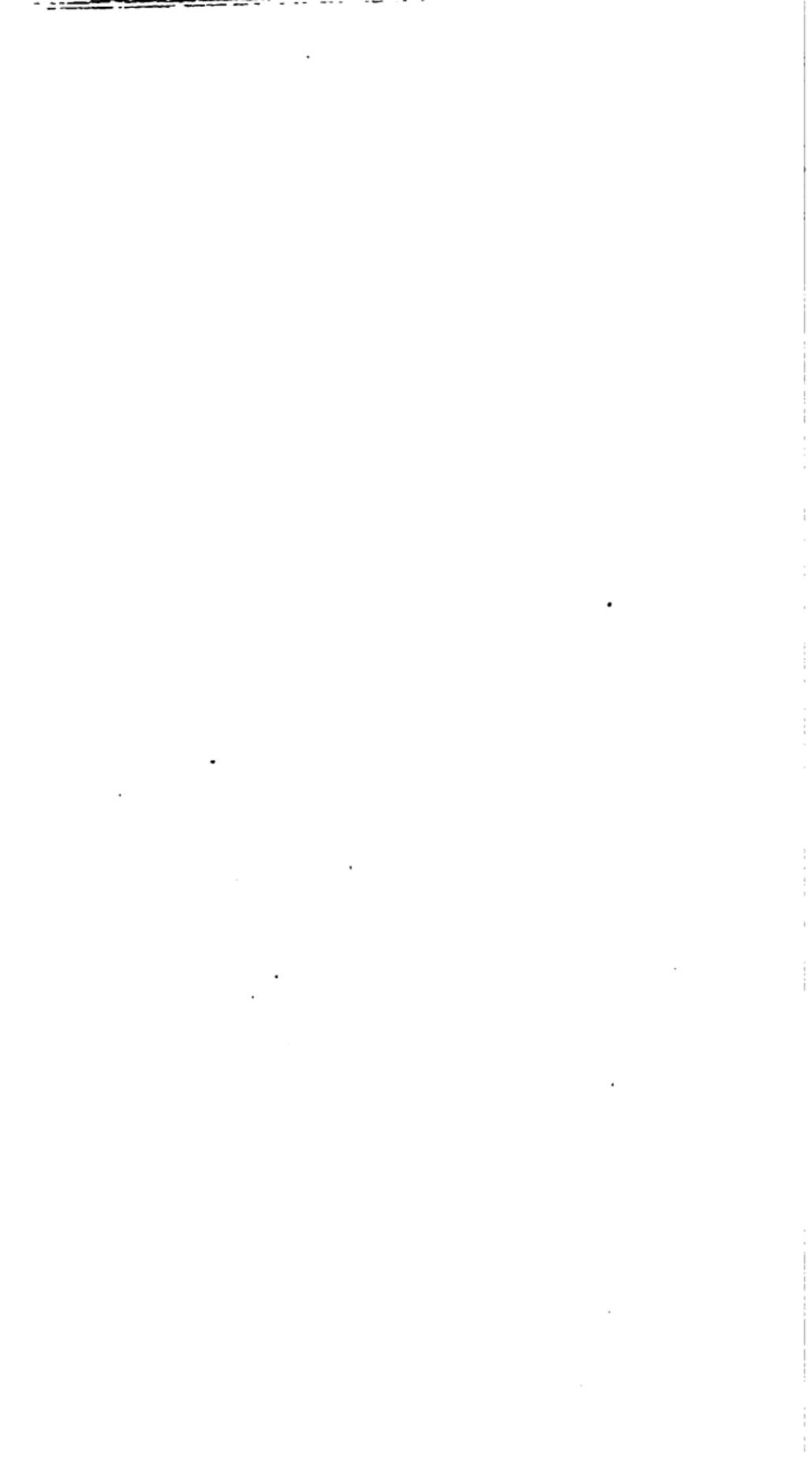
Y yó excitado la besé frenético.

Seguimos junto uno al lado de otro, en silencio, pero el deseo, el cruel deseo que no razona, que volteja las murallas de la voluntad más enérgica, nos llevaba en sus brazos.

Cuando llegamos á la casa, Lauracha se desprendió de mí y me dijo al oído; anhelante quemándose con su aliento y oprimiendo su pecho contra mi brazo:

—¡Si quieres, ven á la ventana!





* * *

Como mi permanencia en la estancia no estando Alberto, casi no se justificaba, Lauracha me apremió para que hablara á su padre, diciéndome que estaba ansioso por tener una entrevista conmigo y saber mis ideas al respeto de su hija.

Llegó el día anhelado y abordé francamente al buen viejo en su escritorio.

—Señor, como mi estada en la estancia toca á su término, cumplo con el deber de advertirle que entre su señorita hija y yó, ha nacido una simpatía, que más tarde podría convertirse en un amor sincero...

—Vea don, no me venga con firuletes. Hable claro que sinó no le entiendo una jota! ¿Vd. quiere á mi hija nó?

—Si señor—exclamé acobardado.

—¿Y ella lo quiere á Vd.?

—Creo que sí.

—Porque sino lo quiere, vea, yo no soy como esos padres que entregan sus hijas al mejor postor. Pero mejor ha de ser preguntárselo á ella misma. ¡Lauracha, Lauracha!

—Voy tatita.

Y vino.

—Aquí está este mozo que debe ser un veterano porque apenas llegao yá se crée seguro de tu amor. Contestame Lauracha ¿Vos lo querés pa marido?

—¡Si tatita!

—Pensá bien estas cosas que se dicen una sola

vez en la vida, y si después de haberlas dicho y pasao el trago amargo, te arrepentis, ni Dios con ser quien es, compone los vidrios rotos.

—Si tatita.

—Bueno, si es de tu gusto nada tengo que decir. Y Vd. mi amigo nada más tiene que agregar! Se lleva Vd. una buena moza de las que yá no nacen por estas tierras. Me gusta que ella haga su voluntad, y que no le suceda lo que á un perro que dejó un costillar por una cola, porque le habían asegurado que era buena pa espantar moscas! ¿Y digan? ¿Vds. están seguros de su cariño?

—Estamos.

—Tambien estaba seguro un novillo que lo llevaban de fiesta al pueblo y iba pal matadero... En fin, yá que Vds. lo dicen hay que creer ó reventar. Me gusta el novio; aunque á lo mejor estos mozos de la ciudad por fuera se parecen á un guayabo pura pintura, y por dentro tienen el corazón podrido...

—¡Ave María, tatita!

—No, si lo digo por un decir; pero nadie está libre de caer en el brete como novillo engañao.

—Déjese de refranes tatita y hable en serio de una vez.

—Bueno les voy á hablar en serio. Cuando mi fino padre, que en gloria esté, vino á poblar estas tierras, todo esto que Vd. vé estaba en manos de los indios y de los matreros. Acompañaba á mi padre una *china* guapa y buena moza que después se casó con él y fué mi madre. Hizo el mismo un ranchito de paja y terrón y comenzó á trabajar con una punta de ganao. Entonces no se conocían alambreros y el que era vivo con solo alambra campo ya tenía tierra á su gusto. Es lo que hizo tata. Alambra sin cansarse y en cuarenta años de vida de trabajo, llegó á tener más de cuarenta leguas de campo. Antes de morir cerca de los ochenta años, con cinco hijos yá viejos, nos llevó á aquella cuchilla que vé Vd. por esta ventana y

que es la más alta de todo el patrimonio y nos dijo á uno por uno: vos fulano tenés por herencia todo el campo desde el arroyo hasta aquel ombú en linia recta hasta aquella *tapera*; y así á ojo de buen cubero, sin necesidad de agrimensores, ni banderolas, ni microscopios pa ver de lejos, nos dió á cada uno lo que nos pertenecía. ¿Pues vá Vd. á créer don, que no se equivocó ni en treinta cuadras en cada reparto? Caracho con los hombres de aquel tiempo! Bueno, ahora yá soy viejo y veo con tristeza que el dominio de los Mornins se achica, con las reparticiones. ¡Que le vamos á hacer! pero, todavía á cada uno de mis hijos le vá á tocar unas buenas *suertes* de campo. Con esto quiero decir que Lauracha no es cualquier pelagata de tres al cuarto y que tiene su platita pa pasarla bien con su marido el resto de sus dias. Ahora abracenme que me siento pior que matungo *envarao*... ¡Será por la emoción!...

Tuvimos que abrazarle y se quedó contento.

Al ver á Mauricio que pasaba por el patio, el viejo le llamó:

—Ché Mauricio. ¿Sabés que ese mocito pintor, me acaba de pedir la mano de Lauracha?

—¡Ah! ¿Y qué le contestó Vd?

—Que con mucho gusto. ¿Que le iba á decir? ¡Como no soy yó el que se vá á casar con él!

—¡Ah!—Mauricio se detuvo como si hubiera recibido un golpe en medio de la cabeza.

—¿Pero que tenés Mauricio? ¡Parece que te ha agarrao una insolación! ¿Pero estás llorando? Canejo con el hombre! ¡Andá muchacho toma una tisana de flor de sauco, pa calmarte los niervos!

—Nó si no lloro... no lloro... no vé, me río, me río!

—Que te vas á reir, si te han soplao la novia como por un cañuto!

Mauricio se fué á su pieza sollozando. Arregló todos sus bártulos, sus botiquines portátiles y sus frasços, los bajó á la galería sin decir nada y or-

denó que le tuvieran pronta la charrette para la madrugada.

Después encerrose en la sala á escribir una carta. Deteníase á ratos cuando las lágrimas le impedían el ejercicio de la vista, y luego de secarse los ojos continuaba con más ahinco que al principio.

Así escribió hasta pasadas las doce de la noche.

Todos estábamos preocupados ante la actitud de Mauricio y presentíamos un fin trágico á su zarrandeada existencia después del último golpe que recibieran sus aspiraciones amorosas.

—Ese pobre vá á acabar mal. Lo que es del agua el agua lo há é llevar!—dijo Don Ricardo.

Y todos estuvimos conformes en que Mauricio iba á suicidarse.

Lauracha estaba emocionadísima. Por dos veces se aproximó á la puerta de la sala y le habló al pobre enamorado:

—Ábreme Mauricio. ¡Tengo que hablarte!—Y él de adentro:

—Nó, Lauracha. ¡No quiero abrirte! ¡No aumentes aún más mi dolor!

Y no abrió la puerta.

Después cuando todos nos hubimos acostado, dejándole encerrado en la sala, en el silencio de la noche se oían sus sollozos.

Al amanecer, sentí sus pasos en la galería.

Se aproximó á la puerta de Lauracha y llamó.

—¡Laurachita! ¡Laurachita!

—¿Que quieres?

—Me vengo á despedir de tí. No me negarás un último salud!

Ya voy.

Oí que se abría la puerta.

—¡Lauracha! Me voy para siempre. ¿Lo oyes bien? ¡Para siempre! Aquí de rodillas, ante tí como se adora á un Dios, te repito que te he amado, con el único amor de mi vida. Dame tu mano. ¿Me permites que le dé un beso? ¡Oh, gracias,

gracias! Te he escrito una última carta, léela cuando yó esté lejos, muy lejos. Ahora adios! ¡Adios para siempre!

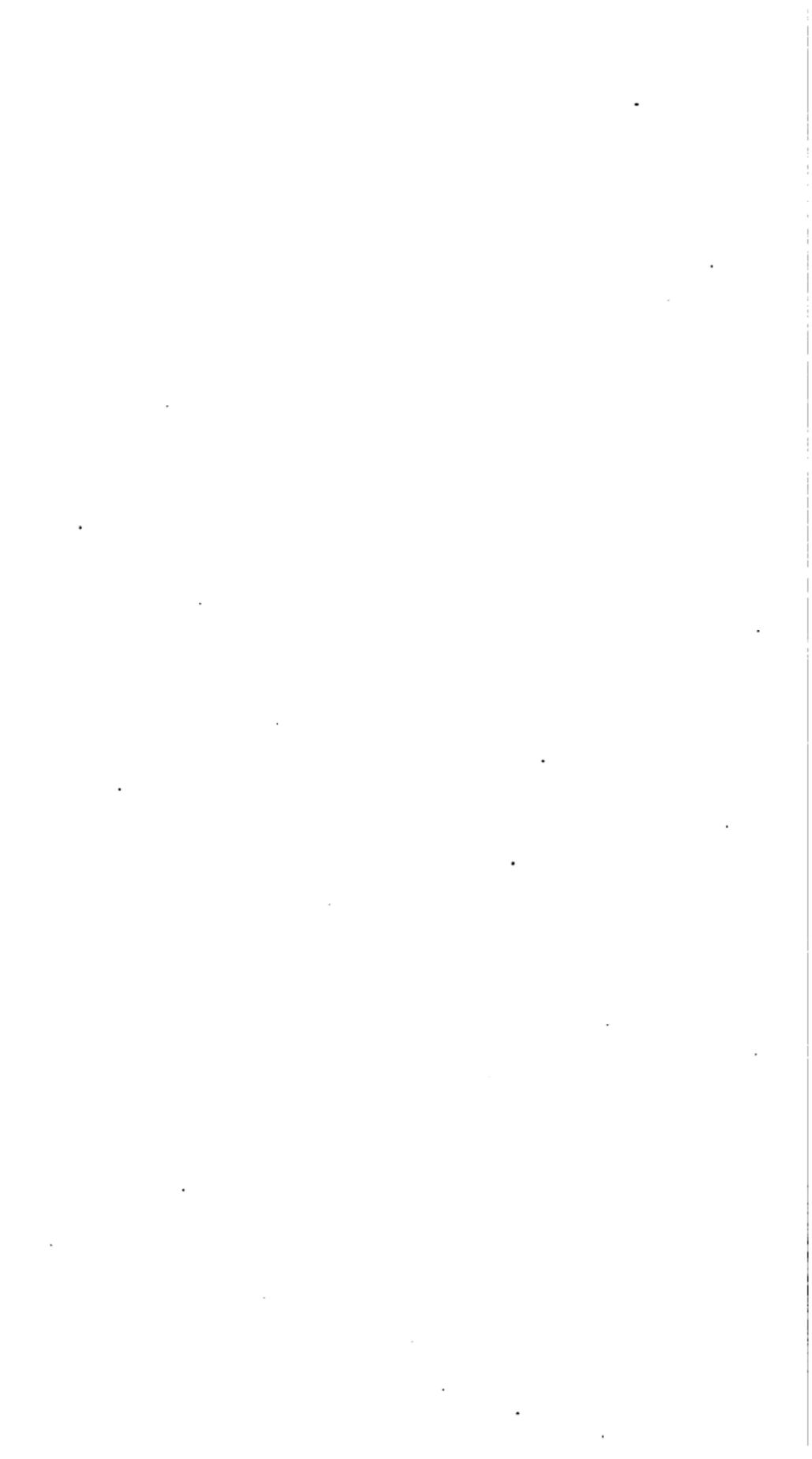
Y se alejó para siempre de la estancia de Mor-nins, al clarear de un hermoso día de estío, con su charrette y su jamelgo llevando sus botiquines y remedios, buscando otros horizontes y otros rumbos á su desgraciada existencia.

No tuvo el valor de acabar con su vida, y continuó sufriendo en sus caras ilusiones los desengaños más atroces.

Hasta el último instante, su alma de esclavo africano y su gran corazón de mártir, le obligaron á guardar silencio, á no resistir, á no protestar, á soportar estoicamente su amargo destino!

¡Pobre Mauricio!





*
*
*

Del bajo, en un descampado del monte, llegaban los mujidos de un toro *abichao* que subía la cuesta, corneando los hormigueros que encontraba á su paso, husmeando el verde suelo cubierto de tréboles, gramilla, macachines y colas de zorro; escarbando el suelo con sus aceradas pezuñas cerca de las matas de abre-puños y cepa-caballos, y dándose tumbos entre los pedregales, asustando á los lechuzones que allí tenían su guarida en la cual pasaban el día entero acechando á los *aperids* y culebras que salieran de sus escondrijos.

Sus ojos inyectados se impresionaban hasta de la fugitiva sombra de nube que se escurría por las lomas; su piel del color del cobre viejo, se estremecía febriciente, cada vez que un álito tibio perfumaba el ambiente con olores arrancados al monte que culebreaba al par del arroyuelo allá en la hondonada.

Su aspecto era horrible; con sus cuernos llenos de barro, la baba pegajosa que caía de su negro ocico, las fosas nasales temblorosas, rojas como flor de tártago, los receptáculos de su virilidad batiendo como péndulo loco los ijares sucios de espuma, la cola golpeando las ancas con movimientos de látigo, mujiendo roncamente, cansado el pecho, rabioso de su impotencia al sentir sobre el lomo los gusanos que hacían presa en su carne viva.

—¿Le han dado vuelta la pisada?—dijo uno de los paisanos.

—De juro, y hasta le hemos colgado en el pescuezo una cabeza de perro tuerto, y nada, sigue más *abichao* que antes.

—¿Y no dijo el patrón que le diban á quemar con criolina?

—Sí, pero se debe haber olvidao...

—Si lo deja dos días más los chimangos van á acabar con él.

Con efecto, una cantidad grande de chimangos y caranchos rondaba al rededor de la víctima de su gula. Permanecían en rueda silenciosos, dándole el frente, esperando que cayera para no levantarse más y entonces satisfacer su apetito insaciable.

Alguno impaciente cerníase un rato por encima del toro y luego posaba el vuelo sobre el lomo, y le daba ferozmente dos ó tres picotazos, sacándole pedazos de carne viva y agrandándole la llaga. El toro entónces saltaba de dolor, amagaba un ataque á imaginario enemigo y se lanzaba con intensiones de arrollarlo todo por delante, todo hasta el mismo Dios clemente, santo y bueno, que lo sometía al cruel martirio. Entonces los volturidos levantaban el vuelo para volver á rodearle poco después como en un sueño infernal.

Los otros toros y vacas mirábanlo desde respetable distancia temiendo sus embates, reflejando en sus atónitos ojos el asombro que les causaba aquel caso extraordinario, y suponiendo que aquel compañero era presa de todas las potencias infernales. Así nacen las leyendas y las veneradas creencias religiosas.

Los chimangos y caranchos son los golosos más crueles de los campos.

Cuando el hambre los acosa, atacan sin piedad á un cordero jóven, le desgarran con sus fuertes picos el lomo y le arrancan los riñones en vida con una precisión de cirujano! Son los infames glotonas que se dán el lujo de destrozar el alveólo materno de una oveja parturienta para comerle el

nonato; son ellos los que en un impulso de ferocidad gustativa, le sacan los ojos á los terneros y corderos recién nacidos, y son ellos los que tranquilamente realizan la fábula de Promoteo y el buitre, con los pobres inválidos, apestados ó moribundos de los campos.

También ejercen una acción higienizadora hasta cierto punto, porque limpian de carne los cadáveres de los animales muertos; y les veis siempre alrededor de las hosamentas, ahitos, asquerosos, hartándose de carroña.

Lauracha que observaba el cuadro del toro á quien no dejaban en paz los chimangos me preguntó.

—¿Que querrías ser Carlitos, el chimango ó el toro?

—¡Vaya una pregunta! ¿Y tú?

—¿Yó? ¡Claro que el chimango!

—¡Y te gozarías con el dolor de la pobre víctima!

—No es eso. Si fuera chimango, no tendría sentimientos humanos y haría lo que hacen ellos, libre la conciencia de escrúpulos, con tal de satisfacer mi gusto...

—Sabés que á lo mejor se me hace, que tienes un poco de chimango ahí, adentro del corazón!...

—¡Oh! Hay veces que me sentiría capaz de destrozar el pecho de cualquiera, haciéndole daño, mucho daño, por puro placer...

—¿Y si tuvieras motivos?

—Figúrate lo que haría yo si me dieran motivos para ser cruel!

Y cambió la expresión de su rostro de tal modo, y dijo aquello con tanta frialdad amenazadora, que sentí correr por la médula un frío intenso!

Después de una larga pausa en que ella siguió el vuelo de los chimangos, dijo:

—Pero fíjate, fíjate como le pican. ¿Le debe doler? ¿No ves como cornea los hormigueros y se enfurece cada vez más? ¡Ahora le arrancan la carne! ¡Así, así, sin compasión!

—Lauracha, no te muestres más cruel de lo que eres...

Y ella como viera que Anita venía hacia nosotros:

—Ya me he fijado que la *china* anda algo entusiasmada contigo.

—¿Que harías si yó llegara á amarla?

—¿Vés? con estas uñas le arrancaba el corazón pedacito á pedacito!—é hizo el gesto deleitándose, con una precisión de ave de presa.

La noche de aquel día Lauracha fué un verdadero chimango....





Desde el día en que Lauracha, tuvo la evidencia de su casamiento conmigo, dió rienda suelta á su temperamento estremo.

Cuando nos hallábamos á solas, en el silencio de la noche, yá en su pieza, yá en la mía, ora en el arroyo, ora en la sala, sentábase en mis rodillas y permanecía las horas enteras, besándome los ojos, las mejillas, el cuello, con una persistencia de histérica.

Luego presa de súbita furia, al solo pensamiento de unos imaginarios celos ó de que yó pudiera abandonarla, mordíame los lábios con fiereza, clavábame sus uñas siempre afiladas en la cara, me estrujaba los brazos, escurría su manecita por entre mi camisa y me arañaba el pecho, ó dábame fuertes cachetadas, obligándome caprichosamente á sopor-tar sus insólitas y terribles caricias, sin defenderme, sin chistar y sonriéndome.

—Ríase mi *chino* querido! ríase! ¿Le duele este pellisco? ¿sí? ¡Bueno, ríase! Ahora, si llora le daré un beso grande, muy grande! ¡Vamos, llora ó le pega!—Y yo de metirijillas lloraba; pero ella no contenta de la simulación quería lágrimas verdaderas, y me las hacía brotar de verdad con arufios de gata montés.

Entonces cuando conocía que eran lágrimas verdaderas tornábase alegre y jovial:

—Has llorado por mí, por mí! Ahora te voy á recoger con mi boca una por una las lagrimitas;

te voy á secar los ojos para que nunca puedas llorar por otra. ¡Ah, mi divino querido!—Y sus cálidos besos y sus arrumacos me volvían á la felicidad, aunque en mi cuerpo quedaban las huellas dolorosas de aquellas sus caricias felinas que me ponían en terribles aprietos para justificarlas, ante la investigadora mirada de los de la casa.

Decíame alguna vez Federico:

—¿Que? ¿Ha andao corriendo pollos entre los cardos Carlitos? ¿O me lo han agarrao los *sinasinas* y *ñapindás*, por su cuenta?

Y tenía que inventar absurdas historias al respecto.

Otras veces, tornábase fastidiosa y cargante con sus ingenuas ocurrencias.

—¡Muéstreme los dientes, mi chino querido! Muéstreme esos dientecitos de ratón.—Y yó con la mansedumbre de un carnero le mostraba los dientes.

Ella entónces:

—¡Ay! ¡que rico él! ¡Ay! ¡que divino él! ¡Ay! ¿dónde habrá una preciosura así? donde? donde? donde? A ver los dientes otra vez!—Y así las horas enteras obsedante, mortalmente fastidiosa, con sus órdenes perentorias de las que no sabía librarme. «¡A ver los ojitos! Ay! que ojitos! Ay! ¿quién los tendrá más lindos?—A ver esas uñas, Ay! quién las tendrá más rosadas?»

Otras, tenía ocurrencias fúnebres.

—¿Que harías mi divino, si yo me muriera? Dime que harías? ¿Morirte tú también? ¿Vendrías al cementerio cuando yo estuviera enterrada, y te recostarías junto á mí, junto á mis carnes frías, he-ladas?

Mas cuando estaba como decía ella con un hormiguero en el cuerpo, entonces...

Y todos sus caprichos, sus originalidades, terminaban cuando rodábamos los dos, locos, frenéticos, sobre los respectivos lechos, sobre una inmensa piel blanca de guanaco extendida en el suelo, sobre un diván de su dormitorio, olvidándonos del mundo,

de todos los demás seres vivientes y con el convencimiento egoísta de que nadie, arribaría nunca los extremos á que llegaban nuestros dos juveniles cuerpos, animados por una pasión que no tenía ejemplar en la historia de los tiempos.

Y al clarear del día, cuando cuando oíamos el canto avisador de los gallos, el grito onomatopéyico del *chajá* y el de los *teru-teros*; cuando la selva, la tierra toda, despertaba; cuando los pájaros y los insectos y los animales comenzaban la vida cotidiana; cuando todo renacía al primer destello del astro-padre, dos seres iban recién á descansar, á buscar reparos de fuerzas en un regenerador sueño, mortalmente fatigados después de una cruenta y deliciosa noche de amor.

Cierta vez Lauracha en uno de sus ataques de ferocidad, causado por una broma mía al respecto de Carmen, llegó á herirme con un aguzado corta papel de forma de puñal, que usaba en sus lecturas. Diome un puntazo en el pecho que hizo brotar sangre abundantemente.

A la vista de mi propia sangre, tuve el impulso de destrozarla á Lauracha con mis manos. Hasta yo me contagiaba de su ferocidad y me influenciaba del ambiente brutal en que pasaba nuestra vida.

Me contuve á duras penas y me dejé poner una venda por la misma Lauracha que estaba impresionada en extremo, sin saber que hacer para probarme su arrepentimiento.

—¡Toma ahora el corta papel y hiéreme tú!

—Vamos, ¡yó! ¿Estas loca Lauracha?

—Sí. Debes lastimarme como yó á tí.

—¡No seas majadera!

—¡Está bien!—dijo ella tranquilamente.

Y mientras yo permanencia recostado en el diván, pensando que los lazos que me unían á Lauracha eran cada vez mas tenues, que mi ser no concebía aquel amor mezcla de sadismo y suprema lujuria, que no había nada de ideal en aquellos te-

ribles embates amorosos, que mi mente debilitada buscaba ansiosa, descanso para fortalecerse, ella, Lauracha, detrás mio, desnudose hasta menos la camisa, y se desgarró con la punta del acerado corta papel, la rosada y fina piel de una de sus divinales piernas.

Un tajo desgarrante aunque superficial, que abarcaba desde la conjunción del muslo con el escultural cuerpo, hasta la delicada rodilla.

No lanzó un grito de dolor, ni apartó los ojos, al ver como la sangre poco á poco brotaba de la horrible desgarradura y se extendía por toda la pierna, manchándola de estrías rojas y coágulos sombríos....

—Ahora si, estoy contenta. Te he vengado!—Me eché á sus piés emocionado, diría horrorizado:

—¡Pero Lauracha, Lauracha mía! Vén, voy á curarte. ¡Que has hecho! ¡Ah, loquilla!—Y ella en pié dejando que la sangre resbalara hasta su piecesito desnudo y se escurriera por entre los finos dedos de uñas con escamas de aurora:

—Déjala que corra, que se vaya toda de mi cuerpo! Ella es la única culpable de todo lo que hago; es ella la que exalta mi corazón hasta hacerlo querer estallar dentro del pecho; es ella la que se mete hasta el último rincón de mi cabecita y la vuelve loca, loca, local!

Y tuvo un ligero amago de llanto que apenas pudo contener por breves instantes y luego se desbordó de golpe en sollozos profundos, amargos que me sugestionaron é hiciéronme llorar también.





Mas fuerza fué del destino ó de la casualidad que rige las humanas acciones, que aquel idilio pasional tuviera una tregua, necesaria para que una separación momentánea definiera claramente nuestra futura situación.

Por mi parte tenía que hacer un resumen de impresiones y fijar claramente mis ideas al respecto de mi amor hacia Lauracha. ¿Porqué no decirlo? Cuando me hallaba lejos de ella, ya en el bosque, ya en el río ó en pleno campo, sentía unas ansias infinitas de libertarme del yugo que había puesto sobre mi cuerpo y sobre mi espíritu, sin consultar antes la verdadera inclinación de mi alma. Un súbito hastío producido por la hartura del formidable banquete de caricias que me había ofrecido Lauracha, hacía me pensar en un alejamiento próximo como una salvación anhelada.

Cuando estaba próximo á ella variaban mis pensamientos por completo, olvidábame de las anteriores ideas de liberación y me asombraba ingenuamente de que hubieran podido germinar en mi cerebro. ¿Dónde podría encontrar mayor felicidad que al lado de Lauracha? ¿Qué mujer era capaz de tanto amor, de tanta pasión? Pero ¿yo la amaba acaso?...

Y durante estuve bajo su influencia magnética perturbadora, nunca pude analizar acertadamente los sentimientos verdaderos que Lauracha me había inspirado.

Unos días antes de partir para el pueblo mien-

tras nos paseábamos debajo del parral, me dijo Lauracha:

—Al irte Carlitos me dejás un triste presentimiento—y se detuvo pensativa, luego de pronto amenazadora, sonriéndose con expresión de jaguar, agregó lentamente—Ah! pero si tú no vuelves, ya tengo imaginada una venganza!

—Pero Lauracha ¿te doy motivos para que hables así?

—No. Pero es bueno estar prevenida! Mira, se me ocurre pensar que junto con una noticia que te habrá de alegrar mucho has de recibir otra... En fin, esperemos los sucesos!—y seguimos charlando, ambos á dos preocupados.

Las noches anteriores á mi vuelta al pueblo fueron, como es de imaginar, terriblemente abrumadoras. Lauracha tan pronto me besaba con estremecimientos feroces, como lloraba desconsoladamente por nuestra separación. Tan pronto deseaba mi partida para luego saber si yo no la olvidaría, como me amenazaba ante una imagen de la virgen de Lujan alumbrada con cuatro candelas, que había de ir á buscarme donde estuviere para clavarme el corta papel en medio del corazón.

Llegó el día de nuestra separación.

El breack de la estancia me esperaba desde las primeras horas de la tarde.

Esta vez conduciría á uno de los futuros amos de la estancia y en ese caracter me permití dar algunas órdenes al cochero y tomar algunas disposiciones respecto del viaje.

Como la partida iba á ser á las cuatro de la tarde con el objeto de estar á las siete en la posta y salir en la diligencia á las primeras horas del día siguiente, resolvimos tener una última entrevista con Lauracha, en la avenida de los paraísos.

Cuando volvimos del paseo, toda la familia se hallaba reunida bajo el parral.

La despedida fué estremosa como si yo fuera efectivamente un miembro de la familia.

Doña Mariana me llamó á parte y me dijo casi secretamente:

—Carlitos, te vés, pero conste que si no vuelves, si te olvidas de Lauracha, serás el más malo de los hombres.

—¿Porqué dice eso doña Mariana?

—¿Porqué?—y su mirada me dijo más que todos los discursos.

Recién me dí cuenta de que lo extraño era que no lo supieran todos en la estancia.

Habíamos sido tan indiscretos, tan poco precavidos!

Y de pronto me vino un miedo retrospectivo de que alguno de los hombres de la casa nos hubiera sorprendido en uno de nuestros íntimos coloquios.

Como por la mañana al guardar mis adminículos de viaje no hubiera hallado el peine, apenas le pregunté á Anita si por acaso lo había visto, me contestó temerosa y casi llorando:

—Sí señor, lo he visto.

—Donde está entónces?

—Pensaba pedírselo de regalo y... no me he atrevido.

—Ahl pero no te aflijas por tan poca cosa.

—Es que... quería tener un recuerdo suyo.

—Un recuerdo mío. Te hubiera dado otro de más mérito.

—No, yo quería tener una cosa que Vd. *hubiera usado*...

—Ahl

—Y otra vez don Carlos, mire más á su alrededor y tenga en cuenta que muchas veces sin quererlo se hace tanto daño!...

—Bueno Anita. Otra vez créeme que miraré más á mi alrededor. Bueno, ahora adios. ¿Quieres darme un beso?

—Un beso!—dijo ella aterrada.

—Claro, qué mejor recuerdo mío!—y quieras que no, la dí un beso que, me consta, hasta ahora ha dejado imborrable huella en su boca y en su alma toda.

Cuando me despedí de Lauracha, se echó á mi cuello delante de todos, llorando y gimiendo como si sufriera intenso dolor físico.

La tuve que desprnder á la fuerza de mis brazos y subirme al coche precipitadamente.

Partimos.

—Escribeme desde la postal

—Sí, Lauracha!

Una vez á pocas cuabras de la casa, ví que Anita corría hacia nosotros.

Hice detener el coche.

—Aquí le manda la niña, dice que recien esta noche en la posta deshaga el paquete.

—Está bien. Adios Anita.

Hasta que hubimos pasado el arroyo seguí viendo la silueta de Lauracha destacándose sobre el borde del bosque de eucaliptos. Después, al bajar una cuchilla, mientras se perdía de mi vista la casa y hasta la punta sombría de los árboles, me pareció que todo se había hundido en la tierra para siempre!...





Cuanta tristeza invade el alma del que abandona quizá para siempre, un sitio donde los días corrieron felices, donde la dicha y el bienestar tejieron á su alrededor las guirnaldas más floridas! Y os llevais las buenas impresiones recibidas como flores secas en la cartera del recuerdo, para después al transcurrir de los años, abrirla y aspirar el perfume indefinible de las cosas pasadas que ya no volverán.

La impresión dominante que llenaba mi ser entero era de profunda insensibilidad.

Aunque Lauracha había dejado en mi alma imborrables emociones, al apartarme de ella, bien que lamentara la separación, no dejaba de experimentar una especie de alivio bienhechor, como si me hubiera librado de una carga obsedante y deliciosa á la vez, pero que ya me tenía abrumado con su peso.

Con miedo pensaba en la noche que debía pasar en la posta, con todo aquel cúmulo de ideas que renacerían en mi cerebro una vez que estuviera solo.

Miré al paquetito que me había traído Anita. ¿Qué contendría?

Resolví abrirlo en la posta para que la sorpresa fuera mayor.

Mientras seguíamos avanzando y caía la tarde, invadíame una especie de somnolencia intelectual en extremo curiosa. La mirada se dirigía con más ahinco y preferencia *hacia adentro* de mí, que hacia los objetos exteriores.

No ví nada, no recuerdo nada de conciso de aquel viaje, si no es una serie de detalles pueriles y estúpidos: que el cochero tenía en la mejilla una manchita de barro; que uno de los caballos mordía al compañero, etc., etc.

Cuando llegamos á la posta, bajé como un sonámbulo y me encerré en la pieza que se me destinó.

Quise escribir la carta prometida y no pude hacerlo porque mi cabeza era un incendio. « Lo haré luego después de comer », me dije, y me eché fatigado sobre un catre.

Cuando me desperté era ya muy entrada la noche. Levantéme del duro lecho, encendí luz y me dispuse á escribir la carta prometida.

Recuerdo que permanecí como embobado fuera del orden natural de mis pensamientos, más de una hora, sin saber qué decir.

¿Sin saber qué decir?

Efectivamente: ¡Sin saber qué decir!

Calenté la pluma en la oscilante llama de la vela de sebo y me entretuve en encajarle á ésta profundas puñaladas hasta que escandalizado, me dí cuenta que más interés me causaba el entretenimiento aquel que el recuerdo de Lauracha.

¿Y esta era la noche terrible que me había prometido?

Estaba tranquilo como nunca, la cabeza fresca, la mente lúcida.

Pero me decía indignado: ¿es esta acaso la situación de todo enamorado el día justo en que abandona al objeto de sus amores?

Me observé hacia adentro y me ví ageno á toda idea amorosa, y comparé mi actual situación en la posta, con la otra á raíz del primer viaje, cuando escribiera una carta incendiaria. ¡Pero entónces la mina de oro había sido recién descubierta y el filón me parecía inagotable!

Me figuraba que en la estancia había estado otro yo, bien distinto del que en aquel momento permanecía distraído ante unas carillas de papel borro-

neadas á la luz de una vela de sebo, en una posta solitaria perdida en medio de la oscuridad de la noche...

—Ah!—me dije—¡el paquetel

Lo abrí con cuidado después de desatar el artístico moño y de desenvolver su fino papel de seda.

¡Eran las rojas ligas que usaba Lauracha! Las tomé con fruición, las besé empapándome en su fragancia deliciosa, y hubo en lo más recóndito de mi ser como un leve despertar de mi naturaleza adormecida; pero al rato me invadió una sensación ignota que me parecía viniera da un siglo atrás, una sensación de tristeza, de amargura que degeneró de pronto, contra lo que yo me esperaba, en recuerdo abrumador, lleno de hastío y de pesares.

Y fué allí, en aquel instante, que me dí exacta cuenta de que el amor de Lauracha había sido como un sueño de una noche de verano, una excitación brutalmente material, en la que únicamente los sentidos habían estado de fiesta, mientras el alma mía había permanecido agena al bullicio, apartada en un rincón, reconcentrada en sí misma.

Mas ahora tomaba certero desquite, vengándose de mi extravío hacia ella, al no haberla tomado en cuenta para nada y definía con toda claridad su actitud impásible é indiferente ante el incendio de mi cuerpo. Comprendi también que había agotado con toda imprevisión el rico filón de oro de la mina de Lauracha.

Si en el primer viaje se me apareciera Carmen-cita en aquella misma pieza, pequeña, pequeña como muñeca de vitrina, ahora su imagen tranquila y magestuosa asomó tímidamente al principio, luego con mayor vigor en mi mente y por extraño contraste esta vez, mientras me adormecía sin haber escrito la carta, la ví á Lauracha, pequeña, pequeña que se perdía en el fondo de mi cerebro, como leve vela latina que se aleja de la playa y naufraga en el horizonte en medio de intensas brumas.



No obstante el convencimiento que me invadía poco á poco, de que mi amor hacia Lauracha disminuía gradualmente como la columna de mercurio de un termómetro, que apenas se aleja de la fuente de calor baja hasta la temperatura normal del ambiente, no obstante ese convencimiento, una vez en el pueblo, la escribí luengas cartas en las que trataba de disimular mi falta de entusiasmo, tras de galanuras sin cuento y adjetivos convencionales.

Lauracha escribíame sin cesar y sus cartas, como siempre, traían la misma nota triste y lamentosa, que concluyó por causarme un principio de disgusto.

Por más de un mes seguimos una correspondencia trivial y monótona, y á medida que el tiempo pasaba se me tornaba más difícil el escribirla y mantener la cuerda del entusiasmo á igual tensión.

Todos los días buscaba pretextos para no iniciar los preliminares de nuestra boda como le había prometido.

El recuerdo de Lauracha se me manifestaba como un cuadro de claro-oscuro, en el que cada vez la sombra invadía gradualmente el sitio de la luz.

Durante las primeras semanas no salí de casa.

Mas una tarde resolví hacer una excursión por las barrancas.

Ya en ellas, inesperadamente tropecé con las de

Ocampo y las de Gurmendez que me saludaron afectuosamente, excepto Carmencita que ni siquiera me miró.

Hablamos largo rato de futilidades y cuando Josefina Gurmendez me preguntó:

—Cuando es el casamiento, Carlitos?

—¿Casamiento?—interrogué yo acentuando cínicamente mi extrañeza.

—Claro pues! ¿Acaso no se casa con Lauracha?

—Si nunca lo he pensado!

—Oh! qué canalla! No sea sinvergüenza!

—Pero vengamos á cuentas. ¿He tenido amores acaso con *esa joven* para que pretenda casarme?

—Así lo ha creído todo el mundo!

—Pues todo el mundo se ha equivocado de medio á medio.

—Repítalo Vd.

—Porqué no? Nunca he pensado en casarme con Lauracha Mornins.

Lo dije con tanta serenidad y como queriendo convencerme yo mismo de que no temía el decirlo, y ya no dudé de que así sucedería.

—Pues nos alegramos por Vd. Carlitos!

—Lauracha no era mujer para un hombre como Vd.

—Es cierto; me he dado cuenta que no es mujer para un hombre como yo!

Seguimos conversando un largo rato, hasta que Margarita me preguntó en un aparte:

—Sábes lo del doctor?

—No sé nada!

—Deveras?

—Deveras!

—Pues, apenas el doctor supo que al morir el viejo Mac-Gregor, le legaba una estancia á una de las de Fling su ahijada, dejó de cortejar á Carmencita y se dedicó con toda su alma á la conquista de la... estancia. El casamiento está anunciado ya en « La Paz ».

—De modo que Carmencita está vacante ahora?

—Vacante? ¿Y te has creído acaso que le hacia caso de veras?

—Oh! no me digas...

—Si fué por darte celos. Mira, Carlitos, si es cierto que no estás de novio con Lauracha, te voy á decir una cosa.

—Díla. Te juro por mi honor que no tengo amores con *esa* señorita.

—Pues bien, Carmencita te quiere hoy más que nunca...

—No se adivina, que digamos!...

—Está ofendida contigo. ¿Quieres hacer las paccs con ella?

—Con toda mi alma!

—Pues tienes que ir al baile del sábado.

—Iré al baile!—contesté sin vacilar.

Me despedí de ellas, alegre, decidior y transformado, habiendo resuelto mentalmente escribirle enseguida una carta de despedida á Lauracha. Pero no tuve el valor de hacerlo en ese caracter, y esa misma noche le envié una tarjeta diciéndole que me hallaba enfermo.

No dejó de amargar mi pensamiento la idea de la mala acción que pensaba cometer con una mujer que me había amado hasta el sacrificio; mala acción que en mi fuero interno adquiría proporciones de felonía, cuando meditaba en el abuso de confianza cometido con gente tan buena y sencilla como eran todos los de la casa.

En valde quería encontrar disculpas para el atentado que había llevado á cabo tan friamente, faltando á los más elementales deberes á que me tenía obligado la franca hospitalidad recibida.

Pero... en estas enredadas cuestiones la juventud es traicionera de suyo y no sabe ser juez en pleitos de amor.

Llegó el sábado. Fuf al baile.

Hablé con Carmen; la ví tan bella, tan pura, tan distintamente superior á Lauracha, tan espiritual y afectuosa, y tan mujer rebosante de rubores,

gracias é inocencias, que aquella misma noche, quedamos como novios de verdad, y pensamos seriamente por *primera vez* en unir nuestras vidas para siempre.

A los cuantos días después de largas meditaciones, resolví escribirle á Lauracha una carta, lisa y llana, sin ambages ni rodeos: con la crueldad egoísta del que se libra de una carga muy pesada.

« Lauracha: Sé que al escribir esta carta voy á causar un dolor intenso, más que á tu persona, á tu *amor propio* de mujer hermosa y conquistadora. Han salido ciertas tus predicciones de que yo sería el vengador de tantos adoradores como has tenido. Lamento que la suerte me haya elegido para desempeñar misión tan odiosa, Todo fué un incendio que pasó, dejando frías cenizas! Estoy seguro que tú como yo, te has engañado respecto de nuestros mútuos sentimientos. No ha sido un amor sobre el cual se podía construir el edificio de un hogar... Llámale entusiasmo, pasión, locura y estarás en lo cierto. De todo han tenido nuestras relaciones. La franqueza con que te hablo aunque te cause disgusto, sé que en el fondo te agradará. ¿A qué seguir unas relaciones amorosas que les falta una base sólida y duradera? ¿No eres de mi opinión?»

Fuí cruel, abusé de mi franqueza y no vacilé un solo instante en darle la puñalada más terrible que recibiera en toda su vida. Acabé la carta con otros tantos especiosos y cínicos argumentos, no muy tranquilo el ánimo aunque satisfecho de haber solucionado felizmente aquella aventura de mi vida.

Pocos días después llegó á mis manos una carta enlutada.

La abrí presintiendo una desgracia, y nunca me figuré que en sus pocas líneas trajera tanta hiel, tanto veneno como para amargar para siempre los días de mi existencia.

« Carlos: Acuso recibo de tu carta.

« Me lo esperaba de todas veras. Así es que no me he extrañado de nada!

« La fruta brasileña ha quedado en la sombra! Cuando recibas esta carta estaré muy lejos de tí, habiéndome llevado conmigo algo tuyo, muy tuyo, un pedazo de tu ser!

« Recuerdas que me dijiste cierta vez, que si yo me arrojaba al remolino del barranco, tú, hombre de *sentido práctico*, conociendo la inutilidad de tu tentativa no te arrojarías detrás de mí para salvarme? Pues tengo la certidumbre que esta vez no hubieras vacilado un solo instante aun no amándome! Recuerdas que te dije que junto con una noticia que había de hacerte feliz recibirías otra mortal? Pues bien, *mi alma de chimango* va á causarte una llaga eterna! ¡Soy madre de un hijo tuyo! Ven á buscarnos si quieres, á mí y á él, en lo más hondo del remolino, bajo el barranco, en el palacio encantado que hay más allá de las aguas, donde habita el hada de la felicidad eterna!»

« LAURACHA ».





**THIS BOOK IS DUE ON THE LAST DATE
STAMPED BELOW**

AN INITIAL FINE OF 25 CENTS

**WILL BE ASSESSED FOR FAILURE TO RETURN
THIS BOOK ON THE DATE DUE. THE PENALTY
WILL INCREASE TO 50 CENTS ON THE FOURTH
DAY AND TO \$1.00 ON THE SEVENTH DAY
OVERDUE.**

NOV 12 1935

DEC 22 1941

APR 8 1948

~~OCT 25 1958~~

794305

789
C576

Cione, O.M.
Lauracha

NOV 12 1935

DEC 22 1941

Nichols
Smith

NOV 1 1935

DEC 10 1941

794305

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

YC142840

